

REVISTA DEL

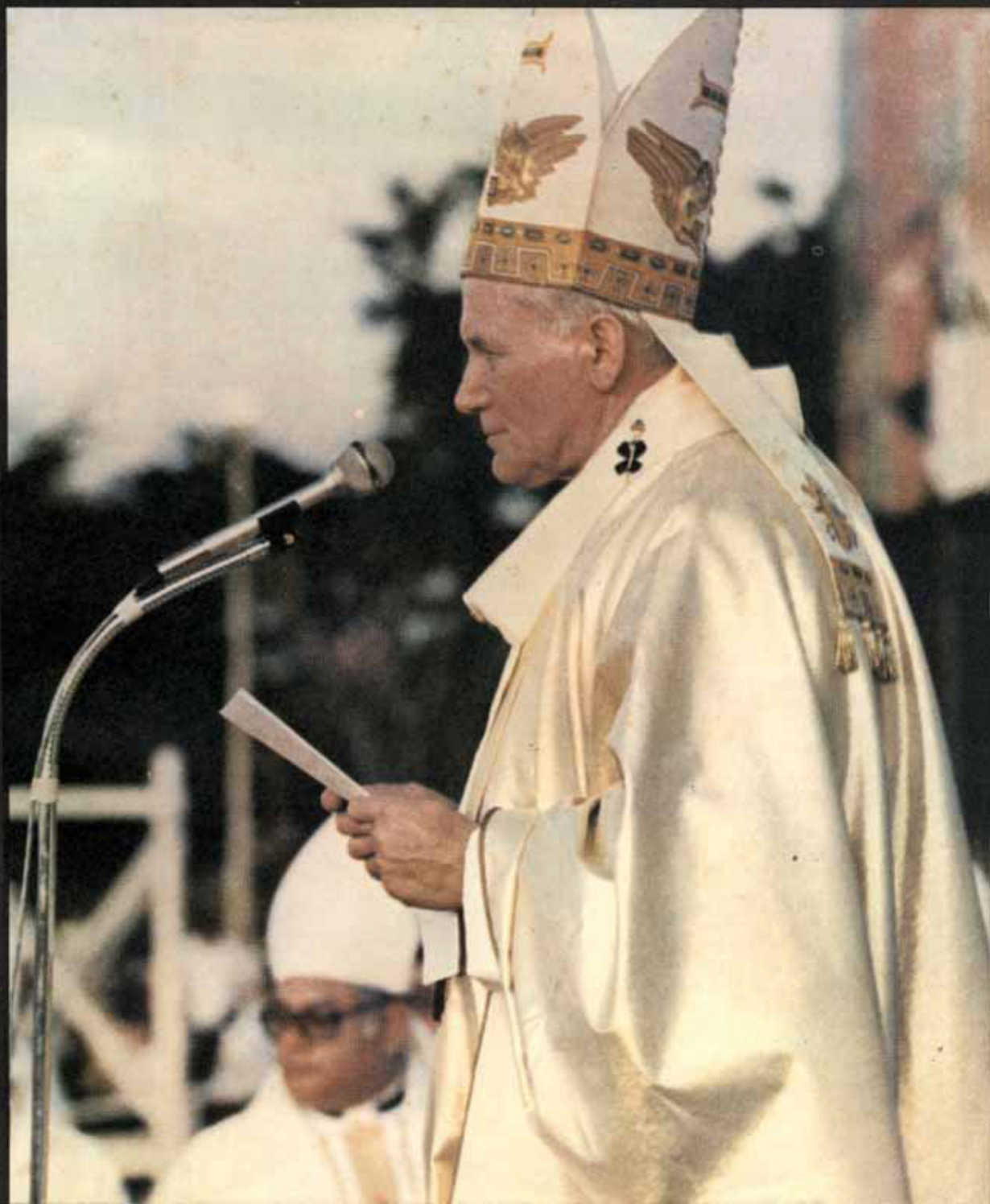


PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

ISSN 0318 - 3340

(ENERO - MARZO 1983)

NUMERO 178



Publicado por: CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ACTIVIDADES CULTURALES en cooperación con: Universidad Nacional de Heredia, Costa Rica, Centro de Estudios Latinoamericanos, Tulane University (USA), University of Kansas (USA).

CONTENIDO

VISITA PASTORAL DE JUAN PABLO II A AMÉRICA CENTRAL

*A los Obispos y Fieles de Centroamérica. Pág. 8 — *De Roma a Costa Rica. Pág. 9 — *Saludo al Pueblo Portugués. Pág. 10 — *Costa Rica. Saludo a la llegada a Costa Rica. Pág. 12 — *Al Secretariado Episcopal de América Central y Panamá (SEDAC). Pág. 14 — *A los Niños Enfermos. Pág. 18 — *Amor a la Iglesia. Pág. 20 — *A las Religiosas. Pág. 23 — *A los Jóvenes. Pág. 26 — *A los Jueces de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Pág. 29 — *Nicaragua. Saludo al Pueblo de Nicaragua. Pág. 30 — *Visita a la Catedral de León. Pág. 31 — *Laicado y Educación. Pág. 32 — *La Unidad de la Iglesia. Pág. 35 — *Despedida de Nicaragua. Pág. 38 — *Panamá. Saludo al Pueblo de Panamá. Pág. 40 — *A las Familias. Pág. 41 — *A los Campesinos. Pág. 44 — *Visita a la Catedral. Despedida de Panamá. Pág. 47 — *Despedida de Costa Rica. Pág. 48 — *El Salvador. Pág. 49 — *Saludo al Pueblo de El Salvador. Pág. 50 — *Visita a la Catedral. Pág. 51 — *Paz y Reconciliación. Pág. 52 — *A los Sacerdotes. Pág. 55 — Despedida de El Salvador. Pág. 58 — *Guatemala. Saludo al Pueblo de Guatemala. Pág. 59 — *Visita a la Catedral. Pág. 60 — *Fortalecimiento de la Fe y Promoción Social. Pág. 61 — *A los Indígenas. Pág. 64 — *A los Religiosos. Pág. 67 — *A los Rectores, Profesores y Estudiantes Universitarios. Pág. 70 — *Al Mundo Universitario de Centroamérica. Pág. 71 — *Honduras. Saludo al Pueblo de Honduras. Pág. 74 — *El Evangelio de María. Pág. 75 — *A los Delegados de la Palabra y Catequistas. Pág. 79 — *Al Mundo Obrero de Centroamérica. Pág. 82 — *Despedida de Honduras. Pág. 84 — *Despedida de Guatemala. Pág. 86 — *Belice. Pág. 87 — *La Unidad de las Iglesias Cristianas. Pág. 88 — *Despedida de Belice. Pág. 90 — *Haití. Pág. 91 — *Saludo al Pueblo de Haití. Pág. 92 — *La Fuerza Liberadora del Sacramento del amor y de la Devoción a la Virgen. Pág. 93 — *A los Obispos del CELAM. Pág. 97 — *Despedida de Haití. Pág. 101.

APRENDICE. DOCUMENTOS NICARAGUENSES RELACIONADOS CON LA VISITA DEL PAPA.

*Pronunciamento de la Dirección Nacional del F.S.L.N. sobre la visita del Papa. Pág. 105 — *Carta a su Santidad Juan Pablo II y a todos y cada uno de los Obispos del Mundo. — *Comunicado de la Conferencia Episcopal de Nicaragua, con motivo de la visita Pastoral de su Santidad Juan Pablo II. Pág. 106 — *Mensaje del Papa Juan Pablo II a Obispos Nicaragüenses en visita "Ad Limina". Pág. 107.

CONSEJO EDITORIAL

Xavier Zavala Cuadra, Director
Santiago Anitua
Oscar Herdocia
German Romero Vargas
Jaime Incer
Mario Cajina Vega

DIRECTORES ASOCIADOS

José Antonio Camacho Zamora
Universidad Nacional de Heredia, Costa Rica
Ralph Lee Woodward, Jr.
Tulane University (USA)
Charles L. Stansifer
University of Kansas (USA)

CONSEJO DE ASESORES

Pablo Antonio Cuadra
Franco Cerutti
Giuseppe Bellini
Carlos Meléndez Chaverri
Chéster Zelaya Goddman
Francisco de Solano y Pérez Lila
José Rodolfo Maldonado

DISTRIBUCION

Ann McCarthy Zavala

Las opiniones expresadas en los artículos no representan necesariamente el punto de vista de esta publicación.

Aceptamos manuscritos sin comprometerlos a publicarlos o devolverlos. Envíelos, por favor, al Director o al Director Asociado más cercano. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de la Dirección.

Los artículos de esta Revista son resumidos y catalogados en HISTORICAL ABSTRACTS Y AMERICAN HISTORY AND LIFE.

IMPRENTA DON BOSCO

Cortesía de COSEP



Río Ojocuapa – Chontales

Foto de Franco Peñalba

Cortesía de Nicaragua Sugar Estates Ltd.



Parque y Catedral de León — León

Foto de Franco Peñaiba

Cortesía de Shell de Nicaragua

Cortesía de Jabón Marfil



Cerro Pancasán – Matagalpa

Foto de Franco Peñalba

Cortesía de LA PRENSA



Carretera Panamericana Sur – Rivas

Foto de Franco Peñalba

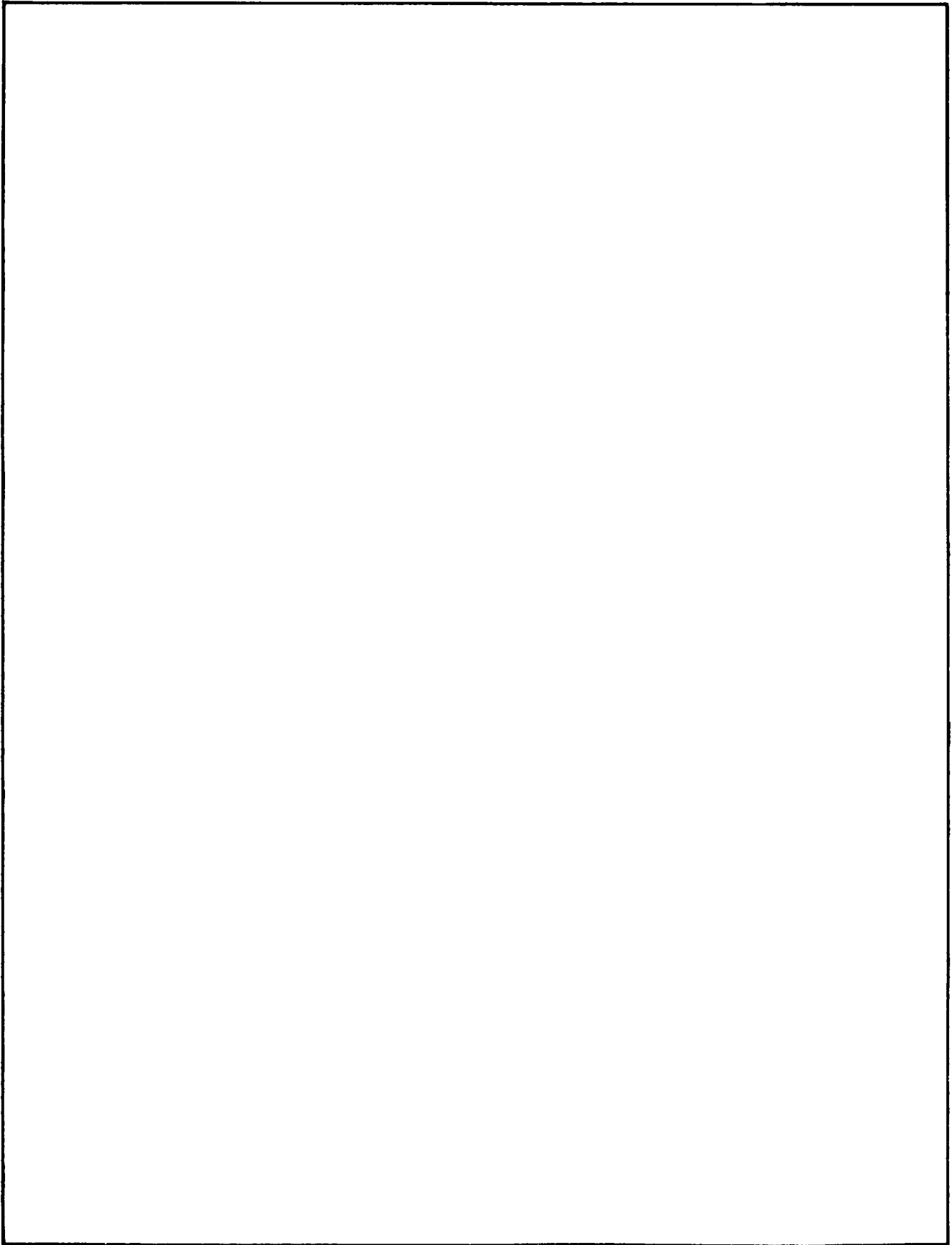
Cortesía de TOÑA

Cortesía de GRACSA



Garzas de Mecatepe – Granada

Foto de Franco Peñalba



Juan Pablo II a América Central

Marzo 1983 **Visita Pastoral de**



A los Obispos y fieles de Centroamérica

Mensaje enviado a través de los Medios de Comunicación desde la Ciudad del Vaticano.
27 de Febrero, 1983

“Queridos hermanos en el Episcopado,
amadísimos hermanos y hermanas:

Dentro de unos días emprenderé, con la gracia de Dios, el viaje apostólico que me llevará a esas tierras de América Central, Belice y Haití.

Quiero por ello enviaros desde ahora este mensaje, a través de la televisión, para hacer llegar un afectuoso recuerdo a todos los habitantes de los países que tengo la intención de visitar: Costa Rica, Nicaragua, Panamá, El Salvador, Guatemala, Honduras, Belice y Haití. Vaya ante todo mi deferente saludo a las autoridades y responsables de esas naciones.

Mi visita va a tener, como todos los precedentes viajes apostólicos, el carácter eminentemente religioso que deriva de la misión de la Iglesia y del ministerio confiado por Cristo a Pedro y sus Sucesores: predicar la fe y la salvación en Cristo Jesús al hombre de hoy; y, en este caso concreto, a vosotros los que habitáis en esa área geográfica. Para confirmaros en la fe y hacer que ésta se encarne e inspire cada vez más profundamente vuestra realidad existencial de cada día.

Es precisamente esa realidad en la que vivís la que me ha impulsado a proyectar este viaje. Para estar más cerca de vosotros, hijos de la Iglesia y de países de raíz cristiana, que sufrís intensamente; y que experimentáis el flagelo de la división, de la guerra, del odio, de la injusticia secular, de los enfrentamientos ideológicos que sacuden al mundo y que hallan escenario de conflicto en poblaciones inocentes anhelantes de paz.

Voy a emprender mi viaje durante la Cuaresma, el tiempo litúrgico que nos conduce hacia Cristo en su misterio de dolor y de esperanza; en la tragedia sangrienta del Viernes Santo, inseparable del gozo pascual de su triunfo sobre la muerte y el sufrimiento.

Desearía ardientemente que mi visita, con la que quiero compartir el Getsemaní y Calvario de vuestros pueblos, favoreciera, con su mensaje de fe, de fraternidad y justicia, un eficaz cambio, ante todo de actitudes interiores; capaces de abrir tantos corazones cansados a una fundada esperanza de futuro mejor.

Movido por este deseo; impulsado por el amor al hombre y a la imagen — itantas veces violada! — del amor de Dios que lleva en su frente; convencido de que todo corazón puede y debe sentir el toque de la gracia, que lo insta a mejorar sus caminos morales, me preparo a encontraros en vuestras iglesias, calles y plazas; como humilde alentador de los humildes, como hermano que infunde confianza a los hermanos.

Encomiendo a vuestra plegaria esta intención, a la que se unen tantos millones de hijos de la Iglesia dispersos por el mundo, conscientes de la importancia de esta visita, por las condiciones de los pueblos a las que se dirige y por el significado ejemplar que puede tener en otras partes.

Yo también pido al Señor, que mueve los corazones, que derrame la abundancia de sus gracias sobre los propósitos de esta visita; para que lleve un poco de alivio a tantos espíritus atribulados; y para que, confirmados en vuestra fe cristiana, reconciliados en la hermandad, abrazados en la suspirada paz, crezcáis en la justicia y en el respeto a la dignidad de cada hombre, en vuestro caminar hacia el Padre.

Que la Virgen María, la Madre común, a la que amáis tan vivamente en todas vuestras naciones, sea vuestro consuelo y esperanza y os acompañe siempre.

Con un cordial ¡hasta pronto!, os bendigo de corazón sobre todo a los que sufren, a los enfermos, a los huérfanos y refugiados, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Miércoles, Marzo 2 de 1983

De Roma a Costa Rica

A las 7:30 A.M., del día 2 de Marzo de 1983, su Santidad JUAN PABLO II, sale del Vaticano rumbo al aeropuerto, Fiumicino, para iniciar su viaje apostólico a Costa Rica, Nicaragua, Panamá, El Salvador, Guatemala, Honduras, Belice y Haití.

El Papa va acompañado por el Cardenal Secretario de Estado Agostino Casaroli, por el Sustituto de la Secretaría de Estado, Arzobispo Eduardo Martínez Somalo, por el Obispo Prefecto de la Casa Pontificia y Monseñor Jacques Martin.

A las 8:22 A.M., despega del aeropuerto de Fiumicino el DC10 de Alitalia "Dante Alighieri", que hará una escala técnica de una hora en Lisboa. Como es costumbre en los viajes papales, acompaña al séquito un grupo de periodistas y de operadores audio-visuales.

Cuando el Dante Alighieri entra al espacio aéreo de España, el Santo Padre envía los siguientes telegramas al Presidente de Italia, Alessandro Pertini y al Rey de España Juan Carlos I.

"A Sua Eccellenza Alessandro Pertini
Presidente della Repubblica Italiana -
Roma. —

Nel momento in cui mi accingo ad iniziare il mio viaggio pastorale in otto nobili Nazioni del Centro America rivolgo a Lei e al Popolo Italiano il mio cordiale pensiero unito all'auspicio di prosperità e di pace.

Ioannes Paulus PP, II"

"A Su Majestad Juan Carlos I Rey de España, Palacio de la Zarzuela — Madrid.

Al sobrevolar hoy las queridas tierras de España en mi viaje apostólico hacia los países de América Central unidos aun a la Madre Patria por lazos perdurables de lengua, cultura y sobre todo de fe y fidelidad a la Iglesia, envío un cordial saludo a vuestra Majestad, a la Familia Real y a los amadísimos hijos españoles, cuyo recuerdo permanece imborrable en mi memoria stop esa unión entre los pueblos de raíz hispánica me hace abrigar la esperanza de una renovación espiritual para la Iglesia con benéfico influjo tam-

bién para la sociedad civil en aquellas naciones hermanas que participan de la profundaraigambre de religiosidad y adhesión a los irrenunciables valores humanos y cristianos que pude constatar en España y en sus instituciones, particularmente en las familias stop a todos bendigo de corazón.

Ioannes Paulus PP, II"

A las 10:00 A.M. hora de Portugal (11:00 A.M. hora de Roma) el DC10 de Alitalia aterriza en el aeropuerto de Lisboa.

El Santo Padre penetra en el edificio del aeropuerto acompañado del Presidente de la República de Portugal Antonio Ramalho Eanes, del Patriarca de Lisboa Cardenal Antonio Ribeiro, del Nuncio Apostólico Monseñor Sante Portalupi, de numerosos Obispos y autoridades civiles, militares y religiosas y se dirige a un balcón que dá a la plaza frente al aeropuerto, donde pronuncia el siguiente discurso:

ALABADO SEA JESUCRISTO



Saludo al Pueblo Portugués

“Excelentíssimo Senhor Presidente da República, Senhor Cardeal Patriarca de Lisboa e Irmãos no Episcopado, Senhores Ministros e Demais Autoridades, Senhoras e Senhores, e queridos Portugueses:

1. É motivo de grande alegria para mim, pisar de novo, ainda que por breves instantes, a “Terra de Santa Maria”. Enche-me o coração um mundo de sentimentos e de gratas recordações, ao saudar-vos cordialmente, como há meses atrás: Seja louvado nosso Senhor Jesus Cristo:

Agradecido a Deus por este reencontro, para mim reencontro de amigos, quero agradecer-vos também a vós este delicado e caloroso acolhimento: agradeço a Vossa Excelência, Senhor Presidente da República, pela deferente presença pessoal, em quem saúdo, nesta hora, todo o dilecto Povo português; agradeço ao Senhor Cardeal Patriarca, Bispo desta amada Diocese de Lisboa, e aos meus Irmãos no Episcopado presentes, em quem saúdo a Igreja que está em Portugal; agradeço aos Senhores Ministros do Governo e a todas as Autoridades; e a quantos não posso nomear, mas que não deixarão de sentir-se abrangidos pela sincera estima da minha saudação e do meu “muito obrigado” a todos.

Lisboa! Portugal! “Terra de Santa Maria”! Estas evocações despertam em mim certa saudade, das jornadas intensas, mas consoladoras, da visita pastoral à Comunidade eclesial neste País, do meu encontro com Portugal e, talvez mais exactamente, com o homem meu irmão que aqui vive, algo mais do que anónimo elemento da cidade dos homens.

Por detrás do entusiasmo jovem, da cordialidade adulta e da estima e respeito geral, com que fui recebido então, procurei ver essa fraternidade no rosto de cada um dos portugueses, na comum “semelhança” do Criador de todos nós e no comum chamamento á Salvação; e quis dizer-lhes, primeiro que tudo, isso mesmo: todos somos irmãos; temos de nos amar fraternamente, vendo o nosso “próximo” em cada homem, sobretudo quando este sofre ou está ameaçado no próprio núcleo da sua existência e da sua dignidade; a isto nos impele o amor de Deus que, em Jesus Cristo, se nos revelou como Pai, “rico em misericórdia”.

2. Como primeiro responsável da mensagem de Cristo, que é acima de tudo uma mensagem de paz, vim até vós em atitude de diálogo, respeitador de tudo o que é humano. Mas da minha inesquecível peregrinação, essen-

ALABADO SEA JESUCRISTO

cialmente pastoral e religiosa e de carácter mariano, tenho bem viva a lembrança indelével da estadia em Fátima. Nesta breve paragem na "Terra de Santa Maria", quero renovar o meu apelo a que seja ouvida a "Mensagem" que nos vem de Fátima, a qual coincide com a chamada do iminente Ano Jubilar da Redenção. Em eco à "Senhora da Mensagem", eu repetia aí que a Redenção é sempre mais potente do que o pecado do homem e o "pecado do mundo", que a Redenção supéra infinitamente toda a espécie de mal que esteja no homem e no mundo. "Peregrino entre peregrinos", tive então o ensejo de dizer, que vinha com o nome de Nossa Senhora nos lábios e o cântico da misericórdia de Deus no coração.

De novo em veste de peregrino, são idénticos os pensamentos que me guiam; e a boca fala da abundância do que vai no coração: o amor de Deus, rico em misericórdia; o poder da Redenção de Cristo; Nossa Senhora, Mãe da nossa confiança; e o amor e a paz entre os homens.

3. Anelo longamente cultivado em prece, por um mundo mais pacífico, mais humano e mais fraterno, isto é, mais conforme com os designios de Deus Criador e Redentor, esta viagem pastoral que estou a realizar leva-me ao encontro dos homens meus irmãos, em Países muito queridos ao meu coração, que vai cheio de esperança: esperança em que o amor que está no Pai, pela acção do Filho e do Espírito Santo, manifeste no nosso mundo contemporâneo a sua presença, mais forte do que o mal, mais forte do que o pecado e mais forte do que a morte.

Desejaria que fosse sem sombras o horizonte desta

esperança, que ilumina a oração de toda a Igreja pela América Latina. Mas se o meu coração sofre com todos os corações feridos pelo mal da violência, em qualquer parte do mundo, nele prevalece a confiança em Deus, "rico em misericórdia", e o amor pelo homem, remido por Cristo. É uma viagem de amor cristão, portanto, a que estou a fazer, que só visa ser reflexo e anúncio do Amor misericordioso de Deus.

4. É com a maior estima que reitero a cada filho desta dilecta Nação o convite a cultivar o amor fraterno na convivência humana. Com particular afecto exorto a Igreja que está em Portugal a elevar a Deus preces intantes, em união com o Papa, especialmente durante esta viagem pastoral, pelo triunfo do amor, da concórdia e da paz: paz nos espíritos, paz entre os homens e paz entre os povos. Confio na oração de todos, mais vai-me um particular pensamento carinhoso para os velhinhos, para os que sofrem e para as crianças. A Nossa Senhora e à oração das crianças inocentes confio o bom êxito desta peregrinação.

E com amizade cordial renovo votos sinceros pelas prosperidades crescentes do querido povo português: prosperidades isentas de quaisquer sombras de desamor ou de violência; e sempre iluminadas pelo sentido do autêntico bem comum, da concórdia, da justiça e da paz, com respeito pela vida, dignidade e liberdade humanas, e ao serviço da grande causa do maior bem na inteira família humana. E destes meus votos faço prece, a implorar, por intercessão de Nossa Senhora de Fátima, para cada português, para cada família e para toda a Nação os favores e bênçãos de Deus misericordioso."

Despedido por el Sr. Presidente de Portugal, por el Patriarca de Lisboa, por el Nuncio Apostólico y por las otras personalidades, el Sumo Pontífice aborda de nuevo su avión que despegará a las 11:32, hora de Lisboa (12:30 hora de Roma) rumbo a San José de Costa Rica donde llegará después de 10 horas de vuelo.

Cuando el DC10 de Alitalia abandona el espacio aéreo de Portugal, el Santo Padre envía el siguiente telegrama al Presidente Eanes:

"Excelentíssimo Senhor General António Ranalho Eanes, Presidente da República Portuguesa—Lisboa.

Ao deixar o espaço aéreo de Portugal rumo a América Central quero exprimir

ainda a Vossa Excelência e ao querido povo português profunda gratidão pelo fidalgo e caloroso acolhimento na minha paragem em Lisboa stop renovo os melhores votos pelo sempre crescente progresso em harmoniosa convivência e com serenas prosperidades dessa dilecta Nação sobre a qual imploro a contínua protecção e copiosas bênçãos de Deus stop

Ioannes Paulus PP. II"

Mientras el DC 10 de Alitalia, en viaje de Roma a San José de Costa Rica sobrevuela el espacio aéreo de la Isla Gran Turks and Caicos, de la Isla de Jamaica y de Colombia, Juan Pablo II dirige a los Jefes de Estado de esos países los siguientes telegramas:

"His Excellency Sir Florizel Glasspole Governor-General of Jamaica

Passing over Jamaica I am pleased to be able to extend my cordial greetings to Your Excellency and all the beloved people of your country stop I pray that Almighty God will bless your Nation with continued progress and peace

Ioannes Paulus PP. II"

"Excmo. Sr. Belisario Betancur Presidente de la República de Colombia. Bogotá

Al sobrevolar la Isla de San Andrés, envío a sus habitantes, a usted, señor Presidente, y a todo el queridísimo pueblo de la Colombia un saludo lleno de afecto y estima por su rica historia y por los profundos valores humanos y cristianos que

ALABADO SEA JESUCRISTO

lo distinguen. Pido al altísimo que conceda a esa noble nación abundantes dones de paz y progreso material y moral, en prenda de los cuales imparto una cordial bendición.

Ioannes Paulus PP. II"

"His Excellency J. C. Strong, C.B.E.
Governor Turks and Caicos Islands —
Grand Turk Island

As I fly over the Turks and Caicos Islands I am happy to extend my cordial greetings and prayerful good wishes to

Your Excellency to the members of the Executive and Legislative Councils and to all people. I ask Almighty God bless you all

Ioannes Paulus PP. II"

Costa Rica

A las 15:19 P.M. (22:19 P.M. hora de Roma), el DC 10 de Alitalia aterriza en el aeropuerto "Juan Santamaría" de San José de Costa Rica, después de casi diez horas de vuelo.

A su llegada es recibido por el Presidente

de la República Luis Alberto Monge, miembros del Gobierno y altas autoridades del Congreso y de la Corte Suprema, el Arzobispo de San José y Presidente de la Conferencia Episcopal Monseñor Arrieta Villalobos con todos los Obispos de Costa Rica y de toda América,

Central, el Nuncio Apostólico Arzobispo Lajos Kada, el Cuerpo Diplomático y un gran pueblo entusiasta.

Juan Pablo II después de besar el suelo de Costa Rica y recibir el homenaje del Presidente de la República, pronuncia el siguiente Discurso.



Saludo a la llegada a Costa Rica

"Señor Presidente, amados hermanos en el Episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. ¡Alabado sea Jesucristo!

Doy gracias a Dios que me trae de nuevo a este continente americano, después de las precedentes visitas a la República Dominicana y México, a Estados Unidos, Brasil y Argentina, de las que conservo tan vivos recuerdos.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Esta vez mis pasos de peregrino apostólico se dirigen a esta área geográfica de América Central. En ella he pensado tanto desde hace tiempo y ha estado con frecuencia en el centro de mi recuerdo e inquietudes.

Me acoge en la primera etapa la querida tierra de Costa Rica, cuya calurosa hospitalidad empiezo a experimentar desde mi llegada al aeropuerto Juan Santamaría de la capital de la Nación. Por ello aflora en mi espíritu un sentimiento de profunda gratitud.

Gracias, Señor Presidente, por su benévola acogida, por las nobles palabras que acaba de pronunciar, por la invitación que me hizo junto con el Episcopado costarricense para visitar el País, y por cuanto ha hecho para disponer convenientemente la visita. Este saludo agradecido se extiende a los miembros del gobierno y demás autoridades o personas que han prestado su colaboración entusiasta.

Mi saludo cordial y fraterno va también a los hermanos Obispos del SEDAC, en primer lugar a su Presidente, Mons. Román Arrieta, Pastor también de esta arquidiócesis de San José, que han venido a recibirme y con los que me encontraré esta misma tarde. En el mismo saludo incluyo a todos los sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos comprometidos en la obra eclesial, así como a todos los hombres y mujeres, — niños, jóvenes, adultos y ancianos — de Costa Rica, tierra de fecunda historia y amante de la paz.

2. Pero mi mirada no se detiene en esta sola Nación. Esta visita apostólica tiene carácter unitario en su desarrollo global. Por eso, desde el primer momento en que piso tierras de América Central, mi pensamiento y recuerdo van cargados de afecto a todas las personas y Países que visitaré en los próximos días: de Nicaragua a Panamá y El Salvador; de Guatemala, a Honduras, Belice y Haití.

Pensando en todos he emprendido este viaje, movido por el deber que siento de avivar la luz de la fe en pueblos que ya creen en Jesucristo; para que esa fe ilumine e inspire cada vez más eficazmente su vida individual y comunitaria.

3. Más quiere tener también otras finalidades esta permanencia pastoral del Sucesor de Pedro entre vosotros. En efecto, ha resonado con acentos de urgencia en mi espíritu el clamor desgarrado que se eleva desde estas tierras y que invoca la paz, el final de la guerra y de las muertes violentas; que implora reconciliación, desterrando las divisiones y el odio; que anhela una justicia, larga y hasta hoy inútilmente esperada; que quiere ser llamada a una mayor dignidad, sin renunciar a sus esencias religiosas cristianas.

Ese clamor dolorido es al que querría dar voz con mi visita; la voz que se apaga en la ya acostumbrada imagen de las lágrimas o muerte del niño, del desconsuelo del anciano, de la madre que pierde a sus hijos, de la larga fila de huérfanos, de los tantos millares de prófugos, exilados o desplazados en busca de hogar, del pobre sin esperanza ni trabajo.

Es el dolor de los pueblos que vengo a compartir, a tratar de comprender más de cerca, para dejar una palabra de aliento y esperanza, fundada en un necesario cambio de actitudes.

4. Ese cambio es posible, si aceptamos la voz de Cristo que nos urge a respetar y amar a cada hombre como hermano nuestro; si sabemos renunciar a prácticas de ciego egoísmo, si aprendemos a ser más solidarios, si se aplican con rigor las normas de justicia social que proclama la Iglesia, si se abre paso en los responsables de los pueblos a un creciente sentido de justicia distributiva de las cargas y deberes entre los diversos sectores de la sociedad; y si cada pueblo pudiera afrontar sus problemas, en un clima de diálogo sincero, sin interferencias ajenas.

Sí, estas Naciones tienen capacidad para lograr progresivamente metas de dignificación mayor para sus hijos. Hacia ello habrá que tender con voluntad cada vez más determinada y con la colaboración de los diversos sectores de la población.

Sin recurrir a métodos de violencia ni a sistemas de colectivismo, que pueden resultar no menos opresores de la dignidad del hombre que un capitalismo puramente economista. Es la vía del hombre, el humanismo proclamado por la Iglesia en su enseñanza social el que podrá hacer superar situaciones lamentables, que esperan oportunas reformas.

5. Mi palabra es de paz, de concordia y esperanza. Vengo a hablarlos con amor hacia todos y a exhortarlos a la fraternidad y entendimiento como hijos del mismo Padre. Precisamente esa realidad es la que me mueve a pulsar ante las conciencias, para que de una respuesta adecuada pueda brotar la esperanza en estas tierras, que tanto la necesitan.

Aliento desde ahora a cuantos se esfuerzan por lograrlo; desde la responsabilidad pública, desde su puesto en la Iglesia o en la sociedad.

En este sentido expreso también mi estima y aliento a los ilustres miembros del Cuerpo Diplomático que encontraré en estos días, así como a los responsables de los medios de comunicación, que tanto pueden aportar con su propia labor.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Pido a Dios que haga fructificar estos propósitos, que encomiendo a la Madre de Cristo y nuestra, para que con su ayuda maternal nos asista en estos días. Confian-

do en esa protección de lo alto, bendigo de corazón a cada hijo de Costa Rica y de las otras Naciones que visitaré durante esta visita apostólica.”

Terminado el discurso a las 16:15 P.M. (23:15 P.M. hora de Roma) es presentado a las demás autoridades. A las 16:30 P.M. (23:30 P.M. hora de Roma); se dirige al Seminario Central en la calle “Paso Ancho” de la capital para el en-

cuentro con los Obispos del Secretariado Episcopal de América Central y Panamá (SEDAC).

Así pues, el primer encuentro del Santo Padre en su viaje por América Central es

con los 66 Obispos del Secretariado Episcopal de América Central y Panamá (SEDAC), en la capilla del Seminario Central de San José. Ese encuentro tuvo lugar a las 17:00 P.M. El Papa pronuncia allí el siguiente discurso:



Al Secretariado Episcopal de América Central y Panamá (SEDAC)

“Queridos hermanos en el Episcopado:

1. “Ubi charitas et amor Deus ibi est”: donde reina la caridad y el amor allí está Dios. Es el Señor quien hoy, al comienzo de mi visita apostólica a América Central, Belice y Haití nos reúne en su amor, conformándonos, como en la comunidad primitiva, en “un solo corazón y una sola alma” (cf. He 1,14).

Como signo de particular benevolencia y comunión con vosotros, Pastores de la grey de Cristo, he querido que esta peregrinación de amor, de reconciliación,

de paz, que movido por el Espíritu Santo y por la solicitud hacia todas las Iglesias (Cf. 2 Cor 11, 28) he emprendido, se abriera con este encuentro. Es el encuentro fraterno del Sucesor de Pedro con los sucesores de los Apóstoles, y el de todos con el Pastor de los Pastores, Jesucristo.

Os saludo pues con gran afecto, y en vosotros saludo también con cariño a todos y cada uno de los miembros de vuestras respectivas diócesis y de todas las naciones y pueblos de América Central, hermanos entre sí por tantos títulos.

ALABADO SEA JESUCRISTO

A lo largo de estos días quiero, como San Pablo, anunciar a Cristo crucificado, muerto y resucitado (Cf. 1 Cor 1, 23; 15, 3 s.), en quien reside nuestra unidad, nuestra esperanza y en quien tenemos la vida en plenitud. Es la Palabra viva del Evangelio la que debe caer, una vez más, como semilla fecunda sobre esta tierra buena de vuestros pueblos.

Durante mi visita a los diversos Países me propongo desarrollar algunos temas que considero más importantes en el actual momento histórico de vuestras amadas Iglesias particulares. Quiero hablar con corazón de padre y afecto de hermano a todo el Pueblo de Dios. Y como la visita quiere tener el carácter unitario que imponen las mismas condiciones externas, lo que en cada etapa o lugar exprese a un sector eclesial, lo dirijo a ese mismo sector de toda América Central y, más ampliamente, de América Latina. En esa enseñanza global hallará también un nuevo motivo de radical unidad en Cristo el amplio mosaico formado con cada una de vuestras Iglesias locales, esparcidas en las varias naciones. Y que en el único Señor están vinculadas inseparablemente a la Iglesia universal.

2. La existencia de quien cree que Jesús es el Señor (Cf. Flp 2, 11) sólo puede desarrollarse en un diálogo de amor, en el cual es El, Jesucristo, quien toma la iniciativa. Este diálogo ha de tener la actitud de servicio para el cual El nos eligió (Cf. Jn 15, 16).

En efecto, en el centro de nuestra elección como Pastores de su Iglesia y del envío para anunciar el Evangelio, está la pregunta que el Señor hizo a Pedro: "¿Simón, hijo de Juan, me amas?" (Jn 21, 15). Es la pregunta que formula, en cierta forma, a cada Obispo. Porque sólo en el amor nos es posible entender nuestra vocación eclesial. Y nuestro servicio a los hermanos tiene su punto de partida en nuestra unidad con el Señor, del cual somos sacramento (Cf. Lumen gentium, 21), embajadores (Cf. 2 Cor 5, 20), no obstante que llevamos el aroma de Cristo en vasos frágiles (Cf. 2 Cor 4, 7).

El diálogo de amor en el Señor que nos permite decir con plena sinceridad, a pesar de nuestra flaqueza: "Señor, tú sabes que te amo" (Jn 20, 16), está a la raíz de la confianza con la que El pone bajo nuestro cuidado las comunidades eclesiales. Es este un compromiso de fidelidad, fuente asimismo de fecundidad, de energía pastoral. Porque nuestra fortaleza no proviene del peso de las armas, sino del Evangelio. Por ello ya en el discurso inaugural de la Conferencia de Puebla os hacía presente cómo no era la calidad de técnicos o de políticos lo que, como Obispos, podríais aportar, porque no es esa vuestra misión, sino la calidad de Pastores. Es lo que ahora os repito: que os esmeréis en ser guías y dechados de la grey (Cf. 1 Pe 5, 3) y que, como Jesús, sepáis ser los buenos Pastores que vais siempre delante de vuestros fieles,

para mostrarles el camino seguro, curar sus heridas y miserias, sus divisiones y caídas, y reconciliarlos en una nueva unidad en el Señor, quien no cesa de convocar a la unidad en El.

3. Unidad en la Iglesia

El Señor Resucitado reúne a la Iglesia. Ella es sacramento de comunión (Cf. Gaudium et spes, 42), "Koinonía", comunión en torno al Resucitado: "Que todos sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en Ti" (Jn 17, 21). ¡Qué admirable llamada a la unidad, la víspera de su pasión! No se trata de una unidad resultado de artificios y componendas, de cálculos, de la suma de transacciones indebidas. No es la unidad lograda a costa de diluir la identidad. No es tampoco la simple asociación externa de mera convivencia. Es la unidad en su forma más plena y perfecta la que nos es propuesta como ejemplo: la del Hijo con el Padre (Cf. Jn 10, 30). Es unidad de amor, de comunicación, de entrega; unidad, en una palabra, afectiva y efectiva.

Vosotros sois en la Iglesia, lo recuerda el último Concilio, "principio de unidad" (Cf. Lumen gentium, 23). El eje y la fidelidad de la misión de Pastores es ser instrumentos de unidad en la comunidad.

Vuestra realidad de Maestros está orientada hacia la unidad en la fe. La Iglesia es comunidad de creyentes, es decir, de quienes participan de una misma fe. Y para tutelar y enriquecer la unidad de la fe en la comunidad y, por lo tanto, la identidad eclesial, el Espíritu de Cristo sostiene la vida dinámica del Magisterio, servicio vital de la Iglesia.

Servicio a la unidad es la Evangelización, por la que nacen las Iglesias. La exhortación Apostólica "Evangelii nuntiandi" ha contribuido notablemente, como lo comprobásteis en la Conferencia de Puebla, a profundizar en lo que es la misión esencial de la Iglesia. De ahí la fuerte insistencia en la absoluta prioridad de la evangelización.

En estrecha correlación está la necesidad de la catequesis, sobre la que se contienen pautas bien precisas en la Exhortación Apostólica "Catechesi tradendae". Porque sin una activa e infatigable evangelización, sin una lúcida y sistemática catequesis, la fe se debilitaría. Y correría serios riesgos la unidad verdadera. Prestaréis un servicio insigne a vuestras Iglesias si asociáis cada vez más el laicado a tan importantes tareas.

4. Hemos de estar siempre atentos para que ni se suplante, ni se desarticule nuestro universo de fe. Podría acontecer cuando criterios meramente humanos reemplazaran los contenidos de fe o cuando la coherencia e intrínseca cohesión del símbolo de la fe fueran descuidados.

ALABADO SEA JESUCRISTO

A tal fin resulta indispensable una adecuada elaboración en el campo de la Cristología y de la Eclesiología. Principios certeros al respecto fueron señalados en el Documento de Puebla que recogió cuanto manifesté al principio de la III Conferencia General (Puebla, 28 de enero, 1979).

Una auténtica Cristología no puede dejar de lado ni la integridad de la revelación neotestamentaria, aprovechando debidamente los avances serios reconocidos en la investigación, ni la indispensable referencia al Magisterio. No se puede hacer una Cristología que sirva de alimento a nuestras comunidades, si el trabajo teológico no hunde sus raíces en la fe de la Iglesia y en una fe personal que hace ofrenda de la propia existencia al Señor.

¿Cómo, por otra parte, elaborar la Eclesiología sin vivir en plenitud el "sentire cum Ecclesia"? ¿Cómo sentir con la Iglesia si no se la ama con corazón de hijos? Sobre la exigencia de un ferviente y profundo amor a la Iglesia como madre, retornaré en la homilía de mañana.

Sé bien, queridos Hermanos, que estáis llevando a cabo un decidido esfuerzo en cumplimiento de vuestra misión y que se observa en muchas partes un empeño renovador, a cuya cabeza estáis vosotros. Porque queréis ser servidores de la unidad en fidelidad a la fe, en todo lo que constituye la vida sacramental de la Iglesia. Esta, en efecto, es congregada por la Palabra y la Eucaristía, centro de toda la vida sacramental. Por ello no sería completa ni comprensible una evangelización que no culminara en la práctica sacramental. Y como la comunidad cristiana vive de la Eucaristía, nunca es más honda su unidad que cuando parte concordemente el pan de la Palabra y de la Eucaristía.

Son realidades que es preciso vivir al calor de la Iglesia, familia de Dios. No se os ocultan, por otra parte, los peligros y no los pasáis en silencio en vuestras Cartas Pastorales, en la línea de Puebla. A ello me he referido con preocupación en mensajes a algunas de vuestras Conferencias Episcopales.

5. La unidad interna de la Iglesia exige el acatamiento pronto y sincero a la enseñanza de los Pastores. Esto ha logrado crear a través de los siglos un rico patrimonio espiritual en América Latina; y en América Central ha sido posible por el sentido de leal comunión del pueblo fiel.

Hay un sentido cristiano del Pueblo de Dios, un "sensus fidelium", que constituye una garantía y como una muralla invulnerable a los ataques e insidias. Vuestros pueblos son fieles; y cuando se les da el pan limpio y puro del Evangelio, lo aceptan con prontitud; y, al contrario, saben distinguir cuándo está adulterado. "Bendito seas, Señor, Dios del cielo y de la tierra, porque has ocultado esto a los sabios y a los inteligentes y lo has

reservado a los pequeños" (Mt 11, 25).

En nuestro corazón de Pastores se eleva esta misma plegaria agradecida al Padre de las misericordias por la Fe en América Latina, que en muchos casos se vuelve, con todo derecho, exigente.

Procurad por ello con todo empeño conservar y fortalecer ante todo vuestra propia unidad. Dentro de cada Conferencia Episcopal y también a nivel más amplio. Como leemos en la carta a los Colosenses: "Sobre todas estas cosas tened caridad que es vínculo de perfección, y la paz de Cristo exulte en vuestros corazones, en la cual habéis sido llamados, en un mismo cuerpo" (Col 3, 15-16).

No os faltará así el respeto y la obediencia del pueblo fiel que sabe a través de vuestro ministerio se acerca al mismo Cristo, a quien el Obispo representa, es decir, hace presente, y en cuyo nombre y persona actúa.

En torno a los Obispos consérvese asimismo viva la unidad de los sacerdotes, "próvidos colaboradores" del ministerio episcopal; la de los religiosos, religiosas y laicos. La mejor garantía para una predicación fecunda es el testimonio de la unidad de la Iglesia. Antes como ahora ha de ser real esta comprobación que dispone a recibir la Palabra de Dios: "Ved como se aman".

En esa unidad en la fe debe crecer el verdadero ecumenismo, que es deseo de fidelidad a Cristo en la doctrina y en las actitudes. Y que ha de traducirse en leal colaboración.

6. Tal unidad debe crecer en torno a las enseñanzas del último Concilio, fuente de permanente revitalización eclesial. Tenemos en él el criterio más certero de renovación en el momento presente.

Los Sínodos de los Obispos son otro valioso instrumento de rejuvenecimiento y unidad y a otro nivel, el Documento de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano debe también seguir contribuyendo a la unidad, tanto en lo doctrinal, como en lo pastoral. Allí ratificásteis, en efecto, vuestra firme voluntad de unidad. Esa unidad en la Iglesia de Cristo que se hace, como bien lo sabéis, en torno a Pedro. Hoy, aquí reunidos, somos un testimonio de comunión en Cristo que, sin duda alguna, llena de alegría y de confianza a todos vuestros fieles.

En Costa Rica tiene asimismo su sede el Secretariado Episcopal de América Central, el SEDAC, nacido precisamente de la necesidad sentida de coordinar la acción pastoral en la región. Con profunda estima saludo a todos los miembros de este organismo episcopal, que

ALABADO SEA JESUCRISTO

mantiene con el CELAM íntimos lazos que lo ayudan a un mejor servicio eclesial.

Son diversas e importantes formas de comunión pastoral para un más fecundo trabajo en las Iglesias, que no pueden estar aisladas, sino muy compenetradas recíprocamente.

7. Unidad en la sociedad.

La comunidad eclesial es y debe ser fermento en el mundo. Es germen firmísimo de unidad y de paz. Hay, desgraciadamente, factores de división que se ciernen peligrosamente sobre vuestros países. Abundan las tensiones, los enfrentamientos que amenazan con graves conflictos y se han abierto las puertas al torrente desolador de la violencia en todas sus formas. ¡Cuántas vidas segadas cruel e inútilmente! Pueblos que tienen derecho a la paz y a la justicia, se ven sacudidos por luchas inhumanas, por el odio, la venganza. Gentes honestas y laboriosas han perdido la tranquilidad y la seguridad.

Y sin embargo, sólo por los caminos de una paz digna y justa es posible alcanzar el progreso al que vuestros pueblos tienen perfecto derecho y que por demasiado tiempo les ha sido negado. Sólo con el respeto a la eminente dignidad del hombre, de todos los hombres, se podrá lograr un futuro mejor y en armonía con sus legítimas aspiraciones.

El Evangelio se constituye en defensa del hombre, sobre todo de los más pobres y desvalidos, de quienes carecen de bienes de esta tierra y son marginados o no tenidos en cuenta.

El amor al hombre, imagen viva de Dios, ha de ser el mejor incentivo para respetar y hacer respetar los derechos fundamentales de la persona humana. Por eso la Iglesia se levanta como defensora del hombre, a la vez que como estandarte de paz, de concordia, de unidad. Son estos también los objetivos que no olvido en esta mi visita.

Es efectivamente necesario y urgente en vuestros países que la Iglesia, al proclamar la Buena Nueva del Evangelio a pueblos que sufren intensamente y desde hace largó tiempo, continúe exponiendo con valentía todas las implicaciones sociales que comporta la condición de cristiano.

Sin olvidar nunca que su primera e indeclinable misión es la de predicar la salvación en Cristo. Pero sin ocultar a la vez situaciones que son incompatibles con una sincera profesión de fe, y tratando de suscitar aquellas actitudes de conversión eficaz a las que debe conducir esa misma fe.

Al cumplir tal misión, todo hombre de Iglesia deberá tener en cuenta que no puede recurrir a métodos de violencia que repugnan a su condición cristiana, ni a ideologías que se inspiran en visiones reductivas del hombre y de su destino trascendente. Por el contrario, desde la clara identidad del Evangelio y de una visión integral del ser humano, se esforzará con todas sus energías por eliminar la operación, la injusticia en sus diversas formas, tratando de ampliar los espacios de dignificación del hombre.

Aquí ha de hallar su fiel e improrrogable aplicación la enseñanza social de la Iglesia, que rechaza como inadecuados y nocivos tanto los planteamientos materialistas del capitalismo puramente economista como los de un colectivismo igualmente materialista, opresores de la dignidad del hombre (Cf. *Laborem exercens*, 13).

Admiro vuestra entrega como Pastores en circunstancias tan difíciles para vuestros pueblos. Vuestro ejemplo de unidad como Obispos, y el de las comunidades que apacentáis, sea garantía de concordia también social, que desde el corazón de la Iglesia tiende puentes dentro y fuera de cada una de vuestras patrias. Que el Señor conceda el don de la concordia y la paz a naciones hermanas con una misma historia, una misma tradición y una misma vocación de libertad.

8. No son, no pueden ser las actuales situaciones de lucha y de desconfianza, de inhumanidad, — que por desgracia prevalecen dolorosamente en más de una nación de esta área geográfica — algo que fatalmente deba prolongarse. Para poner fin a tan doloroso estado de cosas, contribuid con todas vuestras fuerzas, Obispos de América Central, a crear un mundo más digno del hombre, más justo, solidario y fraterno.

La fe nos dice que podemos tomar responsablemente las riendas de la historia para ser artífices de nuestro propio destino. El Señor de la historia hace al hombre y a los pueblos protagonistas, sujetos de su propio futuro, respondiendo al llamado de Dios. Todo lo ha puesto a disposición del hombre, rey de la creación, para hacer de lo creado un himno de alabanza a Dios; y la gloria de Dios es el hombre viviente, que tiene su vida en la visión de Dios (cf. San Ireneo, *Contra haereses*, IV, 20, 7: PG 7, 105).

Durante estas jornadas de renovación volveré con frecuencia al tema de la justicia y de la paz. No ahorraré esfuerzos para rogar a todos que movilicen las energías existentes a fin de lograr que la una y la otra alumbrén vuestro destino; tanto dentro de cada País como a nivel internacional. Sí, preservad a toda costa la concordia entre vuestras naciones. Nada tan lamentable y alarmante como la mera amenaza de una guerra que arrasa-

ALABADO SEA JESUCRISTO

ría a los países en la contienda y los convertiría en lucuoso escenario de intereses foráneos.

Sed portadores, queridos Pastores, de estos mismos sentimientos a todos los países y comunidades que lleno de ilusión y esperanza visitaré. Unidos íntimamente a Cristo traduzcamos más y más, en nuestras actitudes y proceder, en la Iglesia y en la sociedad, la recomendación de San Pablo: "Os exhorto, hermanos, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a que estéis todos de acuerdo y que no haya divisiones entre vosotros, que estéis muy unidos en un mismo espíritu y un mismo pensamiento" (I Cor. 1, 10).

Pongo estos objetivos y mi peregrinación bajo la protección de la Madre de Dios y de la Iglesia. Ella que acompañaba tiernamente al colegio de los Apóstoles al recibir la fuerza del Espíritu, os obtenga de su Hijo la gracia, fortaleza y perseverancia que necesitáis en vuestro abnegado servicio a la Iglesia. Así sea".

Para terminar el encuentro el Santo Padre cenó con los Obispos dirigiéndose después a la Nunciatura Apostólica en Costa Rica, su residencia para las próximas cuatro noches.

Jueves, Marzo 3 de 1983

El Santo Padre inicia la segunda jornada de su peregrinación en América Central. A las 7:45 A.M. en la Sede de la Nunciatura Apostólica de San José, dirigiendo unas breves palabras a los polacos residentes en Costa Rica, a los que exhortó a una coherente vida cristiana.

Inmediatamente después sale de la Nunciatura para dirigirse al Hospital Pediátrico Nacional a donde lleva a las 8:10 A.M., siendo recibido por el Director, los médicos y el personal de dicho Hospital. Después de haber visitado varias dependencias del Hospital y oído las palabras de bienvenida del Director, habla de la siguiente manera:



A los Niños Enfermos

"Amadísimos hermanos e hijos:

En mi visita a Costa Rica no he querido dejar de tener un encuentro con vosotros, queridos niños y niñas enfermos en este Hospital. Os saludo con un cariñoso abrazo, en el que incluyo también a todos los niños que sufren en sus hogares o en otros centros hospitalarios de éste o de los otros Países que visito en estos días.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Desde este Hospital envío asimismo mi saludo y afecto a todos los enfermos adultos que, en sus casas o en otros centros sanitarios, padecéis el peso de la enfermedad. Sabed, queridos míos, que con vuestros sufrimientos, aceptados con espíritu de fe, estáis unidos a los de Cristo, que sufrió y dió la vida por todos los hombres.

También están aquí presentes los representantes del Centro para minusválidos, promovido recientemente por la Organización Mundial de la Sanidad. A todos os animo a hacer de ese Centro un modelo de asistencia a las personas que tienen limitaciones corporales o psíquicas, a fin de ayudarlas debidamente para una reinserción social adecuada a sus posibilidades.

Con estos vivos deseos y esperanzas imparto de corazón mi Bendición Apostólica a vosotros, niños y niñas enfermos, a los enfermos adultos, a vuestros familiares, a los médicos y personal auxiliar y a todos los presentes."

La enfermedad y el dolor se han apoderado de vuestros frágiles cuerpos, y no os permiten hacer la vida que correspondería a vuestra edad, rodeados gozosamente por vuestros padres y amigos. Por eso ha querido venir a visitaros el Papa, vuestro amigo, que tantas veces piensa y reza por vosotros. Para que recibáis cada día el afecto y atención que necesitáis, a través de vuestros padres y familiares, de los médicos y de todo el personal auxiliar, a quienes también saludo y animo a proseguir en el servicio a vosotros con auténtico espíritu de entrega al que sufre. A estos pido que en su trabajo tengan presentes las palabras de Jesús: "cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt. 25, 40).

Ello os ayudará a dar un sentido nuevo a vuestra profesión, que se transformará en verdadera "misión" humana y cristiana para la elevación del hombre, aliviando y curando sus dolores, mediante los mejores adelantos de la ciencia y de la técnica.

A las 9:20 A.M. el Santo Padre sale del Hospital con dirección a la Residencia Presidencial en visita al Jefe de Estado.

A las 9:40 A.M. el Santo Padre llega a la casa del Presidente de la República acompañado del Cardenal Casarolli, del Sustituto de la Secretaría de Estado Arzobispo Eduardo Martínez Somalo, del Obispo Prefecto de la Casa Pontificia Jacques Martin y del Nuncio Apostólico Arzobispo Lajos Kada.

El Presidente Luis Alberto Monge lo recibe con su séquito en una sala de la residencia donde le presenta a su familia. Inmediatamente después el Jefe de Estado y Juan Pablo II tuvieron una conversa-

ción privada, al término de la cual, a las 10:05 A.M., el Santo Padre saluda en el jardín de la residencia a otros invitados del Presidente. A las 10:10 A.M. sale de la casa presidencial para dirigirse al Parque Metropolitano "La Sabana", siendo saludado en su recorrido por miles de personas.

En el centro del Parque Metropolitano "La Sabana" se ha construído un altar donde el Papa celebrará la Santa Misa junto con los 16 Obispos de Costa Rica y dos sacerdotes de cada diócesis. El Papa ingresa en "La Sabana" a las 10:30 A.M. Al comienzo de la celebración el Arzobispo de San José da la bienvenida al Papa. Después del Evangelio el Santo Padre pronuncia su homilía.

ALABADO SEA JESUCRISTO



Amor a la Iglesia

“Amados hermanos en el Episcopado,
queridos hermanos y hermanas:

1. Con profunda alegría acudo a esta cita de oración en el parque metropolitano de La Sabana, para encontrarme con vosotros, fieles de la hermosa ciudad de San José, de toda Costa Rica y de las demás repúblicas hermanas de esta área geográfica, tan numerosos y entusiastas como para dejar bien claro que queréis acoger con cariño la presencia del Papa en este hermoso y noble País.

Vengo a veros como el hermano mayor a sus hermanos; como el padre en la fe a sus hijos; como el Sucesor de Pedro a la grey a él confiada; como el peregrino apostólico a aquellos “a quienes es deudor” (cf. Rom 1, 14) de su palabra y de su afecto.

Recibid ante todo mi saludo más cordial, que se dirige al Pastor y Arzobispo de esta ciudad, a los demás Obispos, personas consagradas e hijos e hijas de la Iglesia. Saludo también al Señor Presidente y a las Autoridades aquí presentes.

2. “Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (Ef 5, 25), acabamos de escuchar en el primer texto bíblico de esta Misa.

Tales palabras condensan la naturaleza y los fines de mi visita apostólica: anunciar el mensaje del Evangelio y alentar al amor a Cristo y a la Iglesia.

Sí, hermanos míos: en este encuentro deseo que nos sintamos nuevamente llamados a proclamar e incrementar nuestro amor a la Santa Iglesia Católica, esposa de Cristo, a quien El amó “hasta la muerte”. Este encuentro de fe junto al altar es ya una prueba de amor a la Iglesia.

En efecto, si estáis aquí reunidos en el nombre de Cristo; si he venido desde Roma a América Central y a este amado país; si vuestros Obispos que fraternalmente me invitaron, se proponen hacer de esta visita y de vuestra respuesta generosa a ella, un punto de partida hacia una creciente renovación de la vida cristiana, es porque amamos a la Iglesia, a ejemplo de Jesucristo que la amó hasta la muerte.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Jesucristo es, sin duda, el único fundamento (cf. 1 Cor 3, 12), el supremo Pastor (cf. Jn 10; 2 Pe 5, 4) y la Cabeza de la Iglesia (cf. 1 Cor 12, 12; Col 1, 18). El la fundó sobre Pedro y sus Sucesores. El la gobierna y la vivifica constantemente.

La Iglesia es su obra, en la cual El se prolonga, se refleja y está siempre presente en el mundo. Ella es su esposa, a la que se ha entregado en plenitud, la ha elegido para sí, la ha hecho y la mantiene siempre viva. Es más: dio su vida para que ella viva. Por eso, en el costado abierto de Jesús en la cruz — como acabamos de leer en el evangelio — se ve el origen de la Iglesia, como Eva nace del costado de Adán.

Hermanos: seamos bien conscientes de esta verdad: Jesucristo “amó” y ama a la Iglesia. Es, en realidad, el mismo amor del Padre por el “mundo”, por los hombres, por nosotros, que lo movió misteriosamente a entregar a su Hijo Único “a la muerte, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).

Si Jesucristo amó, pues, a la Iglesia hasta morir por ella, esto significa que ella es digna de ser amada también por nosotros.

3. Sin embargo, algunos cristianos miran a veces a la Iglesia como si estuvieran fuera, al margen de ella. La critican como si nada tuvieran que ver con ella. Toman distancias de la Iglesia, como si la relación de ella con Jesucristo, su Fundador, fuera accidental y ella hubiera surgido como mera consecuencia ocasional de su vida y de su muerte; como si El no estuviera vivo en la Iglesia, en su enseñanza y en su acción sacramental; como si ella no fuera el misterio mismo de Cristo confiado a los hombres.

A otros, la Iglesia les resulta indiferente, ajena. En cambio, para los cristianos conscientes, que saben “de qué espíritu son” (cf. Lc 9, 55), la Iglesia es Madre.

Sí, queridos hermanos: la Iglesia es vuestra madre; es la madre de todos los cristianos. Ella nos ha engendrado a la vida eterna por el Bautismo, sacramento del nuevo nacimiento (cf. Jn 3,5). Nos ha llevado a la madurez de los hijos de Dios en el sacramento de la Confirmación. Nos alimenta constantemente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, cuando celebra el misterio de la muerte y resurrección del Señor. Ella, por el sacramento de la Penitencia, nos reconcilia con el Padre y consigo misma, en virtud de la reconciliación operada por Cristo en su muerte (cf. 2 Cor 5, 19).

De este modo la Iglesia nos pone en el camino que conduce al Padre mediante Jesucristo; acompaña nuestros pasos con su magisterio, su predicación y la acción de sus ministros.

La Iglesia es también vuestra madre, hijos de Costa Rica y de los pueblos de América Central, porque vuestra cultura y civilización vieron la luz y se han desarrollado bajo su presencia y acción. Ella pudo integrar armoniosamente la herencia rica de las tradiciones indígenas y el Evangelio, creando así una nueva familia, la familia de Dios en su Iglesia.

4. Esta Iglesia, con su doctrina y ejemplo, el de sus santos y maestros, nos exhorta a ocuparnos no sólo de las cosas del espíritu, sino también de las realidades de este mundo y de la sociedad humana de la que somos parte. Nos exhorta a comprometernos en la eliminación de la injusticia, a trabajar por la paz y superación del odio y la violencia, a promover la dignidad del hombre, a sentirnos responsables de los pobres, de los enfermos, de los marginados y oprimidos, de los refugiados, exilados y desplazados, así como de tantos otros a los que debe llegar nuestra solidaridad.

Conozco el ambiente de trabajo y de paz que os distingue, amados hijos de Costa Rica. La Iglesia, con vuestros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas a la cabeza, ha sido continuamente ejemplo y estímulo para lograrlo.

Seguid adelante. No os desalentéis ante las dificultades. No olvidéis los valores cristianos que os distinguen y que os han ayudado hasta el presente. Sed fieles a vuestra tradición y aspirad a ser modelo de organización social justa, en momentos de profundos cambios y graves desafíos.

5. Pero hemos de pensar también en los deberes que tenemos para con la Iglesia.

En primer término, todos somos responsables de la Iglesia. Porque somos sus miembros y sus hijos. Siendo miembros vivos del cuerpo de Cristo, todos tenemos que ofrecer nuestro aporte al crecimiento de ese Cuerpo. A ello nos invita la enseñanza de San Pablo (cf. 1 Cor 12, 15-16), basada en la sugestiva imagen del cuerpo y de sus miembros.

Cada miembro, es verdad, tiene en la Iglesia su propia función, su responsabilidad propia: ¿“Acaso todos son apóstoles? ¿O todos profetas? ¿Todos maestros?” se pregunta San Pablo. No, cada uno tiene y ejerce su propia función, dentro del respeto a los demás, de la unidad y estructura jerárquica de la Iglesia.

Pero nadie puede decir: la Iglesia, su santidad, su misión en el mundo su culto a Dios, no son cosa mía. A todos nos corresponde, Obispos, Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Laicos, cada uno en su lugar, edificar la Iglesia, o mejor, servir de instrumentos activos al Señor que

ALABADO SEA JESUCRISTO

la construye por su Espíritu (cf. Ef. 2, 20-22). ¿Y cómo se construye la Iglesia?

6. Construye la Iglesia quien, fiel a su Bautismo, vive santamente, renuncia al pecado, lleva su cruz con Cristo, muestra en su conducta a los hermanos la realidad exigente y gozosa del Evangelio.

Construyen la Iglesia quienes, unidos como esposos por el sacramento del matrimonio, hacen de su familia una verdadera iglesia doméstica, ejemplar para todos, estable en su unión, fiel a los compromisos adquiridos de unidad y fidelidad, de respeto absoluto a la vida desde su concepción, y de rechazo por tanto del crimen del aborto; de transmisión de la fe y educación cristiana de sus hijos.

Construyen la Iglesia quienes se preocupan por el prójimo, especialmente el pobre y abandonado, el marginado y oprimido; quienes son fieles al deber de solidaridad, sobre todo en las crisis económicas que sacuden actualmente a las sociedades.

La construyen quienes se empeñan en mejorar o cambiar lo que obstaculiza o ahoga el pleno desarrollo del hombre y de todos los hombres.

Construyen la Iglesia quienes ejercen fielmente los ministerios y servicios que les confían sus Obispos. Pienso en los catequistas, los ministros extraordinarios de la Eucaristía, en los delegados de la Palabra, en los que preparan a sus hermanos para la digna recepción de los

sacramentos y los que se empeñan en los diversos movimientos de apostolado.

Construyen la Iglesia los jóvenes para quienes Cristo es el ideal, y con generosidad, entusiasmo y limpieza de corazón se entregan al servicio de los demás, siendo fermento renovador de una sociedad a menudo envejecida y triste.

En una palabra: construimos la Iglesia, cuando nos esforzamos por ser santos; por cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios, para que ella, aun compuesta por hombres pecadores, sea cada vez más fiel a su vocación de santidad. Esta es la mejor prueba de nuestro amor a la Iglesia.

7. Queridos hermanos y hermanas: Amemos siempre a la Iglesia. Sintámonos responsables de ella, de su fidelidad a la Palabra de Dios, a la misión que Cristo le confió, a su vocación de ser "como sacramento; es decir, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano" (cf. Lumen gentium, 1).

Amémosla como a nuestra Madre; como amamos a María Santísima, a la que vosotros llamáis con el cariñoso nombre de "la Negrita de los Angeles" en su santuario de Cartago.

Amémosla sobre todo como Cristo la amó, hasta dar por ella su misma vida. Y pidámosle a El en esta Eucaristía que celebramos, que el amor a la Iglesia sea la característica de vuestra vida cristiana, hijos fieles de Costa Rica y de América Central. Así sea."

La Santa Misa termina a las 12:50 P.M. y el Santo Padre regresa a la Sede de la Nunciatura para almorzar y reposar brevemente.

A las 16:20 P.M. el Santo Padre sale de la Sede de la Nunciatura Apostólica con dirección a la Catedral Metropolitana para el encuentro con el Clero, religiosos y religiosas de Costa Rica.

Después de unas palabras de homenaje del Arzobispo Monseñor Villalobos, el Santo Padre preside una breve Liturgia de la Palabra, en el curso de la cual pronuncia la siguiente homilía:

ALABADO SEA JESUCRISTO



A las Religiosas

“Queridos hermanos y hermanas:

1. Correspondo con profunda gratitud y afecto al cariñoso recibimiento que habéis querido tributarme en esta catedral metropolitana de San José, donde sé que estáis congregados los miembros del clero, religiosos, religiosas y seminaristas. Sois la porción selecta de la Iglesia en Costa Rica, sus fuerzas vivas más preciosas e imprescindibles. Por eso os manifiesto mi más profundo aprecio por vuestro estado y actividad. Os animo a continuar sin vacilaciones, con gozo y optimismo, en vuestra fidelidad al Señor. Quiero deciros que pido en la oración por vuestras intenciones y necesidades, y os bendigo de todo corazón. De modo particular encomiendo en la plegaria la perseverancia y buena formación de los seminaristas, que serán los futuros ministros de la Iglesia.

Como hablaré de manera específica para los sacerdotes desde el Salvador y para los religiosos desde Guatemala, hoy quiero dirigirme especialmente a las religiosas.

Os contemplo, queridas hermanas consagradas a Jesucristo y a su Reino, en la variedad del compromiso apostólico de vuestro diversos Institutos, y en su presencia en los distintos países. Unas pertenecéis a los pueblos de América Central, de Belice o Haití donde estoy reali-

zando mi visita apostólica; otras sois originarias de las demás naciones del Continente americano o habéis llegado de otros Continentes; pero sé que todas os sentís bien encarnadas en estas tierras que son vuestra patria espiritual y dáis así una dimensión de universalidad a la Santa Iglesia.

Tengo la alegría de sentirlos palpar con los ideales de la Iglesia que vive en estas tierras, pues una característica de vuestra presencia debe ser la profunda inserción en las Iglesias particulares, donde prestáis una preciosa ayuda en la evangelización, en la animación de las comunidades parroquiales y grupos eclesiales; sois auténticas colaboradoras de vuestros Pastores, que aprecian vuestro trabajo, y de los fieles que, con su amor y respeto, os ayudan a mantener sin fisuras vuestra identidad de consagradas y vuestro compromiso con los más necesitados.

2. Mis palabras en este encuentro de fe, de plegaria y de comunión espiritual con el Sucesor de Pedro, con quien vuestra consagración os vincula en el afecto, la obediencia y la colaboración apostólica, quieren traer os un mensaje de gozo y esperanza que confirme vuestra identidad y os abra nuevos senderos en vuestro compromiso eclesial, reforzado ahora con mi presencia entre vosotras.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Quisiera recordaros, como siempre lo ha hecho la Iglesia con las vírgenes cristianas, desde los primeros tiempos del cristianismo, vuestra vinculación a Cristo Jesús, vuestro Señor y Esposo, de quien habéis abrazado a la vez el amor y la causa.

Sois discípulas, porque lo habéis seguido con los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. Podéis decir con San Pablo: "Para mí la vida es Cristo" (Fil 1, 21), porque os habéis consagrado personalmente a El y estáis llamadas a sentir en plenitud esta comunión de amor, hasta poder decir que es El quien vive en vosotras y os comunica la vida verdadera. Os habéis identificado con su causa y por eso, dejándolo todo, como los apóstoles, habéis elegido ser testigos de los valores y compromisos del Reino.

Vuestra aportación es valiosísima para la Iglesia. Sé que lleváis con entusiasmo una buena parte del peso en tantas tareas parroquiales, de evangelización, de enseñanza, de obras de misericordia, de animación comunitaria, de presencia y testimonio eclesial entre los más pobres, marginados, necesitados; con la capacidad de hacer presente la Iglesia con un rostro auténticamente materno, con sensibilidad y cariño, con sabiduría y equilibrio. En esta dimensión sentís el gozo de una consagración en la que podéis decir también, parafraseando la frase de San Pablo: Para mí vivir es ser Iglesia.

3. En un momento de la historia en que la mujer adquiere en la sociedad el puesto que le corresponde con una promoción que la dignifica, veo con satisfacción vuestra presencia calificada como mensajeras y testigos del Evangelio. Este movimiento que ahora va alcanzando una mayor forma expresiva en la pastoral de conjunto, tiene su fundamento y raíz en la actitud misma del Maestro hacia aquellas mujeres que le siguieron (cf. Lc. 23, 55), que disfrutaron de su amistad como Marta y María de Betania (cf. Jn. 12, 1-8) y fueron mensajeras de su resurrección, como María Magdalena (cf. Jn 20, 18) o invitaron a reconocerlo por Mesías, como la Samaritana (Cf. Jn 4, 39).

También a vosotras os confía la Iglesia el servicio de la Palabra y de la catequesis, de la educación en la fe, de la promoción cultural y humana; os pide una preparación adecuada, y por lo tanto cada vez más intensa, a nivel de teología bíblica y dogmática, de liturgia, de espiritualidad y de ciencia; y a la vez reconoce con cuánto entusiasmo y generosidad lleváis el Evangelio a los pobres, a los más sencillos, a la juventud inquieta de esta área geográfica.

Pero el Evangelio es vida, y vosotras lleváis en el corazón, consagrado a Cristo, el instinto de la vida, de la caridad — que es la vida misma de Dios — que se encarna en obras de asistencia, de promoción. Con razón los cris-

tianos de estas tierras reclaman vuestra presencia insustituible junto al lecho del enfermo, en la escuela, en las diversas formas de misericordia evangélica propia de la creatividad religiosa. En esos lugares, en esos ambientes, sois la presencia misma del amor de Cristo, sois el rostro de la Iglesia, que resplandece ante los hombres por su amor traducido en bondad, ayuda, consuelo, liberación, esperanza.

4. Mirando en concreto la situación de vuestros pueblos, las inquietudes que agitan la sociedad, el frágil equilibrio de la paz, las tareas de promoción de la justicia todavía por realizar, no puedo menos de repetir os mi confianza en nuestra misión.

Quisiera hacerme eco, en el momento actual, de las palabras del Concilio Vaticano II en su mensaje a las mujeres: "Vosotras, vírgenes consagradas, en un mundo donde el egoísmo y la búsqueda de placeres quieren hacer ley, sed guardianes de la pureza, del desinterés, de la piedad . . . En este momento tan grave de la historia os está confiada la vida, a vosotras toda salvar la paz del mundo" (Mensaje a las mujeres, 8.11).

Os podría parecer excesivamente comprometedor vuestra misión; demasiado grande para vuestras posibilidades. Porque vosotras estáis cerca del pueblo, tenéis en muchos casos en vuestras manos la educación de niños, jóvenes y adultos; tenéis que ser, por naturaleza y por misión evangélica, sembradoras de paz y de concordia, de unidad y de fraternidad; podéis desconectar los mecanismos de la violencia mediante una educación integral y una promoción de los valores auténticos del hombre; vuestra vida consagrada tiene que ser un desafío a los egoísmos y a las opresiones, una llamada a la conversión, un factor de reconciliación entre los hombres.

5. Para poder cumplir debidamente esa misión, permaneced firmes en vuestra radicalidad de fe, en el amor a Cristo y en la conciencia eclesial. Así evitaréis posibles desviaciones o instrumentalizaciones del Evangelio en la necesaria opción preferencial, no excluyendo, en favor de los pobres.

No os dejéis engañar por ideologías partidistas; no sucumbáis a la tentación de opciones que pueden pedir os un día el precio de vuestra propia libertad. Confíad en vuestros Pastores y estad siempre en comunión con ellos. En esa comunión con la Iglesia, en la identificación con

sus directrices, encontraréis la norma segura de acción. Colaborad también vosotras a realizar ese discernimiento de la realidad sobre el que tiene que caer la luz del Evangelio. Orientad siempre, casi por instinto sobrenatural, la autenticidad de vuestras opciones apostólicas con la brújula del sentido de la Iglesia, hecho de comunión sincera con su magisterio, de unidad con sus pastores.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Con esta garantía, abrazad la causa de los pobres; estad presentes donde Cristo sufre en los hermanos necesitados; llegad con vuestra generosidad donde sólo el amor de Cristo sabe intuir que falta una presencia amiga. Sed pacientes y generosas en la esperanza de una sociedad mejor, sembrando la semilla de una humanidad nueva que construye y no destruye, que transforma lo negativo en positivo, como anuncio de resurrección.

El Espíritu Santo, que ha suscitado el carisma de la vida religiosa en la Iglesia y ha suscitado también el carisma de cada uno de vuestros Institutos, os dará luz y creatividad; para saber encarnarlo en nuevos valores y situaciones inéditas, con la carga de novedad evangélica que posee cada carisma animado por el Espíritu, cuando permanece en la comunión eclesial.

6. Quiero dejaros como consignas de este encuentro algunas fidelidades que os ensancharán el corazón y os darán el gozo pleno del discípulo auténtico de Jesús, aun en medio de las persecuciones, las incomprensiones, la aparente ineficacia apostólica de vuestros esfuerzos.

Ante todo fidelidad a Cristo; mediante la comunión amorosa con El por medio de la oración, a la que tenéis que reservar espacios largos y frecuentes en vuestra vida, por mucho que apremien las necesidades apostólicas. Vuestra oración debe buscar la experiencia de Cristo, seguido, amado, servido.

Fidelidad también a la Iglesia. Vuestra consagración os vincula de una manera especial a la Iglesia (cf. *Lumen gentium*, 44); y en la perfecta comunión con ella, con su misión, con sus Pastores y con los fieles, encontraréis el pleno sentido de vuestra vida religiosa. Continúad siendo, como consagradas, el honor de la Iglesia Madre.

Llevad en vuestro corazón y en vuestra vida sus penas y dolores; sed capaces de proyectar en todo momento el rostro evangélico de la Esposa de Cristo.

Permaneced unidas en la fidelidad a vuestro propio carisma. Con ello la Iglesia muestra la belleza de las diversas expresiones evangélicas asumidas por vuestros fundadores y fundadoras. En comunión con vuestros Institutos, dáis en las Iglesias particulares una dimensión universal, la que tienen vuestras familias religiosas. Viviendo en comunión con vuestras hermanas realizáis esa primera comunión que asegura la presencia de Jesús en medio de vosotras y garantiza la fecundidad apostólica de la comunidad (cf. *Perfectae caritatis*, 15).

Vivid también en comunión entre los diversos Institutos, para ofrecer al Pueblo de Dios el ejemplo de una unidad evangélica que refleja la unión del Cuerpo Místico, donde todos los carismas están unificados por el mismo Espíritu.

Sed, finalmente, fieles a vuestro pueblo, a vuestras Iglesias particulares, a sus esfuerzos y esperanzas de justicia y promoción, para que en vosotras la Iglesia aparezca totalmente encarnada en las diversas naciones, en su idiosincrasia, en sus valores y costumbres, dentro del concierto de la Iglesia, una, santa y católica.

7. Todo lo que he querido confiar a vosotras, tiene su adecuada aplicación, respetando su propio género de vida, a las religiosas de vida contemplativa. Ellas, silenciosamente viven y testimonian el valor de la unión con Dios, de la penitencia, de la inmolación. Abrazan con su plegaria las necesidades de los pobres, asumen las preocupaciones de la Iglesia Universal y de las comunidades particulares. Ellas son la manifestación tangible de que vuestros pueblos tienen una auténtica capacidad contemplativa.

También las consagradas que viven en medio de la sociedad su compromiso de animación, según las características de los Institutos Seculares, sabrán hacer suyas las consignas que he querido dar, acentuando su presencia en la sociedad, particularmente en los ambientes que son propios de su apostolado.

8. Queridas religiosas: No puedo despedirme de vosotras sin indicaros en la Virgen María el modelo perfecto de estas fidelidades que os acabo de pedir. En ella encontraréis la primera discípula y la primera consagrada. Ella es modelo de contemplación, de proclamación de la Palabra, de presencia en medio de su pueblo. Ella es la expresión de todos los carismas y la Madre de todas las consagradas.

Vuestros pueblos son devotos de nuestra Señora y adivinan en la predicación del Evangelio el distintivo de catolicidad cuando se habla de Ella; o su ausencia, si sobre Ella se guarda silencio. Amando a la Virgen, hablando de Ella, entraréis en el corazón de vuestro pueblo. Pero sobre todo, si sabéis reflejarla en vuestra vida, seréis esas mensajeras calificadas del Evangelio que necesita la Iglesia en América Central.

Que Ella os conserve fieles al Evangelio. A Ella os confío, para que con vuestra palabra y vuestra vida podáis decir a todos, sólo y siempre: ¡Jesucristo es el Señor! Así sea."

ALABADO SEA JESUCRISTO



Cerca de las 17:50 P.M. concluyó el encuentro de la Catedral con el canto de la Salve Reina y la bendición apostólica.

A las 18:05 P.M. el Santo Padre sale de la Catedral hacia el Estadio Nacional para el encuentro con la juventud. Allí lo esperaba una gran multitud de jóvenes. Uno de ellos le da la bienvenida, siguiendo la celebración litúrgica de la Palabra, durante la cual el Santo Padre pronuncia la siguiente homilía:

A los Jóvenes

“Mis queridos jóvenes:

1. En mi visita apostólica a esta área geográfica me encuentro hoy con vosotros, jóvenes de Costa Rica aquí presentes; y a través de los medios de comunicación, también con los de los otros países que visitaré en los próximos días.

Tanto a los que os halláis en este estadio como a los ausentes, pero unidos afectivamente a nosotros, os expreso mi gran alegría de estar con vosotros y os doy mi saludo más cordial de amigo y hermano.

Vengo a compartir con vosotros esta fraterna experiencia humana y eclesial, y a deciros una palabra que estoy seguro tendrá un fuerte eco en vuestro corazón generoso; Cristo, el eternamente joven, os necesita y os convoca en la Iglesia, “verdadera juventud del mundo” (“Concilio Ecuménico Vaticano II, Mensaje a los jóvenes, 6).

Al concluir el Concilio Vaticano II, su último mensaje fue dirigido precisamente a los jóvenes, a vosotros “los que váis a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia” (Ibid, 1).

Con gran confianza dijeron entonces los Padres conciliares: “Sobre todo para vosotros los jóvenes, la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una luz, luz que alumbrará el porvenir” (Ibid, 2).

Como este mensaje es de impresionante actualidad, me parece oportuno entretenerme aquí con vosotros sobre el mismo, para examinar cómo puede iluminar mejor vuestro camino y ayudaros a responder al grave compromiso que tenéis como fermento y esperanza de la comunidad humana y de la Iglesia.

2. Sé que con frecuencia os preguntáis acerca de cómo vivir vuestra vida de manera que valga la pena; como comportaros de modo que vuestra existencia esté llena y no caiga en un vacío; cómo hacer algo para mejorar la sociedad en la que vivís, saliendo al paso de los graves males que sufre y que repugnan a vuestra sed de sinceridad, de fraternidad, de justicia, de paz, de solidaridad. Sé que deseáis ideales nobles, aunque cuesten, y no queréis vivir una vida gris, hecha de pequeñas o grandes traiciones a vuestra conciencia de jóvenes y de cristianos. Y sé también que para ello estáis dispuestos a adoptar una actitud positiva frente a vuestra propia existencia y a la sociedad de la que sois miembros.

ALABADO SEA JESUCRISTO

No basta, efectivamente, contemplar los tantos males que descubrís en derredor vuestro, o lamentarlos pasivamente. No basta tampoco criticarlos. Ni aportaría solución alguna declararse impotentes o vencidos ante el mal y dejarse llevar por la desesperanza. No, no es ese el camino de solución.

Cristo os llama a comprometeros en favor del bien, de la destrucción del egoísmo y del pecado en todas sus formas. Quiere que construyáis una sociedad en la que se cultiven los valores morales que Dios desea ver en el corazón y en la vida del hombre. Cristo os invita a ser hijos fieles de Dios, operadores de bien, de justicia, de hermandad, de amor, de honestidad y concordia. Cristo os alienta a llevar siempre en vuestro espíritu y en vuestras oraciones la esencia misma del amor a Dios y el amor al hombre.

Porque sólo de esta manera, con esa comprensión de la proundidad del hombre a la luz de Dios, podréis trabajar con eficacia para que “esa sociedad que váis a construir respete la dignidad, la libertad el derecho de las personas, y esas personas son las vuestras” (Con. Ecum. Vat. II, Ibi, 3). Las vuestras y las de quienes — no lo olvidéis nunca — son hijos de Dios, y llevan asimismo el exigente nombre de hermanos vuestros.

3. Este camino de empeño en favor del hombre no es fácil. Trabajar por elevarlo y ver siempre reconocida y respetada su dignidad, es tarea muy exigente. Para perseverar en ella es necesaria una motivación profunda, una que sea capaz de superar el cansancio y el escepticismo, la duda y aun la sonrisa de quien se asienta en su comodidad o ve como ingenuo a quien es capaz de altruismo.

Para vosotros, jóvenes cristianos, esa motivación de fondo, capaz de transformar vuestras acciones, es vuestra fe en Cristo. Ella os enseña que vale la pena esforzarse por ser mejor; que vale la pena trabajar por una sociedad más junta; que vale la pena defender al inocente, al oprimido, al pobre; que vale la pena sufrir para atenuar el sufrimiento de los demás; que vale la pena dignificar cada vez más al hombre hermano.

Vale la pena, porque ese hombre no es el pobre ser que vive, sufre, goza, es explotado y acaba su vida con la muerte; sino que es un ser imagen de Dios, llamado a la amistad eterna con El: un ser que Dios ama y quiere que sea amado.

Sí, quiere que no sólo sea respetado — que es el primero y básico paso — sino que sea amado por sus semejantes.

Esta es la meta altísima a la que nos llama nuestra fe cristiana. Éste es el camino que lleva al corazón del hombre y que pasa por la complacencia de Dios en él.

Por eso el Concilio se preocupaba de que la sociedad deje expandir su tesoro antiguo y siempre nuevo: la fe (Ibid. 4).

4. La Iglesia confía en que sabréis ser fuertes y valientes, lúcidos y perseverantes en ese camino. Y que con la mirada puesta en el bien y animados por vuestra fe, seréis capaces de resistir a las filosofías del egoísmo, del placer, de la desesperanza, de la nada, del odio, de la violencia (Ibid, 4). Conocéis los frutos amargos que produce. ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre derramada por causa de la violencia, fruto del odio y del egoísmo!

El joven que se deja dominar por el egoísmo, empobrece sus horizontes, rebaja sus energías morales, arruina su juventud e impide el adecuado crecimiento de su personalidad. En cambio, la persona auténtica, lejos de encerrarse en sí misma, está abierta a los demás; crece, madura y se desarrolla en la medida en que sirve y se entrega generosamente.

Detrás del egoísmo aparece la filosofía del placer. Cuántos jóvenes, por desgracia, son arrastrados por la corriente del hedonismo, presentado como un valor supremo; ello los lleva al desenfreno sexual, al alcoholismo, a la droga y a otros vicios que destruyen su fuerza ardorosa y debilitan su capacidad para afrontar las reformas que son indispensables en la sociedad.

Natural consecuencia del egoísmo y del placer absolutizado es la desesperanza que lleva a la filosofía de la nada. El joven auténtico cree en la vida y reboza esperanza. Está convencido de que Dios lo llama en Cristo a realizarse integralmente, hasta la estatura del hombre perfecto y la madurez de la plenitud (cf. Ef 4, 13).

5. Y ¿qué deciros, amados jóvenes, de los horrores del odio y la violencia? Es una triste realidad que, en este momento, gran parte de América Central está cosechando los amargos frutos de la semilla sembrada por la injusticia, por el odio y la violencia.

Ante esta dolorosa situación de muerte y enfrentamiento, el Papa siente la imperiosa necesidad de repetir ante vosotros, jóvenes, la palabra de Cristo: “Os doy un mandameinto nuevo: que os améis los unos a los otros” (Jn 13, 34). Y también la palabra solemnemente pronunciada por mi Predecesor Paulo VI en Bogotá: “La vilencia no es cristiana ni evangélica” (Disc. del 23 de agosto 1968).

Sí, vosotros, amadísimos jóvenes, tenéis la grave responsabilidad de romper la cadena del odio que produce odio, y de la violencia que engendra violencia. Habéis de crear un mundo mejor que el de vuestros antepasados. Si no lo hacéis, la sangre seguirá corriendo; y mañana, las lágrimas darán testimonio del dolor de vuestros hijos. Os

ALABADO SEA JESUCRISTO

invito pues como hermano y amigo, a luchar con toda la energía de vuestra juventud contra el odio y la violencia, hasta que se restablezca el amor y la paz en vuestras naciones.

Vosotros estáis llamados a enseñar a los demás la lección del amor, del amor cristiano, que es al mismo tiempo humano y divino. Estáis llamados a sustituir el odio con la civilización del amor.

Esto lo podréis realizar por el camino espléndido de la amistad auténtica, de la que lleva siempre a lo más alto y noble; de la amistad que aprendéis de Cristo, que ha de ser siempre vuestro modelo y gran amigo. Y rechazando con gallardía a cuantos recurren al odio y sus manifestaciones como instrumentos para forjar una nueva sociedad.

6. El mensaje del Concilio os invita también a no ceder al ateísmo, "fenómeno de cansancio y de vejez" (Ibid, 4). Ante él, vosotros jóvenes vigorosos, debéis afirmar la fe "en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno" (Ibid).

Debéis manifestar en vuestra vida esa fe, enriqueciendo a otros con un testimonio vivido, alegre, esperanzado y esperanzador, que contagie a quien os mira. Vuestro testimonio cristiano, juvenil y valiente, capaz de pisotear el respeto humano, tiene gran fuerza evangelizadora.

Esta debe ser vuestra actitud de vida. Si sois fieles a este programa, sentiréis el gozo de quien lucha y sufre por el bien; de quien da a los demás la razón de su esperanza; de quien encuentra en cada hombre el rostro de Cristo; de quien renueva constantemente su juventud interior; de quien ante un mundo que lo busca, quizá sin saberlo, grita un mensaje de optimismo; también en nuestros días, Jesús de Nazaret sigue siendo la fuente e inspiración de la verdad, de la dignidad, de la justicia, del amor.

7. Mis queridos amigos: sé, por mi experiencia como profesor universitario, que os gustan las síntesis concretas. Es muy sencilla la síntesis-programa de lo que os he dicho: Se encierra en un No y un Sí:

- No al egoísmo;
- No a la injusticia;
- No al placer sin reglas morales;
- No a la desesperanza;
- No al odio y a la violencia;
- No a los caminos sin Dios;
- No a la irresponsabilidad y a la mediocridad.
- Sí a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia;
- Sí a la fe y al compromiso que ella encierra;
- Sí al respeto de la dignidad, de la libertad y de los derechos de las personas;
- Sí al esfuerzo por elevar al hombre y llevarlo hasta Dios;
- Sí a la justicia, al amor, a la paz;
- Sí a la solidaridad con todos, especialmente con los más necesitados;
- Sí a la esperanza;
- Sí a vuestro deber de construir una sociedad mejor.

8. Recordad que para vivir el presente hay que mirar al pasado, superándolo hacia el futuro.

El futuro de América Central estará en vuestras manos; lo está ya en parte. Procurad ser dignos de tanta responsabilidad.

Que Cristo Jesús os inspire siempre con su palabra y ejemplo. Acogedlos con generosidad, con entusiasmo, y ponedlos en práctica. Atended el consejo del Apóstol Santiago: "Poned por obra la palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero yéndose se olvida de cómo es" (Sant. 1, 22-24).

La bendición de Dios y mi oración os acompañará en esta tarea. Que la Virgen María, la Madre de Cristo nuestra salvadora, sea vuestra compañera, vuestra hermana, vuestra amiga, vuestra confidente, vuestra Madre, hoy y siempre. Así sea."

Ya de regreso en la Sede de la Nunciatura, el Santo Padre recibe a las 21:00 P.M. a los Jueces de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. El Papa se dirige a ellos con las siguientes palabras:

ALABADO SEA JESUCRISTO



A los Jueces de la Corte Interamericana de Derechos Humanos

“Distinguidos Señores:

En el marco de mi visita a los Países de América Central, he aceptado gustosamente este encuentro con vosotros que, en virtud de la alta función que desempeñáis, habéis sido llamados a realizar una importante tarea de protección de los derechos humanos en este querido y atormentado continente. Os saludo pues con profunda estima.

La creación de la Corte Interamericana de los Derechos Humanos, que tiene por finalidad aplicar e interpretar la Convención Americana de los Derechos Humanos que entró en vigor el año 1978, ha señalado una etapa de particular relieve en el proceso de maduración ética y de desarrollo jurídico de la tutela de la dignidad humana. En efecto, esta Institución, que no sin motivo escogió la ciudad de San José de Costa Rica como sede, manifiesta una viva toma de conciencia por parte de los Pueblos y gobernantes americanos, de que la promoción y defensa de los derechos humanos no es un mero ideal, todo lo noble y elevado que se quiera, pero, en la práctica, abstracto y sin organismos de control efectivo; sino que debe disponer de instrumentos eficaces de verificación y, si hiciera falta, de oportuna sanción.

Es cierto que el control del respeto de los derechos humanos corresponde ante todo a cada sistema jurídico estatal. Pero una mayor sensibilidad y una acentuada preocupación por el reconocimiento o por la violación de la dignidad y la libertad del hombre, han hecho ver no sólo la conveniencia, sino también la necesidad de que la protección y el control que ejerce un Estado, se completan y se refuerzan a través de una institución jurídica supranacional y autóctona.

La Corte Interamericana de los Derechos Humanos, de la que vosotros formáis parte, ha sido creada precisamente para desempeñar esta especial función jurídica, tanto contenciosa como consultiva. En vista de esa noble misión, deseo expresar, Señores, mi apoyo y aliento, mientras invito a las instancias interesadas a recurrir con valentía a esta Corte para confiarle los casos de su competencia, dando así prueba concreta de reconocerle el valor plasmado en sus estatutos. Este será el camino hacia una mejor aplicación del contenido de la Declaración Universal de los Derechos del hombre, a la que me referí bastante extensamente durante mi visita a la sede de las Naciones Unidas (2 octubre 1979, nn. 9, 13-20).

A vosotros, ilustres jueces, quiero formular el ferviente voto de que, con el desempeño de vuestras funciones, ejercidas con profundo sentido ético e imparcialidad, hagáis crecer el respeto de la dignidad y de los derechos del hombre; ese hombre que vosotros, educados en una tradición cristiana, reconocéis como imagen de Dios y redimido por Cristo; y, por consiguiente, el ser más valioso de la creación.

Pido a Dios que os bendiga e ilumine en el fiel cumplimiento de esta vasta tarea, tan necesaria e importante en el actual momento de la historia humana.”

ALABADO SEA JESUCRISTO

Viernes, Marzo 4 de 1983

Nicaragua

Juan Pablo II inicia la tercera jornada de su viaje apostólico en los países de América Central saliendo a las 7:55 A.M. de la Sede de la Nunciatura de San José de Costa Rica hacia el aeropuerto Juan Santamaría. A las 8:40 A.M. despegó el DC 10 de Alitalia rumbo a Managua, capital de Nicaragua.

A las 9:11 A.M. aterriza en el aeropuerto "Augusto César Sandino". Están allí pa-

ra recibirlo la Junta de Gobierno, el Nuncio Apostólico Arzobispo Andrea Cordeiro Lanza de Montezemolo, el Arzobispo de Managua y Presidente de la Conferencia Episcopal Monseñor Miguel Obando Bravo, todos los otros Obispos del país y numerosas autoridades. El Santo Padre, después de besar el suelo nicaragüense, oye el discurso del Coordinador de la Junta de Gobierno, Daniel Ortega. A continuación el Papa pronuncia el siguiente discurso:

Saludo al Pueblo de Nicaragua



"Ilustres miembros de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional,
amados hermanos en el Episcopado,
queridos hermanos y hermanas:

1. Al pisar el suelo de Nicaragua, mi primer pensamiento agradecido va a Dios, que me brinda la posibilidad de visitar esta tierra de lagos y volcanes, y sobre todo este noble pueblo, tan rico de fe y de tradiciones cristianas.

ALABADO SEA JESUCRISTO

2. Me trae a Nicaragua una misión de carácter religioso; vengo como mensajero de paz; como alentador de la esperanza; como un servidor de la fe, para corroborar a los fieles en su fidelidad a Cristo y a su Iglesia; para alentarlos con una palabra de amor, que llene los ánimos de sentimientos de fraternidad y reconciliación.

En nombre de Aquel que por amor dio su vida por la liberación y redención de todos los hombres, querría dar mi aporte para que cesen los sufrimientos de pueblos inocentes de esta área del mundo; para que acaben los conflictos sangrientos, el odio y las acusaciones estériles, dejando el espacio al genuino diálogo. Un diálogo que sea ofrecimiento concreto y generoso de un encuentro de buenas voluntades y no posible justificación para continuar fomentando divisiones y violencias.

Vengo también para lanzar una llamada de paz hacia quienes, dentro o fuera de esta área geográfica — dondequiera se hallen — favorecen de un modo o de otro tensiones ideológicas, económicas o militares que impiden el libre desarrollo de estos pueblos amantes de la paz, de la fraternidad y del verdadero progreso humano, espiritual, social, civil y democrático.

A la Virgen María, tan venerada por el pueblo fiel nicaragüense en su misterio de la Purísima Concepción, encomiendo esta visita, a la vez que imparto sobre todos mi cordial Bendición."

Quiero expresar asimismo mi saludo a las Autoridades todas. Con mi sincero agradecimiento a la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, que me ha invitado a visitar este País, y cuyos Miembros han tenido la deferencia de venir a recibirme y darme la bienvenida en este mi viaje apostólico.

Saludo a la vez cordialmente a quienes son mis hermanos en el Episcopado, los Obispos de la Iglesia de Cristo en Nicaragua, y en primer lugar al querido Monseñor Miguel Obando Bravo, Arzobispo de la diócesis que me acoge y Presidente de la Conferencia Episcopal. Ellos me han invitado reiteradamente para que hiciera una visita a su amado pueblo.

Pero mi saludo se alarga con gran afecto a todo el pueblo de Nicaragua. No sólo a los que han podido venir a encontrarme o me están escuchando en este momento de formas diversas; no sólo a quienes encontraré en León o en Managua durante estas horas de permanencia entre vosotros que desearía prolongar, sino especialmente a los millares y millares de nicaragüenses que no han hallado la posibilidad de acudir — como hubieran deseado — a los lugares de encuentro; a quienes no pueden hacerlo a causa de las distancias o de sus ocupaciones; a los que les retienen compromisos de trabajo; a los enfermos, ancianos y niños; a quienes han sufrido o sufren a causa de la violencia — de cualquier parte provenga —; a las víctimas de las injusticias y a quienes prestan su servicio al bien de la Nación.

A las 10:15 A.M. el Santo Padre es llevado a bordo de un helicóptero que lo transportará a la ciudad de León. Aproximadamente media hora después aterriza en León y el Papa visita la Catedral, la más antigua de Nicaragua, en donde pronuncia un discurso de saludo y bendición.

Visita a la Catedral de León

"Queridos hermanos y hermanas:

En mi breve visita a esta antiquísima Catedral de León, donde tengo el primer encuentro en un recinto sagrado con los católicos de Nicaragua, saludo con viva estima al Pastor de esta diócesis Mons. Julián Barni, a los queridísimos sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas de esta diócesis y del resto del País. A muchos los encontraré esta tarde en Managua. Ya desde ahora les aseguro que comprendo sus dificultades, que los acompaño con cariño fraterno y los aliento en su generoso sacrificio eclesial que los une al mérito redentor de la cruz

de Cristo.

Saludo asimismo a todo el pueblo fiel de León, a los que han sufrido y sufren por tantos motivos e injusticias y en especial a vosotros reunidos en este templo, centro espiritual de la diócesis. Vivid muy unidos a vuestro Obispo, rogad por la Iglesia, sed fieles a vuestra fe y mostraos solidarios con quienes sufren. Ahora elevemos nuestra oración al Padre común, junto con los hermanos que nos esperan en el área de la Universidad. Y recibid todos mi cordial bendición, sobre todo los enfermos y ancianos que abrazo en el amor de Cristo."

ALABADO SEA JESUCRISTO



Terminada la visita a la Catedral, el Santo Padre se dirige a la vecina área de la Universidad para presidir una liturgia dedicada en particular a los laicos. Da inicio a la liturgia el Obispo de León, Monseñor Julián Barni y en ella el Santo Padre pronuncia la siguiente homilía:

Laicado y Educación

“Queridos hermanos y hermanas:

1. En este campus universitario médico de la ciudad de León, a la que vengo como a sede de la más antigua diócesis del País, tengo el placer de encontrarme con vosotros, en gran parte campesinos. Os saludo con gran afecto, en especial a las víctimas de la violencia — que frecuentemente se desata sobre vosotros — o de las catástrofes de la naturaleza. Saludo particularmente al querido Pastor de esta diócesis, a los otros Obispos y a toda la Iglesia de Dios en León y comarca.

En el plan global de mi viaje a esta área geográfica, hablaré específicamente para los campesinos desde Panamá. Hoy me dirijo a las personas que en Nicaragua y en los otros Países se dedican de un modo u otro a la educación en la fe, tarea que en parte compete a todo cristiano y que a todos afecta vitalmente.

Desde el primer momento os manifiesto, queridos educadores, mi profunda estima por vuestra valiosa e importante misión. Debéis consideraros — no sin legítimo orgullo — los continuadores de una secular y fecunda obra educativa, desplegada por la Iglesia desde el di-

namismo propio de la evangelización y elevación del hombre. ¿Acaso no ha sido — y lo es todavía — la educación una de las grandes preocupaciones y realizaciones de la Iglesia, desde los albores de la historia de los diversos pueblos americanos? Muchos han sido, en efecto, sus frutos en la fundación, gestión y animación de institutos educativos a todos los niveles; y en la colaboración a una siempre más vasta alfabetización y escolarización — tanto en tiempos antiguos como recientes — contribuyendo con ello a un mayor progreso social, económico y cultural de vuestras Naciones.

Esa, que es vuestra tradición y dignidad, es también una exigente responsabilidad presente y de cara al futuro. Porque vuestra tarea os consagra a la formación integral de las nuevas generaciones, sacudidas por cambios y tensiones profundas. Ahí se juega en gran medida la vida y el porvenir de la Nación y aun de la Iglesia.

Por ello rindo aquí homenaje de estima y agradecimiento a tantos sacerdotes, religiosos y religiosas educadores que ayer, hoy y estoy seguro también mañana, se dedican con abnegación y entusiasmo, en fidelidad a su vocación humana y a su fe cristiana, a esa tarea.

ALABADO SEA JESUCRISTO

2. Pero hoy quisiera dirigirme especialmente a los laicos, que viven su vocación a la santidad y al apostolado en su profesión de educadores.

No en vano el Concilio Vaticano II impulsó a los seglares a vivir plenamente su responsabilidad de bautizados, dando testimonio fecundo de su fe e impregnando con los valores del Evangelio todos los ámbitos del orden temporal (cf. *Apostolicam actuositatem*, 7). Entre ellos, en la escuela, pues “la función de los maestros constituyen un verdadero apostolado . . . y a la vez un verdadero servicio prestado a la sociedad” (*Gravissimum educationis*, 8). Con razón, pues, la Sagrada Congregación para la Educación Católica ha emanado recientemente un documento titulado “El laico católico, testigo de la fe en la escuela”, cuya lectura os recomiendo, porque os podrá servir de gran ayuda.

Podría decirse que la tarea educativa es connatural al laico. Porque está íntimamente unida a sus responsabilidades conyugales y familiares. Efectivamente, los laicos participan en la misión educativa, evangelizadora y santificadora de la Iglesia, en virtud de su derecho-deber, primario y original, de educar a los propios hijos (cf. *Gravissimum educationis*, 3; *Familiaris consortio*, 36-42). Y no cabe la menor duda de que la escuela es el complemento de la educación recibida en el seno de la propia familia.

Así lo reconoce la Iglesia cuando subraya el primado de la familia en la educación. Por eso yo mismo, en mi visita a la sede de la UNESCO hace dos años y medio, reivindicaba “el derecho que pertenece a todas las familias de educar a sus hijos en las escuelas que correspondan a su visión del mundo, y en particular, el estricto derecho de los padres creyentes a no ver a sus hijos sometidos, en las escuelas, a programas inspirados en el ateísmo”.

Pero es lógico que los padres tienen el deber de transmitir la fe también en el ámbito de la familia, sobre todo si esto no se pudiera hacer adecuadamente en la escuela. Más aún, cada laico cristiano debe sentir la responsabilidad de dar razón de su fe y ser portador de ésta a todos los ámbitos, con el propio ejemplo y palabra.

La libertad de las familias y la libertad de enseñanza en el proceso educativo tiene su base en un derecho natural del hombre que nadie puede ignorar. No se trata, pues, ni de un privilegio reclamado, ni de una concesión del Estado, sino de una expresión y garantía de libertad, indisociable de un cuadro global de libertades debidamente institucionalizadas. Sed pues vosotros, como educadores católicos, colaboradores y complementadores de la misión de la familia en la formación integral de las nuevas generaciones. Así ayudaréis a forjar una patria de hombres libres y conscientemente responsables de su ser

y destino.

3. Vuestra vocación cristiana y, desde ella, vuestra profesión educativa, os han de conducir, mediante el ejercicio responsable de la libertad, a la transmisión y búsqueda de la verdad. Esa es la exigencia íntima de la libertad, centro y horizonte de toda creación y comunicación de cultura; exigencia también de la fe que, conscientemente acogida, profundamente pensada y fielmente vivida, genera y se hace cultura.

Por eso, la educación se degrada cuando se convierte en mera “instrucción”. Porque la simple acumulación fragmentaria de técnicas, métodos e informaciones no pueden satisfacer el hambre y sed de verdad del hombre; en vez de operar en favor de lo que el hombre debe “ser”, ella trabaja entonces en favor de lo que sirve al hombre en el ámbito del “haber”, de la “posesión” (cf. Juan Pablo II, discurso ante la UNESCO, 13). El educando queda así ante una contradictoria heterogeneidad de cosas, desconcertado, indeciso, e indefenso ante posibles manipulaciones políticas e ideológicas.

El amor apasionado por la verdad debe animar la tarea educativa más allá de meras concepciones “cientistas” o “laicistas”. Debe llevar a enseñar cómo discernir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, lo moral de lo inmoral, lo que eleva a la persona y lo que la manipula. Son estos criterios objetivos los que han de guiar la educación, y no categorías extraeducativas basadas en términos instrumentales de acción, de poder, de lo subjetivamente útil o inútil, de lo enseñado por el amigo o adversario, por el tachado de avanzado o retrógrado.

Educar auténticamente es la tarea de un adulto, de un padre y una madre, de un maestro, que ayude al educando a descubrir y a hacer propio, progresivamente, un sentido unitario de las cosas, una aproximación global a la realidad, una propuesta de valores para la propia vida, vista en su integridad, desde la libertad y la verdad.

4. Para el educador cristiano — como dice el documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica que os citaba antes — “cualquier verdad será siempre una participación de la única Verdad, y la comunicación de la verdad como realización de su vida profesional se transforma en carácter fundamental de su participación peculiar en la misión profética de Cristo, que El prolonga con su enseñanza” (n. 16).

Si la educación es formación integral de lo humano —y toda educación presupone, implícita o explícitamente, una determinada concepción del hombre — el educador católico inspirará su actividad en una visión cristiana del hombre, cuya suprema dignidad se revela en Jesucristo, hijo de Dios, modelo y meta del crecimiento en plenitud.

ALABADO SEA JESUCRISTO

El hombre, en efecto no es reducible a mero instrumento de producción, ni agente del poder político o social. Por eso la tarea educativa del católico ayuda a descubrir, desde el interior de su mismo dinamismo, "el maravilloso horizonte de respuestas que la Revelación cristiana ofrece acerca del sentido último del mismo hombre" (Ibid, 28).

Esa original presencia y servicio educativo del laico católico se forja en una exigente síntesis intelectual y vital que da coherencia y fecundidad a su magisterio. Todo dualismo entre su fe y su vida personal, su fe y su actividad profesional, reflejaría aquel divorcio entre Evangelio y cultura, que Pablo VI denunciaba ya en su Exhortación Apostólica "Evangelii nuntiandi" como uno de los mayores dramas de nuestro tiempo.

No tengáis pues miedo — dentro del sincero respeto a la conciencia del educando — a vivir y proclamar el mensaje de Cristo como clave y sentido radical de toda la experiencia humana. Ahí maduran todos los valores humanos auténticos que el educador cultiva en la conciencia moral del educando: la conciencia de su propia dignidad, su sentido de responsabilidad, su espíritu de solidaridad, su disponibilidad hacia el bien común, su sentido de justicia, su honestidad y rectitud. En Cristo se revela la Verdad del hombre. El es Camino, Verdad y Vida. El es nuestra Paz.

5. Vosotros, educadores cristianos, habéis de ser forjadores de hombres libres, seguidores de la Verdad, ciudadanos justos y leales, y constructores de paz.

Permitidme que me detenga un momento en este último rasgo característico de toda verdadera educación.

Sí, constructores de paz y concordia desde el espíritu de las bienaventuranzas. Sabed forjar en vuestros educandos corazones grandes y serenos en el amor a la patria y, por eso, constructores de paz. Porque sólo una profunda reconciliación de los ánimos será capaz de sobreponerse al espíritu y a la dialéctica de la enemistad, de la violencia — sea encubierta o patente —, de la gue-

rra, que son caminos de autodestrucción.

Ruego con insistencia y confianza, para que el Señor — también por medio de vosotros — dé a Nicaragua, a toda América Central, paz y concordia, y os haga constructores de paz en el interior de las naciones y en sus recíprocas relaciones.

6. Queridos educadores: sé que tenéis encomendada una tarea dura y difícil. Recordad que el Señor os acompaña. Toda la Iglesia os está muy cercana. Sois fortificados por las riquísimas energías humanas y cristianas de vuestros admirables pueblos. Pero todo ello requiere de vosotros que sepáis ser, antes que nada, auténticos discípulos del Maestro por excelencia.

No pongáis resistencia al llamado del Señor, aun en medio de la adversidad. Creced en el Señor. Arraigaos en su Cuerpo que es la Iglesia. Alimentaos frecuentemente con los sacramentos y demás medios espirituales que ella ofrece. Bebed en su fuente de Verdad: Verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia, sobre el hombre. Y mantened siempre estrechos vínculos de fidelidad con vuestros Obispos.

Firmes en la propia identidad, sed hombres de diálogo y colaboración generosa, en todo lo que sea auténtico crecimiento en paz y justicia, junto con todos vuestros hermanos. Y no olvidéis que — como ya señalé en Puebla (28 enero 1979, III, 2) — no tenéis necesidad de ideologías ajenas a vuestra condición cristiana para amar y defender al hombre; pues en el centro del mensaje que enseñáis está presente el compromiso por su dignidad.

Vivid, finalmente, y en todo la caridad. Así seréis dignos, en cuanto fieles discípulos, del título de maestros, servidores de la vida nacional, hijos de la Iglesia, ciudadanos ya de esa "civilización del amor" que veremos despunte en el horizonte, también desde la realidad de Nicaragua, de América Central, de América Latina toda. Adelante con valentía y esperanza. De la mano de María nuestra Madre. Con mi afecto y bendición. Amén."

A las 12:45 P.M. terminada la liturgia de la Palabra en los terrenos de la Universidad, regresa en helicóptero a Managua.

A las 13:30 P.M. llega a Managua y se dirige al Centro "César Augusto Silva", en

donde visita a la Junta de Gobierno, presencia una exhibición de danza y recibe el saludo de representantes de otros partidos políticos.

A las 14:10 P.M. el Santo Padre sale del

Centro "César Augusto Silva" rumbo a la Sede de la Nunciatura donde se reúne y almuerza con los Señores Obispos de Nicaragua y se retira a un breve descanso.

A las 16:35 P.M., el Santo Padre sale de

ALABADO SEA JESUCRISTO

la Sede de la Nunciatura hacia la Plaza 19 de Julio de la capital, para la celebración Eucarística por la unidad de la Iglesia. Acompañan al Santo Padre en la celebración el Cardenal Casaroli, Monseñor Martínez Somalo, Monseñor Martín, el Nuncio Apostólico Cordero Lanza de Montezemolo, todos los Obispos nicaragüenses, y dos sacerdotes por cada una de las siete circunscripciones eclesiásti-

cas.

La Santa Misa comienza a las 17:20 P.M. Al subir el Santo Padre al estrado se adelanta hacia el proscenio y levanta con ambas manos y muy en alto su báculo en cuya parte superior está la imagen de Cristo crucificado y así lo mantiene un buen rato como recondándole al pueblo nicaragüense que en ese Crucificado está

todo el poder y toda la esperanza de salvación. Mientras tanto, la plaza entera se agita en banderines blancos y amarillos y aclama al Santo Padre.

El Señor Arzobispo de Managua, Monseñor Miguel Obando Bravo, dirige unas palabras de bienvenida y agradecimiento al Santo Padre. Después del Evangelio, tiene lugar la homilía del Papa:



La Unidad de la Iglesia

"Queridos hermanos en el Episcopado, amados hermanos y hermanas:

1. Nos hallamos aquí reunidos junto al altar del Señor. ¡Qué alegría encontrarme entre vosotros, mis queridos sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos — congregados en torno a vuestros Pastores — de esta amada tierra de Nicaragua, tan probada, tan heroica ante las calamidades naturales que la han azotado; tan vigorosa y activa para responder a los desafíos de la historia y procurar edificar una sociedad a la medida de las necesidades materiales y de la dimensión transcendente del hombre!

Saludo en primer lugar, con sincero afecto y estima, al Pastor y Arzobispo de esta ciudad de Managua, a los otros Obispos, a todos y cada uno de vosotros, ancianos y jóvenes, ricos y pobres, obreros y empresarios, porque en todos vosotros está presente Jesucristo, "primogénito entre muchos hermanos" (Rom 8, 29); de El "habéis sido revestidos" en vuestro bautismo (cf. Gal 3,22); así "todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Ib. 28).

2. Los textos bíblicos que acaban de ser proclamados en esta Eucaristía nos hablan de la unidad.

Se trata, ante todo, de la unidad de la Iglesia, del

ALABADO SEA JESUCRISTO

Pueblo de Dios, del “rebaño” del único Pastor. Pero también, como enseña el Concilio Vaticano II, de la “unidad de todo el género humano”, de la cual, como de la “íntima unión” de todo hombre “con Dios”, la Iglesia una es “como un sacramento o signo” (cf. *Lumen Gentium*, 1).

La triste herencia de la división entre los hombres, provocada por el pecado de soberbia (cf Gen 1, 4.9), perdura a lo largo de los siglos. Las consecuencias son las guerras, opresiones, persecuciones de unos por otros, odios, conflictos de toda clase.

Jesucristo, en cambio, vino para restablecer la unidad perdida, para que hubiera “un solo rebaño” y “un solo pastor” (Jn 10, 16); un pastor cuya voz “conocen” las ovejas, mientras no conocen la de los extraños (Ib. 4-5); El, que es la única “puerta”, por la cual hay que entrar (Ib. 1).

La unidad es hasta tal punto motivo del ministerio de Jesús, que él vino a morir “para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52). Así nos lo enseña el evangelista San Juan, quien nos muestra a Jesús orando al Padre por la unidad de la comunidad que confiaba a sus apóstoles (Ib 17, 11-12).

Jesucristo, con su muerte y resurrección, y con el don de su Espíritu, ha restablecido la unidad entre los hombres, la ha dado a su Iglesia y ha hecho de ésta, según dice el Concilio, “como un sacramento o signo de la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano” (*Lumen gentium*, 1).

3. La Iglesia es la Familia de Dios (cf. Puebla, 238–249). Como en una familia debe reinar la unidad en el orden, también en la Iglesia. En ella, ninguno tiene más derecho de ciudadanía que otro: ni los judíos, ni los griegos, ni los esclavos, ni los libres, ni los hombres, ni las mujeres, ni los pobres, ni los ricos, porque todos “somos uno en Cristo Jesús” (cf Gal 3,22).

Esa unidad se funda en “un solo Señor, una sola fe, un solo Dios y Padre que está sobre todos, por todos y en todos”, como dice el texto de la Carta a los Efesios que acabamos de escuchar (Ef 4,5), y como soléis cantar en vuestras celebraciones.

Hemos de apreciar la profundidad y solidez de los fundamentos de la unidad de que disfrutamos en la Iglesia universal, en la de toda América Central, y a la que debe tender indeclinablemente esta Iglesia local de Nicaragua. Precisamente por eso hemos de valorar también justamente los peligros que la amenazan, y la exigencia de mantener y profundizar esa unidad, don de Dios en Jesucristo.

Porque, como decía en mi carta a los Obispos de

Nicaragua del mes de agosto último (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española del 8 de agosto 1982, p. 9), este “don” es quizás más precioso precisamente porque es “frágil” y está “amenazado”.

4. En efecto, la unidad de la Iglesia es puesta en cuestión cuando a los poderosos factores que la constituyen y mantienen – la misma fe, la Palabra revelada, los sacramentos, la obediencia a los Obispos y al Papa, el sentido de una vocación y responsabilidad común en la tarea de Cristo en el mundo, se anteponen consideraciones terrenas, compromisos ideológicos inaceptables, opciones temporales, incluso concepciones de la Iglesia que suplantán la verdadera.

Sí, mis queridos hermanos centroamericanos y nicaragüenses: cuando el cristiano, sea cual fuere su condición, prefiere cualquier otra doctrina o ideología a la enseñanza de los Apóstoles y de la Iglesia; cuando se hace de esas doctrinas el criterio de nuestra vocación; cuando se intenta reinterpretar según sus categorías la catequesis, la enseñanza religiosa, la predicación; cuando se instalan “magisterios paralelos”, como dije en mi alocución inaugural de la Conferencia de Puebla (28 enero 1979), entonces se debilita la unidad de la Iglesia, se le hace más difícil el ejercicio de su misión de ser “sacramento de unidad” para todos los hombres.

La unidad de la Iglesia significa y exige de nosotros la superación radical de todas estas tendencias de disociación; significa y exige la revisión de nuestra escala de valores. Significa y exige que sometamos nuestras concepciones doctrinales y nuestros proyectos pastorales al magisterio de la Iglesia, representado por el Papa y los Obispos. Esto se aplica también en el campo de la enseñanza social de la Iglesia, elaborada por mis predecesores y por mí mismo.

Ningún cristiano, y menos aún cualquier persona con título de especial consagración en la Iglesia, puede hacerse responsable de romper esa unidad, actuando al margen o contra la voluntad de los Obispos” a quienes el Espíritu Santo ha puesto para guiar la Iglesia de Dios” (He 20, 20).

Ello es válido en toda situación y País, sin que cualquier proceso de desarrollo o elevación social que se emprendan pueda legítimamente comprometer la identidad y libertad religiosa de un pueblo, la dimensión trascendente de la persona humana y el carácter sagrado de la misión de la Iglesia y de sus ministros.

5. La unidad de la Iglesia es obra y don de Jesucristo. Se construye por referencia a El y en torno a El. Pero Cristo ha confiado a los Obispos un importantísimo ministerio de unidad en sus Iglesias locales (cf. *Lumen gentium*, 26). A ellos, en comunión con el Pa-

ALABADO SEA JESUCRISTO

pa y nunca sin él (Ibi, 22), toca promover la unidad de la Iglesia, y de tal modo, construir en esa unidad las comunidades, los grupos, las diversas tendencias y las categorías de personas que existen en una Iglesia local y en la gran comunidad de la Iglesia universal. Yo os sostengo en ese esfuerzo unitario, que se reforzará con vuestra próxima visita ad limina.

Una prueba de la unidad de la Iglesia en un determinado lugar es el respeto a las orientaciones pastorales dadas por los Obispos a su clero y fieles. Esa acción pastoral orgánica es una poderosa garantía de la unidad eclesial. Un deber que grava especialmente sobre los sacerdotes, religiosos y demás agentes de la pastoral.

Pero el deber de construir y mantener la unidad es también una responsabilidad de todos los miembros de la Iglesia, vinculados por un único bautismo, en la misma profesión de fe, en la obediencia al propio Obispo y fieles al Sucesor de Pedro.

Queridos hermanos: tened bien presente que hay casos en los cuales la unidad sólo se salva cuando cada uno es capaz de renunciar a ideas, planes y compromisos propios, incluso buenos — ¡Cuánto más cuando carecen de la necesaria referencia eclesial! — por el bien superior de la comunión con el Obispo, con el Papa, con toda la Iglesia.

Una Iglesia dividida, en efecto, como ya decía en mi carta a vuestros Obispos, no podrá cumplir su misión “de sacramento, es decir, señal e instrumento de unidad en el país”. Por ello alertaba allí sobre “lo absurdo y peligroso que es imaginarse como al lado — por no decir contra — de la Iglesia construida en torno al Obispo, otra Iglesia concebida sólo como “carismática” y no institucional, “nueva” y no tradicional, alternativa y, como se preconiza últimamente, una Iglesia popular”. Quiero hoy reafirmar estas palabras, aquí delante de vosotros.

La Iglesia debe mantenerse unida para poder contrarrestar las diversas formas, directas o indirectas, de materialismo que su misión encuentra en el mundo.

Ha de estar unida para anunciar el verdadero mensaje del Evangelio — según las normas de la Tradición y del Magisterio — y que esté libre de deformaciones debidas a cualquier ideología humana o programa político.

El Evangelio así entendido conduce al espíritu de verdad y de libertad de los hijos de Dios, para que no se dejen ofuscar por propagandas antieducadoras o coyunturales, a la vez que educa al hombre para la vida eterna.

6. La Eucaristía que estamos celebrando es en sí misma signo y causa de unidad. Somos todos uno, siendo muchos, “los que participamos de un solo pan” (I Cor.

10, 17) que es el cuerpo de Cristo. En la plegaria eucarística que pronunciaremos dentro de unos instantes, pediremos al Padre que, por la participación del cuerpo y de la sangre de Cristo, haga de nosotros “un solo cuerpo y un solo espíritu” (III plegaria eucarística).

Para lograr esto se requiere un compromiso serio y formal de respetar el carácter fundamental de la Eucaristía como signo de unidad y vínculo de caridad.

La Eucaristía, por ello, no se celebra sin el Obispo — o el ministro legítimo, es decir, el sacerdote — que es en su diócesis el presidente nato de una celebración eucarística digna de tal nombre (cf. Sacrosanctum concilium, 41). Ni se celebra adecuadamente cuando esta referencia eclesial se pierde o se pervierte porque no se respeta la estructura litúrgica de la celebración, tal como ha sido establecida por mis predecesores y por mí mismo. La Eucaristía que se pone al servicio de las propias ideas y opiniones o a finalidades ajenas a ella misma, no es ya una Eucaristía de la Iglesia. En lugar de unir, divide.

Que esta Eucaristía que yo mismo, sucesor de San Pedro y “fundamento de la unidad visible” (cf. Lumen gentium, 18) presido, y en la que participan vuestros Obispos en torno al Papa, os sirva de modelo y renovado impulso en vuestro comportamiento como cristianos.

Amados sacerdotes: renovad así la unidad entre vosotros y con vuestros Obispos, a fin de conservarla y acrecentarla en vuestras comunidades. Y vosotros, religiosos, estad siempre unidos a la persona y a las directrices de vuestros Obispos. Sea el servicio de todos a la unidad, un verdadero servicio pastoral a la grey de Jesucristo y en su nombre. Y vosotros, Obispos, estad muy cercanos a vuestros sacerdotes.

7. En este contexto se debe insertar igualmente el verdadero ecumenismo, o sea el empeño por la unidad entre todos los cristianos y todas las comunidades cristianas. Una vez más os digo que esa unidad se puede fundar solamente en Jesucristo, en el único bautismo (cf. Ef. 4, 5) y en la común profesión de fe. La tarea de reconstruir la plena comunión entre todos los cristianos no puede tener otra referencia y otros criterios y ha de usar siempre métodos de leal colaboración y búsqueda. No puede servir más que para dar testimonio de Jesucristo “para que el mundo crea” (cf. Jn 17, 21).

Otra finalidad u otro uso del empeño ecuménico no puede llevar más que a crear unidades ilusorias y, en última instancia, a causar nuevas divisiones. ¡Qué penoso sería que lo que debe ayudar a reconstruir la unidad cristiana y constituye una de las prioridades pastorales de la Iglesia en este momento de la historia, se convierta, por miopía de los hombres, en virtud de criterios errados, en fuente de nuevas y peores rupturas!

ALABADO SEA JESUCRISTO

San Pablo nos exhorta por ello, en el pasaje recién leído, a “conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef 4, 3).

Yo os repito esta exhortación y os señalo una vez más las bases y la meta de esa unidad. “Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (Ib 4, 5).

8. Amados hermanos: Os he hablado de corazón a corazón. Os he encarecido y encomendado esta vocación y misión de la unidad eclesial. Estoy cierto de que vosotros, pueblo de Nicaragua, que habéis sido siempre fieles a la Iglesia, continuaréis siéndolo también en el futuro.

El Papa, la Iglesia, así lo esperan de vosotros. Y es-

to pido a Dios para vosotros, con gran afecto y confianza. Que la intercesión de María, la Purísima, como vosotros la llamáis con tan hermoso nombre, que ella que es la Patrona de Nicaragua, os ayude a ser siempre constantes a esta vocación de unidad y fidelidad eclesial. Así sea.”

¡También amo a la gente miskita!

Yang miskito uplika nanira sin la tuan kaikisna. Dawan witin nani. Hall takaskayará bara ai karnika witin nanira bless. Munayará upla wala nanira, creole, bará sut ra audi wisna.

Yo amo también a toda la gente miskita. Dios esté con ustedes. Que Dios los bendiga con Su Poder. A otras personas también, los criollos (morenos). A todos ellos los saludo.

Durante la homilía y durante el resto de la celebración de la Sagrada Eucaristía, el Santo Padre es sacrílegamente interrumpido en repetidos momentos por gritos y consignas partidaristas que difundía al aire con gran fuerza el sistema de altoparlantes. Los técnicos del sistema de sonido del Vaticano habían observado con anterioridad que además del amplificador instalado para la ceremonia, habían colocado un segundo amplificador de mucho mayor potencia.

Terminada la Santa Misa a las 19:30 P.M. el Santo Padre viaja en un automóvil particular acompañado del Arzobispo de Managua, Monseñor Miguel Obando Bravo, desde la Plaza 19 de Julio hasta el Aeropuerto Augusto César Sandino.

A las 20:05 P.M. y antes de abordar el DC 10 de Alitalia, el Santo Padre escucha de nuevo un discurso del Coordinador de la Junta de Gobierno Daniel Ortega, y pronuncia las siguientes palabras de despedida:



Despedida de Nicaragua

“Ilustres miembros de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, queridos hermanos en el Episcopado, amados nicaragüenses:

Al concluir la segunda etapa de este mi viaje religioso por América Central que me ha traído a tierras de Nicaragua, me dispongo a dejar la capital de la Nación, para proseguir la visita a los Países cercanos.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Y antes de marchar, siento el deber de agradecer vivamente a la Junta de Gobierno y a cuantos de formas diversas han colaborado en ello, la cortesía de su acogida y los preparativos llevados a cabo para hacer posible mi venida y contactos con los fieles de este amado pueblo.

Agradezco asimismo cordialmente cuanto los queridos hermanos Obispos han hecho para preparar espiritual y materialmente mis encuentros con la población católica, y su conocida disponibilidad a tomar sobre sí todos los cometidos que normalmente asume la Iglesia en casos semejantes, en un clima de libre iniciativa y colaboración con los eclesiásticos, miembros de las congregaciones religiosas y laicos responsables o miembros de los diversos sectores del apostolado o de la vida eclesial. También a todos ellos va en este momento el testimonio de mi admiración, de mi gratitud, de mi cariño y aliento más cordiales, para que sean fieles a su propia condición.

Recuerdo sobre todo con profundo consuelo, los encuentros tenidos en León y la Eucaristía celebrada en Managua con tantos fieles del País. Y a los que se han asociado otros muchos que, por razones diversas, no han podido estar presentes, para alimentar su fe cristiana, su

convicción interior que les une a tantos millones de hermanos que, hoy sobre todo, miraban hacia ellos, rezaban con ellos y por ellos, en Centroamérica y en todo el mundo.

Se trata de los miembros de la comunidad eclesial nicaragüense, que tanto ha contribuido a la historia de la Nación, también en tiempos recientes y en el actual momento; que busca en su derecho a la libre vivencia de la fe los motivos ideales que la alientan hacia el bien y la fraternidad; que desea avanzar por el camino de la justicia y solidaridad, sin perder la propia identidad cristiana e histórica.

Al despedirme de este querido pueblo, le expreso toda mi estima afectuosa, mando un renovado recuerdo a cuantos cristianos habrían querido encontrarme, los animo en la fidelidad a su fe y a la Iglesia, los bendigo de corazón — sobre todo a los ancianos, niños, enfermos y a cuantos sufren — y les aseguro mi perdurable oración al Señor, para que El les ayude en todo momento.

¡Dios bendiga a esta Iglesia. Dios asista y proteja a Nicaragua! Así sea.”

Terminado el discurso, el Santo Padre saluda a las autoridades, al Nuncio Apostólico, a los Obispos y a cuantos estuvieron presentes en el aeropuerto; despegando a las 20:47 P.M. con dirección a San José de Costa Rica donde llega a las 21:20 P.M. y de donde prosigue en automóvil a la sede de la Nunciatura Apostólica.

Inmediatamente después de su despeque del aeropuerto de Managua, el Santo Padre dirige a la Junta de Gobierno de Nicaragua el siguiente telegrama:

“Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional
MANAGUA

Al abandonar el espacio aéreo de este querido país pláceme renovar a la Junta de Gobierno mi deferente saludo y agradecimiento por las atenciones recibidas durante mi visita. Pido a Dios que conceda al amado pueblo nicaragüense del que conservo un entrañable recuerdo, constante progreso en la justicia, la paz y el cultivo de los valores morales y espirituales con el auxilio divino.

Ioannes Paulus PP, II”

ALABADO SEA JESUCRISTO

Sábado, Marzo 5 de 1983

Panamá

A las 7:00 A.M., el Santo Padre inicia la cuarta jornada de su viaje apostólico en América Central, saliendo de la Nunciatura de San José de Costa Rica hacia el aeropuerto "Juan Santamaría" para volar a la ciudad de Panamá, tercer país de su peregrinación.

A las 7:25 A.M. el DC 10 de Alitalia "Dante Alighieri" despega del aeropuer-

to de San José y aterriza a las 9:30 A.M. en el aeropuerto "Omar Torrijos" de Panamá.

A su llegada es recibido por el Presidente de la República Ricardo de la Spriella, altas autoridades civiles y militares, el Nuncio Apostólico Arzobispo José Sebastián Laboa, el Arzobispo de Panamá Monseñor Marcos Gregorio McGrath, el

Presidente de la Conferencia Episcopal Panameña Monseñor José María Carrizo Villarreal todos los otros Obispos del país y el cuerpo diplomático.

Después del Himno de Panamá, respondiendo al discurso de bienvenida, el Santo Padre pronuncia el siguiente discurso:



Saludo al Pueblo de Panamá

"Señor Presidente,
Queridos hermanos en el Episcopado,
amados hermanos y hermanas:

Con gran ilusión había esperado el momento de besar tierra panameña. Bendita sea la divina Providencia que me concede visitar este noble País, en mi viaje al área geográfica centroamericana. Sé que también vosotros descábais vivamente este encuentro.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Desde el primer momento percibo el afecto entusiasta de los panameños, en cuyo nombre y en el suyo propio Usted, Señor Presidente, me ha dado su cordial bienvenida con significativas y deferentes palabras. A su saludo, que recoge el de las otras Autoridades presentes en este aeropuerto, y a las muestras efusivas de los queridos hijos de Panamá – normalmente lejanos en la geografía, pero siempre muy cercanos en mi afecto – correspondo con sentimientos de profundo aprecio y gratitud.

A este fervor humano y a la acogida cordial siento unidas también las voces de tantos otros habitantes del País, de las ciudades, pueblos y caseríos, niños, jóvenes y adultos, dispersos por toda la geografía nacional, desde David y Bocas del Toro hasta el Darién. A todos envío mi cordial saludo y por todos pediré al Señor, especialmente en la Eucaristía de este día.

Pero quiero reservar un saludo particular a los miembros del Episcopado panameño aquí presentes, al Arzobispo de esta ciudad, Mons. Marcos Gregorio McGrath, y al Presidente de la Conferencia Episcopal, Mons. José María Carrizo, así como a los sacerdotes y personas consagradas. En ese saludo particular incluyo a quienes por razones diversas, como los enfermos y ancianos o los que sufren por tantos motivos, no podré encontrar. Son ellos los primeros destinatarios de mi viaje y a ellos va mi primera palabra de aliento y esperanza.

Para todos viene a vosotros el Obispo de Roma y Pastor de toda la Iglesia. Por eso, desde este instante mando a cada persona, familia y grupo humano o étnico mi exhortación a ser siempre testigos del amor de Cristo y mi Bendición.”

A las 10:30 A.M., terminada la ceremonia de bienvenida, el Santo Padre parte en helicóptero al aeropuerto militar de Albrook Fields a donde llega a las 10:50 A.M. y en donde tendrá lugar la Santa Misa.

Participan con el Santo Padre en la celebración, el Cardenal Casaroli, Monseñor Martínez Somalo, Monseñor Martín, el Nuncio Apostólico Monseñor Laboa, los dieciseis Obispos del país y dos sacerdotes por cada circunscripción eclesiástica,

iniciándose la celebración a las 11:30 A.M. con un discurso de bienvenida y de acción de gracia del Arzobispo de Panamá Monseñor McGrath.

El Santo Padre, después de la lectura del evangelio pronuncia la siguiente homilía.



A las Familias

“Queridos hermanos en el Episcopado,

1. ¡Gracia y paz a vosotros! Con estas palabras de San Pablo, saludo en el amor de Cristo al Pastor de la Iglesia local que hoy me acoge, a los demás Obispos hermanos y a todo el Pueblo de Dios reunido en este lugar o aquí presente en espíritu.

La celebración de la Eucaristía congrega hoy a tantas familias cristianas de Panamá, que representan también a las de los otros Países de América Central, Belice y Haití. A ellas vengo, en esta peregrinación Apostólica, para proclamar la Buena Noticia del proyecto de Dios sobre la familia que tanto importa a la Iglesia y a la sociedad.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Cada Eucaristía renueva esa alianza de amor de Cristo con su Iglesia, que San Pablo indica como modelo del amor conyugal de los cristianos (cf. Ef 5, 25. 29.32). En esta Misa, que quizá os traiga a la memoria el día de vuestro matrimonio, quisiera que renovárais vuestra promesa de fidelidad mutua en la gracia del matrimonio cristiano.

2. La alianza matrimonial es un misterio de profunda trascendencia; es un proyecto originario del Creador, confiado a la frágil libertad humana.

La lectura del libro del Génesis nos ha llevado idealmente hasta la fuente del misterio de la vida y del amor conyugal: "Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra . . . Creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creo, macho y hembra los creó" (Gen 1, 26-27).

Dios crea al hombre y a la mujer como imagen suya, e inscribe en ellos el misterio del amor fecundo que tiene en el mismo Dios su origen. La diferencia sexual permite la complementariedad y comunión fecunda de las personas: "Sed fecundos y multiplicaos; henchid la tierra y sometedla" (Gen 1, 28).

Dios se ha fiado del hombre; le ha confiado las fuentes de la vida; ha llamado al hombre y a la mujer a colaborar en su obra creadora. Ha grabado para siempre en la conciencia humana su deseo de fecundidad en el marco de una unión exclusiva y estable: "Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne" (Gen 2, 24).

3. Las palabras del Señor que hemos leído en el Evangelio, confirman la bendición original del Creador sobre el matrimonio: "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne . . . Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre" (Mt 19, 5-6).

Esta enseñanza del Maestro acerca del matrimonio fue recogida por la primera comunidad cristiana como un compromiso de fidelidad a Cristo en medio de las desviaciones de un mundo pagano. La fórmula de Jesús es solemne y tajante: "Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre" (Mt 19, 5-6). Palabras válidas para todo legítimo contrato matrimonial, especialmente entre los cristianos, para los cuales el matrimonio es un sacramento.

Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre. No puede, no debe separar la autoridad civil lo que Dios ha sellado. No deben ni pueden separarlo los cónyuges cristianos, que ante el altar han contraído una alianza irrevocable de amor, confirmada por Dios con la gracia sacramental.

4. En la voluntad de Cristo, reflejada en sus palabras, hemos de descubrir algo más que una ley externa; en ellas está el misterioso designio de Dios sobre los esposos. El matrimonio es una historia de amor mutuo, un camino de madurez humana y cristiana. Sólo en el progresivo revelarse de las personas se puede consolidar una relación de amor que envuelve la totalidad de la vida de los esposos.

El camino es arduo, pero no imposible. Y la gracia del matrimonio comprende también la ayuda necesaria para esta superación de las inevitables dificultades. Por el contrario, la ruptura de la alianza matrimonial no sólo atenta contra la ley de Dios, sino que bloquea el proceso de madurez, la plena realización de las personas.

No es aceptable, por ello, una cierta mentalidad que se infiltra en la sociedad y que fomenta la inestabilidad matrimonial y el egoísmo, en aras de una incondicionada libertad sexual.

El amor cristiano de los esposos tiene su ejemplo en Cristo, que se entrega totalmente a la Iglesia, y se inscribe en su misterio pascual de muerte y de resurrección, de sacrificio amoroso, de gozo y esperanza.

Incluso cuando aumentan las dificultades, la solución no es la huida, la ruptura del matrimonio, sino la perseverancia de los esposos. Lo sabéis por experiencia vosotros, queridos esposos y esposas; la fidelidad conyugal forma y madura; revela las energías del amor cristiano; crea una familia nueva, con la novedad de un amor que ha pasado por la muerte y la resurrección; es el crisol de una relación plenamente cristiana entre los esposos, que aprenden a amarse con el amor de Cristo; es la garantía de un ambiente estable para la formación y equilibrio de los hijos.

5. El Apóstol San Pablo nos ha recordado la fuente y el modelo de este amor conyugal, que se convierte en ternura y cuidado recíprocos por parte de los esposos: "Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia. En todo caso, respecto a vosotros, que cada uno ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer que respete al marido" (Ef 5, 31-33).

Con la mirada fija en Cristo, se fortalece el afecto de los esposos en esta misteriosa economía de la gracia. "Nadie aborreció su propia carne; antes bien la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia" (Ef 5, 29). Así los esposos aprenden a mirarse con amor verdadero que se traduce en cuidado, ternura, atención al otro. Descubren que cada uno está vinculado a Dios con una relación personal; y ambos están relacionados por la presencia de Cristo y la gracia del Espíritu, para vivir el uno para el otro; en una economía de vida que debe convertirse en entrega a los hijos y que debe ser ca-

ALABADO SEA JESUCRISTO

mino de santidad en la familia. Por eso, ya en la antigüedad cristiana se daba a entender esta dimensión de gracia pintando la imagen de Cristo en medio de los esposos.

6. Pero esa gracia no ha de reflejarse sólo en el interior de la familia. Ha de ser fuente de fecundidad apostólica. Sí, los cónyuges cristianos deben abrirse a la tarea de evangelización en el campo específico de la familia. Acrisolados por la experiencia, fortalecidos en la comunión con otras familias, son evangelizados y han de convertirse en evangelizadores de la familia cristiana, en centros de acogida, en propulsores de promoción social.

Para ello habrá de cuidarse con esmero la pastoral de la familia en la que los matrimonios presten una ayuda generosa e imprescindible a los pastores. Múltiples son las tareas a realizar en esa Pastoral familiar como he señalado en la Familiaris Consortio (nn. 65-85).

Mucho podrán ayudar en tal cometido los movimientos y grupos de espiritualidad matrimonial, que son numerosos y activos en estos Países, y a los que aliento cordialmente en su labor.

7. Un aspecto importante de la vida familiar es el de las relaciones entre padres e hijos. En efecto, la autoridad y la obediencia que se viven en la familia cristiana han de estar empapadas del amor de Cristo y orientadas a la realización de las personas. San Pablo lo sintetiza en una frase densa de contenido: obrar en el Señor (cf. Ef 6, 1-4), es decir, según su voluntad, en su presencia, pues El preside la Iglesia doméstica que es la familia (cf. Lumen gentium, 11). Sólo en el crisol del amor verdadero se superan los conflictos que surgen entre las generaciones. En la paciencia, en la búsqueda de la verdad, se podrán integrar esos valores complementarios de los que cada generación es portadora.

Para ello, que no falte en las familias la oración en común, según las mejores tradiciones de vuestros pueblos, a fin de ir renovándose constantemente en el bien y en el sentido de Dios. En ese clima podrán florecer las

necesarias vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, que son signo de bendición y de predilección por parte de Dios.

8. Queridos esposos y esposas: Renovad en esta Eucaristía vuestra promesa de fidelidad mutua. Asumid como servicio específico en la Iglesia la educación integral de vuestros hijos. Colaborad con vuestros Obispos y sacerdotes en la evangelización de la familia.

Y recordad siempre que el cristiano auténtico, aun a riesgo de convertirse en "signo de contradicción", ha de saber elegir bien las opciones prácticas que están de acuerdo con su fe. Por eso habrá de decir no a la unión no santificada por el matrimonio y al divorcio; dirá no a la esterilización, máxime si es impuesta a cualquier persona o grupo étnico por falaces razones; dirá no a la contracepción y dirá no al crimen del aborto que mata al ser inocente.

El cristiano cree en la vida y en el amor. Por eso dirá sí al amor indisoluble del matrimonio; sí a la vida responsablemente suscitada en el matrimonio legítimo; sí a la protección de la vida; sí a la estabilidad de la familia; sí a la convivencia legítima que fomenta la comunión y favorece la educación equilibrada de los hijos, al amparo de un amor paterno y materno que se complementan y se realizan en la formación de hombres nuevos.

El sí del Creador, asumido por los hijos de Dios, es un sí al hombre. Nace de la fe en el proyecto original de Dios. Es una auténtica aportación a la construcción de una sociedad donde prevalezca la civilización del amor sobre el consumismo egoísta, la cultura de la vida sobre la capitulación ante la muerte.

A la Virgen nuestra Señora, que vosotros llamáis con sencillez y fervor Santa María, encomiendo vuestras personas, vuestras familias; sobre todo a los niños y a vuestros enfermos. Que ella haga de vuestras familias un santuario de Dios, hogar del amor cristiano, baluarte de la defensa y dignidad de la vida. Así sea con la gracia del Señor y con mi cordial Bendición."

A las 13:50 P.M. el Santo Padre, terminada la Santa Misa, regresa en helicóptero a la Sede de la Nunciatura Apostólica de Panamá para almorzar con los dieciséis Obispos panameños.

A las 16:30 P.M. el Santo Padre sale de

la Sede de la Nunciatura hacia el Estadio Revolución al que llega a las 17:00 P.M. donde lo esperan cuarenta mil campesinos llenos de entusiasmo. Después del discurso de bienvenida de un campesino el Santo Padre pronuncia la siguiente homilía.

ALABADO SEA JESUCRISTO



A los Campesinos

“Queridos hermanos campesinos:

1. Desde estas tierras panameñas de Penonomé levanto mi mirada hacia vosotros y todos vuestros compañeros de trabajo; los de Panamá y de toda América Central, Belice y Haití, para saludaros con gran estima y afecto. Para deciros que el Papa viene muy contento a visitaros y se siente feliz de estar en medio de los campesinos, gentes sencillas, honradas, y en las que resplandece una profunda religiosidad.

Permitidme que ante todo extienda mi cordial saludo y recuerdo a vuestras esposas e hijos; a todas las familias campesinas que vosotros representáis. Este saludo quiere ser también mi profundo agradecimiento por vuestra cariñosa acogida, a la vez que os exhorto a vivir cada vez más fielmente vuestra condición de cristianos.

2. La primera reflexión que quiero compartir con vosotros es la de vuestra dignidad como hombres y como trabajadores del campo. Una dignidad que, como ya indiqué en mi encíclica *Laborem exercens* (n. 21), no es menor que la de quien trabaja en la industria o en otros sectores de la vida social y económica.

El trabajo, en efecto, encuentra su dignidad en el designio de Dios Creador. Dios ha creado al hombre y lo ha hecho hijo a imagen suya. Lo ha creado para que con su inteligencia y trabajo físico, en la ciudad o en el campo, se perfeccione, se realice y encuentre honestamente su subsistencia personal y la de su familia. Y para que a la vez sirva con su trabajo al bien de sus hermanos y contribuya al desarrollo de la sociedad.

Ese plan divino y la dignidad que conlleva se aplican perfectamente al trabajo agrícola y a la situación del hombre que cultiva la tierra como vosotros; ya que ofrecéis a la sociedad los bienes necesarios, los productos básicos para la alimentación diaria.

Por ello no debe pesar sobre vosotros sentimiento alguno de inferioridad respecto de la dignidad de vuestras personas y género de vida. Con esa convicción buscad vuestra elevación propia, sabedores del valor y respeto que merece vuestra tarea, prestada con espíritu de servicio al hombre integral (cf. *Gaudium et spes*, 64). Recordad que Cristo mismo quiso experimentar el cansancio físico, trabajando con sus manos como simple artesano (cf. Mt 13, 55).

ALABADO SEA JESUCRISTO

3. La Iglesia comprende y reconoce ese valor de vuestra condición de campesinos. Y quiere estar cercano a vosotros con la luz de la fe, con el estímulo de los valores morales, con su voz en defensa de vuestra dignidad y derechos.

En su enseñanza social no ha cesado de indicar a personas e instituciones, estados y organismos internacionales que aseguren el necesario desarrollo de la actividad agrícola, para que crezca en armonía y se eliminen las lacras que afectan a los hombres del campo.

La presencia del Papa hoy entre vosotros — que prolonga la de mi Predecesor Pablo VI en Bogotá y las mías en Cuilapán (México) y Recife (Brasil) — quiere ser una nueva muestra de ese deseo de cercanía a vosotros, a vuestras preocupaciones y aspiraciones.

No vengo con las soluciones técnicas o materiales que no están en manos de la Iglesia. Traigo la cercanía, la simpatía, la voz de esa Iglesia que es solidaria con la justa y noble causa de vuestra dignidad humana y de hijos de Dios.

Sé de las condiciones de vuestra precaria existencia: condiciones de miseria para muchos de vosotros, con frecuencia inferiores a las exigencias básicas de la vida humana.

Sé que el desarrollo económico y social ha sido desigual en América Central y en este país; sé que la población campesina ha sido frecuentemente abandonada en un innoble nivel de vida y no rara vez tratada y explotada duramente.

Sé que sois conscientes de la inferioridad de vuestras condiciones sociales y que estáis impacientes por alcanzar una distribución más justa de los bienes y un mejor reconocimiento de la importancia que merecéis y del puesto que os compete en una nueva sociedad más participativa (cf. Discurso de Pablo VI a los campesinos de Colombia, 23 agosto 1968).

4. Es cierto que, como indiqué en *Laborem Exercens*, “las condiciones del mundo rural y del trabajo agrícola no son iguales en todas partes, y las situaciones sociales de los trabajadores del campo son diferentes según los países. Esto no depende solamente del grado de desarrollo de la técnica agrícola, sino también, y más aún, del reconocimiento de los justos derechos de los trabajadores del campo, y del nivel de conciencia en el campo de toda la ética social del trabajo” (n. 21).

Las cifras actuales os pueden dar una idea de este grave problema. Si en la mayoría de los países desarrollados o industrializados, el sector agrícola, modernizado y mecanizado, agrupa menos del 10 o/o de la población ac-

tiva, en muchos de los países del Tercer Mundo, el mismo sector representa hasta el 80 o/o de la población total, con un sistema tradicional de agricultura de mera subsistencia.

Por otra parte también, la distribución de la tierra y sus modos de explotación que reúne a propietarios, hacendados y agricultores asalariados, varía de un país a otro, según el sistema socio-político. A veces coexisten la propiedad privada, las cooperativas comunitarias y las empresas del Estado.

5. La situación de tantos campesinos preocupa a la Iglesia. Por eso yo mismo invitaba en México a la acción, “para recuperar el tiempo perdido, que es frecuentemente tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas” (Discurso en Cuilapán, 29 enero 1979).

¿Cómo no sentirse conmovido ante situaciones trágicas — por desgracia demasiado reales — como la descrita en mi Encíclica sobre el trabajo humano?: “En ciertos países en vía de desarrollo, la mayoría de los hombres son obligados a cultivar las tierras de otros, y son explotados por los grandes propietarios hacendados, sin esperanza de poder jamás acceder personalmente a la posesión de un pedazo de tierra. No existen formas de protección legal de la persona del trabajador del campo y de su familia para su vejez, enfermedad o desocupación. Largas jornadas de duro trabajo físico son pagadas miserablemente. Tierras cultivables son abandonadas por sus propietarios, títulos legales de posesión de un pequeño terreno, cultivado por cuenta propia desde años atrás, no son reconocidos o no pueden defenderlos delante del ‘hambre de la tierra’ que anima a los individuos o grupos más poderosos” (*Laborem exercens*, 21).

No dudo de los esfuerzos hechos por muchos de los políticos y dirigentes de este y otros países, para mejorar seriamente vuestra situación de pobreza. Cuando sea necesario, sobre ellos incumbe el deber de “actuar pronto y en profundidad. Hay que poner en práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes” (*Populorum progressio*, 32).

Pero corresponde actuar no sólo a las autoridades, sino también a vosotros y a la entera sociedad, haciendo un esfuerzo conjunto, una efectiva concertación de todas las fuerzas vivas del país, para crear las estructuras del verdadero desarrollo; para llevar al campo nuevos instrumentos y medios que alivien la fatiga del campesino, que hagan su encuentro cotidiano con la tierra una situación más humana y más alegre, se aumente la productividad y se retribuya con precios justos el esfuerzo de sus manos.

De esta manera, tantos campesinos acosados hoy por su soledad, por la pobreza y la indiferencia en que se

ALABADO SEA JESUCRISTO

encuentran, dejarán de mirar hacia la ciudad, pensando encontrar en ella lo que el campo les ha negado. Y se evitará ver crecer las filas de la desocupación en las grandes ciudades, con nuevos males de descomposición social.

6. En la búsqueda de una mejor justicia y elevación vuestra, no podéis dejaros arrastrar por la tentación de la violencia, de la guerrilla armada o de la lucha egoísta de clases; porque este no es el camino de Jesucristo, ni de la Iglesia ni de vuestra fe cristiana. Hay quienes están interesados en que abandonéis vuestro trabajo, para empuñar las armas del odio y de la lucha contra otros hermanos vuestros. A esos no los debéis seguir.

¿A qué conduce este camino de la violencia? Sin lugar a dudas, crecerá el odio y las distancias entre los grupos sociales, se ahondará la crisis social de vuestro pueblo, aumentarán las tensiones y los conflictos, llegando hasta el inaceptable derramamiento de sangre, como de hecho ya ha sucedido. Con estos métodos, completamente contrarios al amor de Dios, a las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia, haréis imposible la realización de vuestras nobles aspiraciones. Y se provocarán nuevos males de descomposición moral y social, con pérdida de los más preciados valores cristianos.

Vuestro justo compromiso por la justicia, por el desarrollo material y espiritual, por la participación efectiva en la vida social y política, ha de seguir las orientaciones marcadas por la enseñanza social de la Iglesia, si queréis construir la nueva sociedad, la de la justicia y de la paz. Métodos y vías distintas engendrarán nuevas formas de injusticia, donde nunca encontraréis la paz que tanto y tan justamente desearis.

7. A la manera de los discípulos de Emaús, felices de haber encontrado al Señor Resucitado y de haberlo reconocido en la "fracción del pan" (cf Lc 24, 35), voso-

tros, amados campesinos, debéis vivir la alegría de compartir el pan con vuestros hermanos. Sé que sois capaces de compartir el pan, en acciones de ayuda desinteresada que tanto os distinguen y honran.

Se trata de compartir también vuestra solidaridad y capacidad de mutua asistencia, de superar los egoísmos y pequeñeces, de fortalecer y compartir vuestra fe y religiosidad.

El pan que el campesino saca de las entrañas de la tierra es el pan que alimenta a la humanidad. Y es el pan de la Eucaristía que la Iglesia consagra diariamente y da de comer a todos los hijos que lo quieren compartir como hermanos en la misma fe. Es el pan que nos une en la Iglesia, que nos hace sentirnos hermanos e hijos de un mismo Padre. Es el pan que alimenta nuestra fe mientras peregrinamos y es prenda de esperanza para la eternidad feliz a la que nos encaminamos.

Esa constante referencia a Dios ha de inspirar vuestro empeño en favor de la justicia, del amor al hombre, de la búsqueda eficaz de una sociedad nueva, que abra la esperanza de acabar con la dramática distancia que separa a los que tienen mucho de los que no tienen nada.

Podéis estar seguros de que la Iglesia no os abandonará. Vuestra dignidad humana y cristiana es sagrada para ella y para el Papa. Ella seguirá reclamando la supresión de las injustas desigualdades, de los abusos autoritarios. Seguirá apoyando y colaborando en las iniciativas y programas orientados a vuestra promoción y desarrollo.

Que la Virgen María, Madre amorosa vuestra, os acompañe siempre, os proteja, guarde a vuestras familias, reciba vuestras plegarias e interceda por vosotros ante Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en cuyo nombre os bendigo con inmenso afecto, queridos campesinos. Amén."

El Santo Padre termina el encuentro con los campesinos impartiendo la bendición apostólica, y a las 18:30 P.M. aborda el helicóptero rumbo a la residencia presidencial donde visitará al Jefe de Estado.

A las 19:00 P.M. se encuentra con el Pre-

sidente de la República Ricardo de la Priella y, después de una conversación privada con él, recibe el saludo de los familiares del Presidente y de numerosas personalidades.

A las 19:30 P.M. sale de la residencia del Jefe de Estado después de haber impar-

do la bendición apostólica, y a las 19:35 P.M. llega a la catedral metropolitana para el encuentro con sacerdotes, religiosos y religiosas que lo recibieron con una calurosa bienvenida. Después de oír el discurso de bienvenida del Arzobispo de Panamá, el Santo Padre dirige las siguientes palabras:

ALABADO SEA JESUCRISTO

Visita a la Catedral

“Queridos hermanos y hermanas:

En la visita a esta Catedral, centro espiritual de la vida diocesana, deseo saludar con todo afecto a mis Hermanos en el Episcopado aquí presentes, en particular al Pastor de esta comunidad eclesial, Monseñor Marcos Gregorio McGrath; con mi profunda gratitud y de toda la Iglesia por las expresiones tenidas esta mañana de devota reparación a la Eucaristía. Saludo igualmente a los sacerdotes, religiosos y religiosas, a quienes he dedicado o dedicaré alocuciones más extensas en otros momentos de este viaje apostólico.

Saludo de modo especial a vosotros, queridos seminaristas, exhortándoos a aprovechar bien estos años de preparación para el sacerdocio. La Iglesia en Panamá necesita ver incrementado vuestro número; por eso en vosotros me dirijo a los jóvenes de vuestra misma edad y condición, para que piensen en la posibilidad de una entrega a Dios y a los demás, en el sacerdocio y en la vida

religiosa. ¡Sed valientes y decididos en vuestra entrega a Dios! A las familias de Panamá y también de toda América Central quiero decirles: ¡sed generosas en dejar que alguno de vuestros hijos dedique su vida entera al servicio del Señor y de vuestras comunidades!

Quiero saludar con particular afecto a vosotros, enfermos, presentes aquí en pequeño grupo, pero que representáis a todos vuestros hermanos enfermos del País, tanto a los que están en sus casas como en los centros hospitalarios. Sabed que el Papa os tiene muy presentes en su plegaria. Esforzaos en aceptar con visión sobrenatural los dolores y limitaciones que sufrís en vuestra vida, y que tanto valen para la Iglesia; así, unidos a los sufrimientos de Cristo, participáis en su cura redentora del mundo.

A todos os imparto de corazón una especial Bendición Apostólica, en particular a los ancianos aquí reunidos.”

A las 20:00 P.M. se dirige al aeropuerto de Tocumen. Es recibido por el Presidente de la República, altas personalidades de gobierno, el Nuncio Apostólico Mon-

señor Laboa, el Arzobispo Monseñor McGrath, el Presidente de la Conferencia Episcopal Monseñor Carrizo Villarreal y por una multitud de personas, a quienes dirige el siguiente discurso.

Despedida de Panamá

“Señor Presidente, amados hermanos en el Episcopado y panameños todos:

Ha llegado el momento de abandonar esta querida Nación, donde la brevedad de mi estadía se ha visto compensada con la intensidad de la misma y con el caluroso encuentro de tantos hijos de esta tierra con el Papa, durante los recorridos y actos principales de la visita.

Han quedado profundamente grabados en mi corazón y recuerdo la Misa con las Familias y la celebración de la Palabra con los amadísimos Campesinos, que han constituido puntos basilares de mi visita, y cuyo mensaje os dejo como testimonio de afecto del paso entre vosotros del Sucesor de Pedro.

Quiero ante todo agradecer al Señor Presidente y a todas las Autoridades las muchas atenciones que me han dispensado. Doy también gracias a todas las personas que de un modo u otro, quizá de manera oculta, han colaborado eficazmente en la preparación y realización de la visita. Gracias de modo especial a mis hermanos los Obispos de esta Iglesia, al Clero, a los religiosos y religiosas, así como a los laicos de los movimientos apostólicos por su ejemplar dedicación. Gracias igualmente a todo el pueblo panameño, a los niños, jóvenes y adultos por su cariñosa acogida.

En la sede de vuestra más alta Institución nacional sé que se hallan cinco estatuas de bronce que representan las cualidades que han de acompañar a todo hijo de esta

ALABADO SEA JESUCRISTO

tierra: el trabajo, la constancia, el deber, la justicia y la ley. Que esos valores básicos de la persona y de la sociedad se vean incrementados por la riqueza espiritual, y sobre todo por una fe cristiana que inspire toda vuestra convivencia y la conduzca hacia metas cada vez más altas.

Al recordar con inmenso afecto vuestros rostros, estoy seguro de que este País aparecerá en mi mente

como una gran orquídea, vuestra flor nacional, llamada también flor del Espíritu Santo. Os desco fervientemente que ello sea siempre un símbolo vivo de vuestra fidelidad a la fe cristiana, con la ayuda del Espíritu de Cristo.

Antes de dejaros imparto a todos, a los de cerca y a los de lejos, una cordial Bendición, de modo particular a los niños, a los ancianos y a los enfermos. ¡Que Dios bendiga siempre a Panamá y a todos sus hijos!”

A las 21:00 P.M. despegó del aeropuerto de Tocumen de regreso al aeropuerto de San José donde aterriza a las 21:05 P.M. dirigiéndose inmediatamente a la Sede de la Nunciatura donde llega a las 21:40 P.M.

Inmediatamente después de despegar del aeropuerto de Tocumen, el Santo Padre dirige al Presidente de la República de Panamá, el siguiente telegrama.

“Excmo. Señor
Ricardo de la Esprilla Jr.
Presidente de la República de Panamá

Al abandonar el espacio aéreo de Panamá desco reiterar a usted y por su medio a las autoridades civiles y a todos los queridos hijos panameños, mis sentimientos de profunda gratitud por las innumerables atenciones que me han dispensado en esta intensa jornada eclesial vivida en Panamá. Mi inolvidable recuerdo se hace plegaria al Señor para que siga bendiciendo a esta querida Nación con la paz y el logro de sus anhelos de progreso cristiano.

Ioannes Paulus PP, II”

Domingo, Marzo 6 de 1983

Juan Pablo II inicia la quinta jornada de su viaje apostólico en América Central con su despedida de Costa Rica.

A las 7:30 A.M. sale con su séquito de la Sede de la Nunciatura Apostólica con dirección al aeropuerto “Juan Santamaría” a donde llega dos minutos después de las 8:00 A.M., pronunciando antes de su partida el siguiente discurso.

Despedida de Costa Rica

“Señor Presidente,
hermanos en el Episcopado,
Costarricenses todos:

Costa Rica me ha dispensado en estos primeros días de mi viaje apostólico a América Central, una hospitalidad llena de calor, afecto y generosa disponibilidad.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Antes de dejar esta querida Nación, cuyo recuerdo imborrable me llevo conmigo, repaso con la mente los actos más salientes de mi itinerario: la visita al Hospital Nacional de Niños; la solemne celebración litúrgica en la Sabana con numerosísimos fieles; el encuentro en la Catedral con el clero, el personal religioso y seminaristas; el entusiasmo que inundaba el estadio nacional repleto de jóvenes; y la audiencia a los Jueces de la Corte Interamericana de los Derechos del Hombre.

Conozco cuanto trabajo era necesario para la buena preparación de este programa en sus aspectos técnico y espiritual. Por eso os expreso mi más vivo agradecimiento a todos. Ante todo a Usted, Señor Presidente, que tan gentilmente me invitó, a las Autoridades civiles, a mis hermanos Obispos, a las personas consagradas, a los miembros de los diversos Cuerpos, Comisiones y Asociaciones.

Los encuentros tenidos me han permitido conocer mejor a este querido pueblo y los profundos valores humanos, morales y religiosos que han construido y sostienen este país. Mi mayor deseo es que estos valores sean conservados y consolidados, porque así se podrá mirar con esperanza y optimismo hacia el futuro.

A la Patrona de Costa Rica, la Virgen de los Angeles, dirijo de nuevo mi reverente recuerdo y ferviente plegaria, para que interceda ante su Hijo por esta Nación, la mantenga en la paz y concordia, y extienda su mano protectora sobre todos y cada uno de sus hijos costarricenses.

A todos, una vez más: Muchas gracias y que Dios se lo pague. Que El bendiga a Costa Rica, como yo la bendigo con afecto."

A las 8:42 A.M., después de unas palabras del Presidente Monge y de despedirse de las personalidades presentes, el DC 10 de Alitalia despegó hacia la ciudad de El Salvador.

Inmediatamente después de despegar del aeropuerto, el Santo Padre dirige al Jefe de Estado de Costa Rica, el siguiente telegrama.

"Excmo. Señor Luis Alberto Monge
Presidente de Costa Rica

SAN JOSE

Al término de mi visita a Costa Rica, de donde me llevo incontables muestras de atención e inolvidables pruebas de afecto, quiero reiterar a vuestra excelencia mi más sincera gratitud a todo el querido pueblo costarricense, de cuya riqueza espiritual y humana conservaré un imborrable recuerdo. Pido a la vez a Dios que mantenga a ese pueblo fiel en la paz y la prosperidad, mientras le renuevo mi cordial bendición.

Joannes Paulus pp. II"

El Salvador

A las 9:44 A.M. aterriza en el aeropuerto de Ilopango de San Salvador; siendo recibido por el Presidente de la República Alvaro Magaña, altas autoridades del Estado, el Arzobispo de San Salvador Monseñor Arturo Rivero Damas, el Presidente de la Conferencia Episcopal del Salvador Monseñor José Eduardo Álvarez Ramírez, Obispo de San Miguel, todos los Obispos del país, el cuerpo diplomático y una multitud de personas.

El Santo Padre después de besar el suelo salvadoreño y recibir el homenaje del Jefe de Estado, pronuncia el siguiente discurso.

ALABADO SEA JESUCRISTO



Saludo al Pueblo de El Salvador

“Señor Presidente,
amados hermanos en el Episcopado,
queridos hermanos y hermanas:

Al pisar por vez primera tierra de El Salvador, quiero manifestar ante todo, mi gratitud al Señor Presidente y a las Autoridades de la Nación, quienes, junto con mis Hermanos en el Episcopado, me han dado la feliz oportunidad de visitar este País, que está particularmente presente en mi solicitud eclesial.

¡Gracias a todos por vuestro cariñoso recibimiento! Gracias a los que estáis aquí y también a los que, por motivos diversos, por algún contratiempo o por exigencias profesionales, solamente pueden acompañarnos en espíritu. Llegue a todos mi afectuoso saludo y mi cordial abrazo de paz en el Señor, empezando por el Pastor de esta arquidiócesis, Mons. Arturo Rivero Damas, el Presidente de la Conferencia Episcopal, Mons. José Eduardo Álvarez, los demás hermanos Obispos, sacerdotes, personas consagradas y laicos empeñados en el apostolado.

Desde hace tiempo estaba deseando que llegara este día, para testimoniar con mi presencia algo que ya sa-

báis de cierto: que el Papa está cerca de vosotros y comparte con dolor vuestros sufrimientos. ¿Cómo podría un padre y hermano en la fe permanecer insensible ante las penas de sus hijos?

El Salvador ha estado constantemente presente en mis oraciones, en mis insistentes llamados a la paz, de palabra y por escrito, buscando a la vez que no desfallezca la fe ni decaiga la esperanza en los ánimos, a causa de una situación, todavía no irreparable, que ha sido sementera de dañosas divisiones y, peor aún, del derramamiento de tanta sangre inocente por todo el suelo nacional.

Ojalá que esta visita que os hago bajo la enseña de la paz, ayude a detener el conflicto y a reunir de nuevo a esta querida familia salvadoreña en un hogar sereno, donde todos os sintáis hermanos de verdad. Que la buena voluntad de todos, y en particular de los hijos de la Iglesia, depuesto todo sentimiento de egoísmo y de odio, se aplique en adelante a promover la justicia, base hacia la esperanza, para lograr una tierra nueva, fecunda en frutos de verdad y de reconciliación cristiana.

Con esta esperanza, bendigo desde este momento a todos los hijos de El Salvador.”

ALABADO SEA JESUCRISTO

Después del discurso, saluda a las personalidades presentes y se dirige directamente al Metro-Centro de la capital para celebrar la Santa Misa, pasando antes por la Catedral Metropolitana para orar en la tumba del Arzobispo Monseñor Oscar Arnulfo Romero, quien fue muerto en 1980 mientras celebraba el sacrificio eucarístico. El Santo Padre pronuncia el siguiente discurso.

Visita a la Catedral

“La Catedral es la sede del Pastor de cada Iglesia particular, el lugar desde donde anuncia el Evangelio aquél que, como todo Obispo, ha sido puesto por el Espíritu Santo para apacentar la grey de Cristo.

Mi visita a este venerado templo quiere ser, por lo mismo, una invitación a todos vosotros para dejaros guiar siempre por vosotros pastores, ayer por los que lo precedieron y hoy por vuestro nuevo Arzobispo, Mons. Arturo Rivera Damas.

Reposan dentro de sus muros los restos mortales de Mons. Oscar Arnulfo Romero, celoso Pastor a

quien el amor de Dios y el Servicio a los hermanos condujeron hasta la entrega misma de la vida de manera violenta, mientras celebraba el Sacrificio del perdón y reconciliación.

Por él, igual que por los otros venerados pastores que a su tiempo apacentaron la grey salvadoreña, dirigimos nuestra plegaria al Dios Justo y Misericordioso para que su luz brille perpetuamente sobre ellos, que se sacrificaron por todos, y a todos llamaron a inspirarse en Jesús, el que tuvo compasión de las multitudes a la hora de comprometerse en la forja del mundo más justo, humano y fraterno, en que todos queremos vivir.”

El Santo Padre sale de la Catedral a las 11:45 A.M. iniciando la Santa Misa del tercer domingo de cuaresma en el área del Metro-Centro de San Salvador a las 12:14 P.M. en compañía del Cardenal Casaroli, Monseñor Martínez Somalo, Monseñor Martín, el Nuncio Apostólico Monseñor Kada, los siete Obispos del Salvador y dos sacerdotes por cada una de las cuatro circunscripciones eclesiales del país.

El Santo Padre después del Evangelio pronuncia el siguiente discurso.

ALABADO SEA JESUCRISTO



Paz y Reconciliación

“Amados hermanos en el Episcopado,
queridos hermanos y hermanas:

1. Nos hallamos reunidos en este Metro-Centro, para celebrar la Eucaristía del día del Señor, en el tercer domingo de Cuaresma. A vosotros y a toda la Iglesia de Cristo que camina hacia el Padre en El Salvador, — en particular al Pastor de esta querida arquidiócesis y a los otros hermanos Obispos — os saludo con afecto.

Esta Iglesia que, unida a todos los hermanos en la fe de América Central y del mundo, se congrega con el Papa junto al Altar del Señor, viene a buscar en El la raíz de su unión, de su vida y esperanza, la fuente de la paz y la reconciliación.

Porque el cristiano cree en el triunfo de la vida sobre la muerte. Por eso, la Iglesia, comunidad pascual del Resucitado, proclama siempre al mundo: “No busquéis entre los muertos al que vive” (Lc 24, 5). Por eso halla en El, en Cristo, el secreto de su energía y esperanza. En El, que es “Príncipe de la Paz” (Is 9, 5), que ha derribado los muros de la enemistad y ha reconciliado mediante su cruz a los pueblos divididos (cf. Ef 2, 16).

2. Herida la humanidad por el pecado, fue desgarrada nuestra unidad interior. Alejándose de la amistad de Dios, el corazón del hombre se volvió zona de tormentas, campo de tensiones y de batallas. De ese corazón dividido vienen los males a la sociedad y al mundo. Este mundo, escenario para el desarrollo del hombre en el amor, padece la contaminación del “misterio de la iniquidad” (cf. Gaudium et spes, 103; cf. 2 Tes 2, 7).

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, con definida vocación de trascendencia, de búsqueda de Dios y de fraterna relación con los demás, atormentado y dividido en sí mismo, se aleja de sus semejantes.

Y sin embargo, no es el plan original de Dios que el hombre sea enemigo, lobo para el hombre, sino su hermano. El designio de Dios no revela la dialéctica de del enfrentamiento, sino la del amor que todo lo hace nuevo. Amor sacado de esa roca espiritual que es Cristo, como nos indica el texto de la epístola de esta Misa (cf. 1 Cor 10, 4).

3. Si Dios nos hubiera abandonado a nuestras propias fuerzas, tan limitadas y volubles, no tendríamos razones

ALABADO SEA JESUCRISTO

para esperar que la humanidad viva como familia, como hijos de un mismo Padre. Pero Dios se nos ha acercado definitivamente en Jesús; en su cruz experimentamos la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio. La cruz, antes símbolo de afrenta y amarga derrota, se vuelve manantial de vida.

Desde la cruz mana a torrentes el amor de Dios que perdona y reconcilia. Con la sangre de Cristo podemos vencer al mal con el bien. El mal que penetra en los corazones y en las estructuras sociales. El mal de la división entre los hombres, que ha sembrado el mundo de sepulcros, con las guerras, con esa terrible espiral del odio que arrasa, aniquila, en forma tétrica e insensata.

¡Cuántos hogares destruidos! ¡Cuántos refugiados, exiliados y desplazados! ¡Cuántos niños huérfanos! ¡Cuántas vidas nobles, inocentes, tronchadas cruel y brutalmente! También de sacerdotes, religiosos, religiosas, de fieles servidores de la Iglesia, e incluso de un Pastor celoso y venerado, Arzobispo de esta grey, Mons. Oscar Arnulfo Romero, quien trató, así como los otros hermanos en el Episcopado, de que cesara la violencia y se restableciera la Paz. Al recordarlo, pido que su memoria sea siempre respetada y que ningún interés ideológico pretenda instrumentalizar su sacrificio de Pastor entregado a su grey.

La cruz derrumba el muro de separación: el odio. El hombre busca con frecuencia argumentos para tranquilizar su conciencia, la cual lo acusa si obra mal. Y llega a veces a elevar el odio a un rango tal, que se le confunde con la nobleza de una causa; hasta identificarlo con un acto restaurador de amor. Cristo sana en su raíz el corazón del hombre. Su amor nos purifica y abre los ojos para que distingamos entre lo que viene de Dios y lo que procede de nuestras pasiones.

4. El perdón de Cristo despunta como una nueva alborada, como un nuevo amanecer. Es la nueva tierra, "buena y espaciosa" hacia la que Dios nos llama, como hemos leído antes en el libro del Exodo (Ex 3,8). Esa tierra en la que debe desaparecer la opresión del odio y dejar el puesto a los sentimientos cristianos: "Revestíos de sentimientos de tierna comprensión, de benevolencia, de humildad, de dulzura, de paciencia; soportaos los unos a los otros y perdonaos mutuamente, si uno tiene contra el otro algo de qué quejarse. Es el Señor el que os ha perdonado, haced lo mismo a vuestro turno" (Col 3, 12-14).

El amor redentor de Cristo no permite que nos encerremos en la prisión del egoísmo que se niega al auténtico diálogo, desconoce los derechos de los demás y los clasifica en la categoría de enemigos que hay que combatir.

He indicado en mi último mensaje para la Jornada

de la Paz, al invitar a superar los obstáculos que se oponen al diálogo: "Con mayor razón hay que mencionar la mentira táctica y deliberada que abusa del lenguaje, recurre a las formas más sofisticadas de propaganda, enraece el diálogo y exaspera la agresividad. Finalmente, cuando algunas partes son alimentadas con ideologías que, a pesar de sus declaraciones, se oponen a la dignidad de la persona humana, a sus justas aspiraciones, según los sanos propósitos de la razón, de la ley natural y eterna, — ideologías que ven en la lucha el motor de la historia, en la fuerza la fuente del derecho, en la clasificación del enemigo el a-b-c de la política — el diálogo resulta difícil y estéril" (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1983: "El diálogo por la paz, una urgencia para nuestro tiempo").

El diálogo que nos pide la Iglesia no es una tregua táctica para fortalecer posiciones en orden a la prosecución de la lucha, sino el esfuerzo sincero de responder con la búsqueda de oportunas soluciones a la angustia, el dolor, el cansancio, la fatiga de tantos y tantos que anhelan la paz. Tantos y tantos que quieren vivir, renacer de las cenizas, buscar el calor de la sonrisa de los niños, lejos del terror y en un clima de convivencia democrática.

5. La cadena terrible de reacciones, propia de la dialéctica amigo/enemigo, se ilumina con la palabra de Dios que exige amar incluso a los enemigos y perdonarlos. Urge pasar de la desconfianza y agresividad, al respeto, la concordia, en un clima que permita la ponderación leal y objetiva de las situaciones y la búsqueda prudente de los remedios. El remedio es la reconciliación, a la que exhorté en mi carta dirigida al Episcopado de este país (6 agosto 1982).

El amor de Dios nunca deshaucia mientras se peregrina en la historia. Sólo la dureza del hombre acosado por la lucha sin cuartel se reviste de determinismo y fatalismo: se cree entonces erróneamente que nadie puede cambiar, convertirse y que las situaciones deberían más bien conducirse programáticamente hacia un irremediable deterioro.

Es entonces el momento de escuchar la invitación del Evangelio de este domingo: "Si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo" (Lc 13, 3,5). Sí, convertirse y cambiar de conducta, porque — como hemos escuchado en el salmo responso — Yaveh "hace obras de justicia y otorga el derecho a los oprimidos" (Sal 102,6). Por eso el cristiano sabe que todos los pecadores pueden ser rescatados; que el rico — despreocupado, injusto, complacido en la egoísta posesión de sus bienes — puede y debe cambiar de actitud; que quien acude al terrorismo, puede y debe cambiar; que quien rumia rencores y odios, puede y debe librarse de esta esclavitud; que los conflictos tienen modos de superación; que donde impera el lenguaje de las armas en pugna, puede y debe

ALABADO SEA JESUCRISTO

reinar el amor, factor irremplazable de paz.

6. Al hablar de conversión como camino hacia la paz, no abogo por una paz artificiosa que oculta los problemas e ignora los mecanismos desgastados que es preciso componer. Se trata de una paz en la verdad, en la justicia, en el reconocimiento integral de los derechos de la persona humana. Es una paz para todos, de todas las edades, condiciones, grupos, precedencias, opciones políticas. Nadie debe ser excluido del esfuerzo por la paz.

Todos y cada uno en América Central, en esta noble nación que ostenta orgullosa el nombre de El Salvador; todos y cada uno en Guatemala y Nicaragua, Honduras, Costa Rica, Panamá, Belice y Haití; todos y cada uno, gobernantes y gobernados, habitantes de la ciudad, pueblos o caseríos; todos y cada uno, empresarios y obreros, maestros y alumnos, todos tienen el deber de ser artesanos de la paz. Que haya paz entre vuestros pueblos. Que las fronteras no sean zonas de tensión, sino brazos abiertos de reconciliación.

7. Es urgente sepultar la violencia que tantas víctimas ha cobrado en ésta y en otras naciones. ¿Cómo? Con una verdadera conversión a Jesucristo. Con una reconciliación capaz de hermanar a cuantos hoy están separados por muros políticos, sociales, económicos e ideológicos. Con mecanismos e instrumentos de auténtica participación en lo económico y social, con el acceso a los bienes de la tierra para todos, con la posibilidad de la realización por el trabajo; en una palabra, con la aplicación de la doctrina social de la Iglesia. En este conjunto se inserta

un valiente y generoso esfuerzo en favor de la justicia, de la que jamás se puede prescindir.

Y esto en un clima de renuncia a la violencia. El sermón de la Montaña es la Carta Magna del cristiano: "Bienaventurados los artesanos de la paz, porque serán llamados hijos de Dios" (Mt 5, 9). Eso debéis ser todos vosotros: Artesanos de la paz y reconciliación, pidiéndola a Dios y trabajando por ella. Sea un estímulo a ello el Año Santo Extraordinario de la Redención, que estamos para iniciar y el próximo Sínodo de los Obispos.

8. Queridos hermanos y hermanas:

Contemplo en esta muchedumbre de fieles y en los de toda América Central unidos a nosotros, un inmenso caudal de energías para la reconciliación y la paz. Estáis, con todo derecho, sedientos de paz. Surge de vuestros pechos y gargantas un clamor de esperanza. ¡Queremos la paz!

Cristo que se ofrece por el mundo, y hacia cuyo misterio de reconciliación en la Cruz debe conducirnos el tiempo de cuaresma en que nos encontramos, es el Cordero de Dios que da la paz. Imploradla con todas vuestras fuerzas a Cristo, Príncipe de la paz, para vuestra querida patria, para toda América Central, para toda América Latina, para el mundo. La paz viene de Cristo y es auténtico abrazo de hermanos en la reconciliación.

Que María, Reina de la paz y Madre común, estreche a todos sus hijos en un abrazo de concordia y esperanza. Amén."

A las 14:30 P.M., terminada la Santa misa con la bendición se dirige a la Sede de la Nunciatura Apostólica para el almuerzo y un breve reposo.

A las 16:20 P.M. el Santo Padre sale de la Sede de la Nunciatura Apostólica rumbo a casa presidencial. Tiene una conversación privada con el Presidente y recibe la presentación de los familiares y numerosas personalidades.

A las 17:20 P.M. sale rumbo al Colegio de los Hermanos Maristas donde celebrará una liturgia de la Palabra para el Clero, religiosos y religiosas. Después del discurso de bienvenida del Obispo de Santa Ana, pronuncia la siguiente homilía.

ALABADO SEA JESUCRISTO



A los Sacerdotes

“Queridos hermanos y hermanas:

1.— En este encuentro dedicado a los sacerdotes de El Salvador y de toda el área de América Central, y que tiene lugar en el marco de este Centro educativo Beato Marcelino Champagnat, están también presentes los religiosos, religiosas y seminaristas salvadoreños que han querido venir a ver al Papa.

Aunque ya me he dirigido —o lo haré en los próximos días— a los sectores de la vida consagrada desde otras de las naciones cercanas, os saludo a todos muy cordialmente y os expreso mi profunda estima y agradecimiento por vuestra importantísima tarea eclesial. Pido al Señor que os dé fuerzas, aliento y esperanza para continuar generosamente en vuestro puesto. Y os bendigo a todos con gran afecto.

Ahora me dirijo a los sacerdotes. Siguiendo el consejo del Maestro, vengo a vosotros, presbíteros de una Iglesia que ha sufrido y sufre todavía, como hermano (cf. Mt. 23, 8) y amigo (cf. Jn. 15, 14-15), también como testigo de los sufrimientos de Cristo (cf. 1 Pe 5, 1).

Quisiera saludaros uno a uno, llamaros por vuestro nombre, escuchar vuestra experiencia, llegar con cada uno de vosotros hasta el lugar donde se desarrolla vuestro ministerio en medio del Pueblo de Dios, en las ciudades o en los pueblos, entre los campesinos y los obreros. Quisiera sobre todo reiteraros mi afecto más profundo, el agradecimiento de toda la Iglesia por vuestro testimonio sacerdotal, el aliento para que permanescáis fieles aun en medio de las dificultades.

2.— En este momento breve e intenso de comunión sacerdotal, quiero confiaros algunas reflexiones que nacen del deseo de confirmar, en vosotros la identidad de vuestro sacerdocio y el compromiso de vuestra misión aquí ahora.

En nuestra vida sacerdotal tenemos necesidad de reavivar constantemente esa gracia que se nos ha dado por la imposición de las manos (cf. 2 Tim 1,6) como se aviva la llama entre las brasas. El recuerdo de la gracia sacerdotal, que permanece en nosotros para siempre en virtud del carácter, nos permite renovarnos en esa gracia de configuración a Cristo, y de consagración en el Espíritu Santo. Es la gracia de una madurez humana y cristiana:

ALABADO SEA JESUCRISTO

“No nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza. No te avergüences pues del testimonio que has de dar de nuestro Señor . . .” (2 Tim. 1, 7-8).

Somos por la ordenación ministros que actúan “in persona Christi” “in virtute Spiritus Sancti”, con una plenitud humana fortalecida por esa gracia. Y esta verdad expresa la riqueza de un servicio eclesial que tiene como modelo a Cristo, el enviado del Padre, y cuenta en su misión con la fuerza del Espíritu. Solo pensando en esta gracia no nos debe asustar nuestra debilidad, no tienen que flaquear nuestra fuerzas; no hemos de temer ante las dificultades que, por experiencia, sabéis se presentan en el ejercicio de nuestro ministerio de gracia y de reconciliación;

En efecto, tal vez la caridad pastoral que os debe animar y el deseo de mantener la paz y la comunión, exigen de vosotros el don de la vida entregada momento tras momento en una oblación cotidiana, o en la ofrenda completa como algunos de vuestros hermanos.

3.— Con el recuerdo de la fidelidad a Cristo nuestro único Maestro y a su Evangelio, quiero exhortaros a mantener viva e íntegra la doctrina de la fe de la Iglesia, por la cual vale la pena entregarse hasta dar la vida.

No vale la pena darla por una ideología, por un Evangelio mutilado o instrumentalizado, por una opción partidista. El sacerdote a quien se le confía el Evangelio y la riqueza del depósito de la fe tiene que ser el primero en identificarse con esa integridad doctrinal, para ser a la vez el transmisor fiel de la doctrina de la Iglesia, en comunión con su magisterio. Una transmisión de la fe que no se limita a la propia diócesis o País sino que ha de abrirse a la dimensión misionera de la Iglesia.

Por eso, para ser educador de la fe del pueblo, el sacerdote tiene que beber el Evangelio a los pies del Maestro en horas de oración personal, de meditación de la Escritura, de alabanza al Señor con la liturgia de las Horas; debe profundizar y poner al día la comprensión eclesial del mensaje con un estudio asiduo que requiere un compromiso de formación permanente, tan necesario hoy para profundizar, puntualizar y actualizar los conocimientos de la teología en sus varias dimensiones: dogma, moral, liturgia, pastoral, espiritualidad. Todo ello sostenido por una auténtica teología bíblica.

4.— Vuestro pueblo, sencillo e inteligente, espera de vosotros esa predicación íntegra de la fe católica, sembrada a manos llenas en el terreno fértil de una fe tradicional y acogedora, de una piedad popular que, si necesita siempre ser evangelizada es ya campo surcado por el Espíritu para acoger esa evangelización y catequesis.

Las circunstancias dolorosas que atraviesan vuestros países, ¿no son una exigencia de intensificación de esa siembra? ¿No pide vuestro pueblo razones para creer y para esperar, motivos para amar y para construir, que sólo pueden venir de Cristo y de su Iglesia?

Por eso, no defraudéis a los pobres del Señor que os piden el pan del Evangelio, el alimento sólido de la fe católica segura e íntegra, para que sepan discernir y elegir ante otras predicaciones e ideologías que no son el mensaje de Jesucristo y de su Iglesia. En esa tarea eclesial está vuestro cometido prioritario. Recordad, mis queridos hermanos, que —como ya dijo a los sacerdotes y religiosos de México— “No sois dirigentes sociales, líderes políticos, o funcionarios de un poder temporal” (27 enero 1979).

Espera vuestra palabra fiel y autorizada una juventud generosa, que ya no cree en las fáciles promesas de una sociedad capitalista o que a veces sucumbe ante el espejismo de un compromiso revolucionario que quiere cambiar las cosas y las estructuras, recorriendo incluso a la violencia. ¿No están esperando también muchos jóvenes ese anuncio de un Cristo que salva y libera, que cambia el corazón y provoca una pacífica pero decisiva revolución fruto del amor cristiano? Y si les fascinan otros líderes ¿No será porque no se les ha presentado adecuadamente, sin deformaciones, a Cristo?

5.— Sois sacerdotes con una grave responsabilidad en esta hora de la Iglesia en vuestras naciones. En vuestras manos deposito una necesaria tarea de comunión y de diálogo.

El sacerdote, en efecto, es el servidor de la comunión eclesial. A él le corresponde congregar a la comunidad cristiana para vivir la Eucaristía de manera que sea la celebración del misterio de Jesús, la fuente y la escuela de la vida de las comunidades. Por eso, su lugar está ante todo en el altar, para predicar la palabra y celebrar los sacramentos; para ofrecer el sacrificio y distribuir el pan de la vida.

Los fieles que necesitan una palabra de consejo y de consuelo quieren verlo disponible y fácilmente identificable, aun por su manera de vestir; todos los que necesitan la gracia del perdón y de la reconciliación esperan que les sea fácil encontrar al sacerdote en el ejercicio de este indispensable ministerio de salvación, donde el contacto personal facilita el crecimiento y maduración de los cristianos.

Hoy más que nunca, ante la escasez de sacerdotes y las grandes necesidades de la comunidad eclesial, el sacerdote está llamado a una inteligente misión de promoción del laicado, de animación de la comunidad, para que los fieles se responsabilicen de esos ministerios que les competen en razón de su bautismo.

ALABADO SEA JESUCRISTO

¡Qué gozo puede experimentar el ministro de Cristo que ve formarse a su alrededor una comunidad madura, donde surgen los diversos ministerios de catequesis, de caridad, de promoción! ¡Qué alegría sobre todo cuando es capaz de colaborar con la gracia de Dios, para que nuevas vocaciones sacerdotales aseguren un releyo en medio de la comunidad cristiana! Permitidme que os insista en este deber que ha de inquietar el corazón de cada sacerdote: ser instrumento de promoción vocacional con su palabra y oración, con su ejemplo, con el testimonio de una vida consagrada por entero al servicio de Cristo y de los hermanos.

6.— El sacerdote tiene que ser el hombre del diálogo. En su tarea de mediador debe asumir con valentía el riesgo de hacer puente entre diversas tendencias, de fomentar la concordia, de buscar soluciones justas ante situaciones difíciles.

La opción del cristiano y más la del sacerdote resulta a veces dramática. Aun siendo firme contra el error, no puede estar contra nadie, pues todos somos hermanos, o, al límite, enemigos que tiene que amar según el Evangelio; tiene que abrazar a todos, pues todos son hijos de Dios y dar la vida, si es necesario, por todos sus hermanos. Aquí radica con frecuencia el drama del sacerdote, impulsado por diversas tendencias, acosado por opciones partidistas.

Llamado a hacer una opción preferencial por los pobres, no puede ignorar que hay una pobreza radical allí donde Dios no vive en el corazón del hombre esclavizado por el poder, el placer, el dinero, la violencia. También a estos pobres debe extender su misión.

Por eso, el sacerdote es pregonero de la misericordia de Dios y no sólo predicador de la justicia. Tiene que hacer resonar el mensaje de la conversión para todos, anunciar la reconciliación en Cristo Jesús, que es nuestra Paz y derriba todo muro de división entre los hombres (cf. Ef. 2,14). Este ministerio de los sacerdotes adquiere una importancia especial dentro del marco del Año Santo de la Redención, que he querido proclamar para que sea celebrado en la Iglesia universal.

Sed vosotros, queridos sacerdotes, testigos de esta redención universal. Proclamad conmigo: "Abrid de par en par las puertas a Cristo Redentor". Es como si el Señor quisiera ofrecernos la oportunidad de renovar aspectos olvidados quizá en nuestro ministerio sacerdotal: la predicación de la conversión a Cristo, necesaria para todos, abierta a todos; la llamada a la reconciliación, urgente para la humanidad, a todos los niveles. Convertidos y reconciliados, seamos nosotros ante los hombres, testigos y ministros de la redención de Cristo, dispuestos a dar la vida, si es necesario, por esta reconciliación de los hermanos.

7.— La vida del sacerdote, como la de Cristo es servicio de amor. El mejor testimonio de una opción radical por Cristo y por el Evangelio consiste en poder decir con verdad esas palabras de la oración de la Iglesia: "No vivamos ya para nosotros mismos, sino para aquel que por nosotros murió y resucitó" (Oración eucarística IV). Vivir para El es vivir como El, y su palabra es perentoria: "El que quiere ser el primero entre vosotros que sea vuestro esclavo: de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos". (Mt. 20,27—28).

Vuestra sencillez, vuestra pobreza y afabilidad, serán signo evidente de vuestra consagración al Evangelio; con vuestra disponibilidad para escuchar, acoger, ayudar material y espiritualmente a vuestros hermanos, seréis testigos del que no vino a ser servido sino a servir. En la pureza de intención de vuestro servicio, en el desprendimiento de las cosas materiales encontraréis la libertad para ser testigos de aquel que vino a nosotros como Siervo del Señor y nos lo entregó todo, pues dio la vida por nosotros.

8.— Mis queridos sacerdotes: Ojalá se renueve en vosotros con este encuentro la ilusión del día de vuestra ordenación sacerdotal, enriquecida ahora con la experiencia de un amor fiel a Cristo y a vuestro pueblo.

Permaneced unidos. Pensad que en la unidad está la fuerza de la Iglesia. Mantened siempre la comunión con vuestros Pastores, más necesaria cuanto más difíciles son las circunstancias en las que vive una Iglesia particular. En la fuerza de la unidad tendréis incluso la garantía de un peso moral ante la sociedad, la posibilidad de hacer presente y defender con eficacia la causa de los más necesitados. De vuestras divisiones se aprovecharían, en cambio, quienes quieren instrumentalizar vuestro ministerio.

Como sucesor de Pedro quiero confirmaros el amor y el apoyo de la Iglesia universal, que os contempla con la esperanza de ver confirmada la paz en vuestras naciones, reconciliados en la justicia con todos los hijos del pueblo salvadoreño y centroamericano.

Os encomiendo a la Virgen, Reina de la Paz, como la invocáis en esta tierra. Ella es Madre de todos, ejemplo de un compromiso con la voluntad de Dios y con la historia de su pueblo. Que Ella os ayude en vuestro ministerio en reconciliación en vuestra misión evangelizadora, para que seáis, con vuestro compromiso, auténticos discípulos de Cristo. Así sea."

ALABADO SEA JESUCRISTO

Sale del Colegio a las 18:45 P.M. hacia el aeropuerto de Ilopango; llega a las 19:40 P.M. y es saludado por el Jefe de Estado, altas autoridades civiles, el Nuncio Apostólico, los Obispos del país, y una gran multitud; pronunciando el siguiente discurso de despedida.

Despedida de El Salvador

“Señor Presidente,
hermanos en el Episcopado,
queridos Salvadoreños:

Después de haber vivido esta intensa jornada de oración y encuentro con la Iglesia que está en El Salvador, con vosotros, siento tener que dejaros tan pronto.

En estas horas he contemplado el rostro dolorido de este querido pueblo fiel; he podido acercarme a tantos hijos que por diversas razones sufren y lloran. Quiera Dios que se hayan abierto en muchos espíritus esos anhelados brotes de perdón mutuo, de comprensión y de concordia que vuelvan a encender la esperanza cristiana en los corazones.

Mi encuentro con los sacerdotes, la visita a la catedral, la Eucaristía celebrada bajo el cielo de El Salvador, han querido ser una llamada a la reconciliación y al amor que vienen de arriba, del Dios, Padre común de to-

dos. En nombre de Cristo, su Hijo y hermano nuestro he querido animaros a trabajar juntos, para que su sangre redentora —ella solamente— sea en esta tierra, en esta porción de humanidad suya, el precio pagado por la paz que todos anhelamos. Que su Espíritu divino siga siendo el que dé voz y fuerza a estos anhelos de paz y de fraternidad cristianas.

Una vez más quiero dejar constancia de mi agradecimiento a cuantos me han facilitado esta inolvidable visita: al Señor Presidente, a las Autoridades nacionales que han colaborado al feliz desarrollo de la misma. Un agradecimiento particular reservo a los hermanos Obispos y a cuantos han trabajado en la preparación y realización espiritual y material de esta visita. Que el Señor les recompense con creces el esfuerzo llevado a cabo.

Y que dé la ansiada paz, por intercesión de la Reina de la Paz, a esta querida Nación, a cuyos hijos bendigo de nuevo con inmenso afecto.

A las 20:10 P.M. despegó el DC 10 de Alitalia rumbo a la ciudad de Guatemala, e inmediatamente dirige al Presidente Salvadoreño el siguiente telegrama.

“Excmo. Señor Alvaro Magaña
Presidente de El Salvador
SAN SALVADOR

Al concluir mi visita pastoral a ese país, donde he compartido imborrables e intensas horas de oración y reflexión sobre el mensaje evangélico con los amadísimos hijos salvadoreños, quiero expresar una vez más a vuestra excelencia y a todo el pueblo de El Salvador mi más viva gratitud por las muestras de deferencia y afecto recibidas, a las que correspondo pidiendo al altísimo que conceda a esa noble y sufrida nación la anhelada prosperidad, fruto de la paz y reconciliación fraterna.

Ioannes Paulus PP, II”

ALABADO SEA JESUCRISTO

Guatemala



A las 20:52 P.M. aterriza en el aeropuerto "La Aurora" de la ciudad de Guatemala. Es recibido por el Presidente de la República Efraín Ríos Montt, altas autoridades del Estado, el Arzobispo de Guatemala Cardenal Mario Casariego, el Nuncio Apostólico Arzobispo Oriano Qulici, el Presidente de la Conferencia

Episcopal Monseñor Penades del Barrio, los Obispos del país, el cuerpo diplomático y una multitud de personas.

El Santo Padre besa el suelo guatemalteco y después del himno y de las palabras de bienvenida del Jefe de Estado, pronuncia el siguiente discurso.

Saludo al Pueblo de Guatemala

"Señor Presidente, hermanos en el Episcopado, queridos hermanos y hermanas:

Peregrino de fe y esperanza, llego hoy a esta tierra de Guatemala, país de "eterna primavera", y lugar de particular significado en la historia de Centroamérica.

Agradezco desde ahora las muestras de afecto de todos los queridos guatemaltecos, en cuyo nombre y en el suyo propio Usted, Señor Presidente, me ha dirigido expresiones de cordial bienvenida.

Saludo a todas las Autoridades presentes en este aeropuerto, al Señor Cardenal Mario Casariego, Arzobispo de Guatemala, a mis hermanos Obispos presididos por Mons. Próspero Penades del Barrio, a los sacerdotes, personas consagradas, laicos empeñados en el apostolado y pueblo fiel. Saludo con idéntico afecto a los miembros de los diversos grupos étnicos del País.

Esta Nación ha sido varias veces, aun en tiempos recientes, escenario de calamidades que han sembrado muerte y destrucción en muchos hogares. Y hoy sigue sufriendo el flagelo de la lucha entre hermanos que provoca tanto dolor. En nombre de todas las víctimas inocentes querría pedir que se movilicen todas las fuerzas y buena voluntad, para lograr la pacífica convivencia social, fruto de la justicia y de una gran reconciliación de los espíritus.

Desde ahora aliento todos los esfuerzos que se hagan en esa dirección, asociándome a los objetivos marcados por la Conferencia Episcopal de Guatemala en el comunicado preparatorio a mi visita.

Encomiendo a vuestra plegaria estos objetivos y desde ahora bendigo a todos los hijos de Guatemala, sobre todo a los enfermos y a los que sufren en el cuerpo o en el alma. Que la Madre de la Asunción nos acompañe con su valimiento."

ALABADO SEA JESUCRISTO

A las 21:45 P.M. se dirige junto con su séquito a la Sede de la Nunciatura donde llega a las 22:25 P.M. para pasar la noche.

Lunes, Marzo 7 de 1983

El Santo Padre inicia la sexta jornada de su viaje apostólico en América Central, recibiendo a las 7:50 A.M. en la Sede de la Nunciatura Apostólica de la ciudad de Guatemala a un grupo de sus connacionales residentes en el país.

A las 8:00 A.M. se dirige a la Catedral de "Nuestra Señora de la Asunción" donde pronuncia las siguientes palabras de saludo y exhortación a los presentes.

Visita a la Catedral

"Señor Cardenal,
amadísimos hermanos y hermanas:

¡La paz sea siempre con vosotros!

Sean estas palabras evangélicas, tan llenas de esperanza, expresión de mi saludo cordial a todos vosotros aquí reunidos, y a la vez de mi agradecimiento por la afectuosa acogida que me habéis dispensado.

Doy gracias a Dios que me ha traído hoy a esta Santa Iglesia Catedral, conocida y admirada por la belleza y armonía de sus formas; pero tanto más entrañable para mí por el significado eclesial que este sagrado recinto representa para vosotros, fieles de Guatemala.

Este templo primado es en efecto, desde hace siglos, testigo fidedigno del deseo de renacer en la fe y en la fidelidad constante, a veces no sin pruebas y sacrificio, a la Iglesia de Cristo. Desde este lugar de comunión, vosotros los guatemaltecos habéis de sentir la urgencia de

construir, a la luz del Evangelio, una morada común; es decir, un pueblo de hermanos, fundado sobre las exigencias de la fe y del amor.

El Señor que aquí tiene su casa, habita en medio de vosotros y os quiere a todos, trabajadores de su heredad e hijos fieles dentro de su hogar. A su lado y en su presencia, esto es, animados y fortalecidos, por su gracia, iréis consolidando día a día el ambiente de comunión, sabiendo bien que esto compromete a purificar de asperezas los corazones, a ser sensibles a los demás y a superar todo brote de contiendas o de egoísmos y divisiones mediante un diálogo sincero y una incansable voluntad de colaboración.

Que la Santísima Virgen de la Asunción, a la que está dedicado este Templo, aliente estos propósitos, vele sin cesar sobre vosotros y sea valiosa intercesora ante su Hijo en favor vuestro y del querido pueblo de Guatemala. Con estos deseos imparto, especialmente a los enfermos y ancianos, mi afectuosa Bendición."

ALABADO SEA JESUCRISTO

Terminada la visita a la Catedral se dirige a la Casa Presidencial a visitar al Jefe de Estado.

A las 9:00 A.M. se encuentra con el Jefe de Estado; después de una conversación privada recibe la presentación de familiares y otras personalidades. Le acompañan el Cardenal Casarolli, Monseñor Mar-

tínez Somalo, Monseñor Martín y el Nuncio.

A las 9:20 A.M. sale hacia el Campo de Marte de la capital para celebrar la Santa Misa, llega a las 9:30 A.M. e inicia la celebración a las 9:55 A.M.

Participan con el Santo Padre en la cele-

bración el Cardenal Casarolli, el Cardenal Casariego, Monseñor Martínez Somalo, Monseñor Martín, el Nuncio Monseñor Qulici, los Obispos del país, y dos sacerdotes por cada una de las trece circunscripciones eclesíásticas de Guatemala.

Después de las palabras de homenaje del Cardenal Arzobispo Casariego; el Santo Padre pronuncia el siguiente discurso.



Fortalecimiento de la Fe y Promoción Social

“Señor Cardenal,
amados hermanos en el Episcopado,
queridos hermanos y hermanas:

1.— Con cuánta ilusión he esperado este día en que, peregrino de la paz y del amor por los países de América Central, Belice y Haití, llego a esta histórica ciudad de Guatemala de la Asunción, para celebrar con vosotros y por vosotros esta santa Eucaristía, signo de unidad y vínculo de caridad, en la que nos nutriremos, como familia de Dios, con el cuerpo y la sangre del Señor.

Quiero saludar en primer lugar al Señor Cardenal Arzobispo de Guatemala y a los hermanos Obispos de este amado País. Os saludo también a todos con profundo afecto, precisamente porque sé que estáis sufriendo; os

bendigo en el nombre de Dios e imploro para todos los dones de una paz, fruto de la justicia; de una justicia, irradiación del amor; y de una concordia que, superando todo muro de separación, haga de vosotros una familia de verdaderos hermanos e hijos de Dios por adopción.

2.— Mi reflexión, siguiendo la Palabra revelada que acabamos de escuchar, va a centrarse en la fe; esa fe sin la cual es imposible agradar a Dios (cf. Heb 11, 6); esa fe que mueve montañas (cf. Mt 17, 20); esa fe capaz de obrar milagros (cf. Mt 15, 21); esa fe que lleva a la bienaventuranza (cf. Lc 6, 20-22); esa fe, principio de salvación: “El que crea y sea bautizado se salvará” (Mc 16, 16); esa fe, en fin, que es alma de los pueblos latinoamericanos y luz que ha guiado sus destinos desde el descubrimiento, la conquista y la independencia hasta las

ALABADO SEA JESUCRISTO

actuales generaciones; esa fe que ha de hacerse aliento hacia el amor y promoción del hombre.

La Iglesia ha sido la Madre y Maestra que os la ha dado y la ha nutrido con el ministerio de los Papas, Sucesores de San Pedro; con el esfuerzo constante de vuestros celosos Obispos; con la generosa acción de vuestros sacerdotes; con la abnegada entrega de centenares de religiosos y religiosas, de catequistas, delegados de la Palabra y padres de familia que, recorriendo playas, valles y montañas, os han enseñado a creer, y con vosotros han profesado la fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en cumplimiento del mandato del Señor "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación" (Mc 16, 15).

3.— Esa fe es en primer lugar fe en el PADRE, dador de todo bien y creador de cuanto existe; que todo lo puede, todo lo sabe y todo lo ve. Dios misericordioso que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. I Tim 2, 4); que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva (cf. Ez, 33, 11), pero que a cada uno dará según sus obras (cf. Mt 25, 31-46), y a quien se debe todo honor y toda gloria (Heb 13, 21).

Fe en el HIJO, concebido por obra del Espíritu Santo, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se encarnó de María la Virgen, como profesamos en el Credo; que pasó por el mundo haciendo el bien (cf. He 10, 18); que tuvo compasión de las multitudes (cf. Mt 9, 36), que promulgó solemnemente el mandamiento del amor (cf. Jn 13, 13), que edificó su Iglesia sobre Pedro (cf. Mt 16, 18), que muriendo en la cruz nos rescató y nos abrió las puertas de la vida eterna y que resucitando por su propio poder, subió al cielo como primicia de los que duermen (cf. Col 1, 18), desde donde nos envió al Espíritu Santo que había prometido (cf. Lc 24, 49).

Fe en el ESPIRITU SANTO, a quien adoramos con el Padre y con el Hijo (cf. Credo); el que nos enseña todas las cosas (cf. Jn 14, 26); el que habita en las almas en gracia como en un templo (cf. I Cor 3, 16); al que contristamos con nuestros pecados (cf. Ef 4, 30); el que es alma gloriosa de la Iglesia.

4.— Pero nuestra fe tiene que extenderse a la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, según confesamos en el Credo. Iglesia que Cristo edifica sobre la roca de Pedro (cf. Mt 16, 18), de quien soy humilde sucesor y lo será el Papa hasta la consumación de los siglos (cf. Mt 28, 20); cuyos apóstoles escoge Cristo: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (Jn 15, 16); que nos enseña con autoridad en el nombre de Jesús: "Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha" (Lc 10, 16); que ha recibido el poder de perdonar los pecados: "A quienes perdonéis los pecados, les

serán perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos" (Jn 20, 23); que nos vivifica con la Eucaristía y los demás sacramentos (cf. I Cor 10, 16; Rom 6, 4); y con la que Cristo estará permanentemente para confirmarla en la verdad: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20).

A esta Iglesia debéis amar siempre; a ella que, con el esfuerzo de sus mejores hijos tanto contribuyó a forjar vuestra personalidad y libertad; que ha estado presente en los acontecimientos más gloriosos de vuestra historia; que ha estado y sigue estando a vuestro lado, cuando la suerte os sonríe o el dolor os abruma; que ha tratado de disipar la ignorancia, proyectando sobre la mente y el corazón de sus hijos la luz de la educación desde sus escuelas, colegios y universidades, que ha alzado su voz para condenar injusticias, para denunciar atropellos, sobre todo contra los más pobres y humildes; no en nombre de ideologías, sean del signo que fueren, sino en nombre de Jesucristo, de su Evangelio, de su mensaje de amor y paz, de justicia, verdad y libertad.

Amad a la Iglesia, porque os invita constantemente a que practiquéis el bien y detestéis el pecado; a que renunciéis a todo vicio y corrupción, para vivir en santidad; a hacer de Cristo, camino, verdad y vida, el modelo acabado de vuestra conducta personal y social; a seguir caminos de mayor justicia y respeto a los derechos del hombre; a vivir más como hermanos que como adversarios.

5.— Esa fe y amor a la Iglesia tienen que mostrar su fecundidad en la vida; deben manifestarse en obras.

Tal es la enseñanza de Jesús: "No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial" (Mt 7, 21). Acabamos de oír al Apóstol Santiago: la fe, sin obras, está muerta. ¿De qué sirve que alguien diga "tengo fe", si no tiene obras? El hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente (cf. Sant 2, 14 ss.).

La fe nos enseña que el hombre es imagen y semejanza de Dios (cf. Gen 1, 27); eso significa que está dotado de una inmensa dignidad; y que cuando se atropella al hombre, cuando se violan sus derechos, cuando se cometen contra él flagrantes injusticias, cuando se le somete a las torturas, se le violenta con el secuestro o se viola su derecho a la vida, se comete un crimen y una gravísima ofensa a Dios; entonces Cristo vuelve a recorrer el camino de la pasión y sufre los horrores de la crucifixión en el desvalido y oprimido.

Hombres de todas las posiciones e ideologías que me escucháis: atended a la súplica que os dirijo; atendedla, porque os la hago desde la hondura de mi fe, de mi confianza y amor al hombre que sufre; atendedla, porque os la hago en nombre de Cristo. Recordad que

ALABADO SEA JESUCRISTO

todo hombre es vuestro hermano y convertíos en respetuosos defensores de su dignidad. Y por encima de toda diferencia social, política, ideológica, racial y religiosa, quede siempre asegurada en primer lugar la vida de vuestro hermano, de todo hombre.

6.— Recordemos, sin embargo, que se puede hacer morir al hermano poco a poco, día a día, cuando se le priva del acceso a los bienes que Dios ha creado para beneficio de todos, no sólo para provecho de unos pocos. Esa promoción humana es parte integrante de la evangelización y de la fe.

Mi predecesor Pablo VI, en su Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, habló con suma claridad al respecto: “Entre evangelización y promoción humana—desarrollo, liberación— existen efectivamente lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede disociar el plan de la creación del plan de la redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico como es el de la caridad; en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre? No es posible aceptar que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad” (n. 31).

Os exhorto, por lo mismo, a partir con lucidez y valentía de la propia fe, para practicar la caridad, en especial con los que lo necesitan más o no pueden valerse por sí mismo, como los ancianos, los inválidos, los subnormales y las víctimas ocasionales de los elementos de la naturaleza. Y con los que podrían valerse por sí mismos, mantened siempre relaciones de respeto y justicia.

A los responsables de los pueblos, sobre todo a los que sientan en su interior la llama de la fe cristiana, les invito encarecidamente a empeñarse con toda decisión en medidas eficaces y urgentes, para que lleguen los recursos de la justicia a los sectores más desprotegidos de la sociedad. Y que sean éstos los primeros beneficiarios de apropiadas tutelas legales.

Para salir al paso de cualquier extremismo y consolidar una auténtica paz, nada mejor que devolver su dignidad a quienes sufren la injusticia, el desprecio y la miseria.

7.— La fe en Cristo que nos obliga a amar a Dios y al hombre como hermano, nos enseña a ver a éste en toda la profundidad de su valor trascendente. Ella ha de ser, por eso, el gran impulso a trabajar en favor de su promoción integral. Desde una clara identidad de la propia condición de hijos de Dios y de la Iglesia, sin dejar nunca ofuscar esa visión ni recurrir a premisas ideológicas que son contrarias a la misma.

Ese es el substrato de la enseñanza social de la Iglesia. A la fiel aplicación de la misma debe orientarse al cristiano, como camino concreto hacia la solución de tantos problemas que afectan a nuestra sociedad. Para ello, será necesario difundir tal enseñanza y formar bien a quienes la propongan con fidelidad. Se prestará así un gran servicio al hombre de hoy, porque en ella encontrará el estímulo para despertar las conciencias, promover una mayor justicia, fomentar una mejor comunicación de bienes, favorecer un más generalizado acceso a los beneficios de la cultura y cimentar de este modo una más pacífica convivencia.

Es algo en lo que la Iglesia sigue insistiendo “para concretar los principios de justicia y equidad exigidos por la recta razón, tanto en orden a la vida individual y social como en orden a la vida internacional” (*Gaudium et spes*, 63). Ahí queda un gran campo abierto a la generosa iniciativa de Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y de cuantos — hombres y mujeres — buscan con buena voluntad la dignidad del hombre. Ahí hallarán inspiración los gobernantes, legisladores, empresarios, comerciantes, industriales, agricultores, obreros, para ir creando un urgente clima de justicia en la sociedad centroamericana y guatemalteca. Así se borrarán definitivamente lacras seculares y se implantará la armonía social en un clima de desarrollo que —según Pablo VI— es el nuevo nombre de la paz y una exigencia indeclinable de la fe.

8.— Queridos hermanos: Que la fe en Jesucristo brille así en vuestras vidas, como el sol en las aguas de vuestros mares, sobre los cráteres de vuestros hermosos volcanes, en las alas de vuestros raudos quetzales.

Que esa fe cristiana, gloria de vuestra nación, alma de vuestro pueblo y de los pueblos centroamericanos, se manifieste en actitudes prácticas bien definidas, sobre todo hacia los más pobres, débiles y humildes de vuestros hermanos.

Esa fe debe llevar a la justicia y a la paz. No más divorcio entre fe y vida. Si aceptamos a Cristo, realicemos las obras de Cristo; tratémonos como hermanos; y marchemos por los caminos del Evangelio. Pidamos en esta Eucaristía, fuente de gracia y fe, que Cristo nos enseñe de veras sus caminos. Caminos de amor sacrificado a los demás, de profundidad de vida y esperanza, hacia los

ALABADO SEA JESUCRISTO

que la Iglesia nos invita con el ejemplo de Jesús, de manera particular en este tiempo de cuaresma en que nos encontramos.

Y que Santa María de la Asunción, os alcance la gracia de su Hijo para ser fieles a este programa y sea 'siempre guía, vida, dulzura y esperanza nuestra. Así sea.'



A las 12:30 P.M. regresa a la Sede de la Nunciatura Apostólica para el almuerzo y un breve reposo.

A las 15:00 P.M. sale de la Nunciatura Apostólica hacia el aeropuerto "La Aurora" de donde parte en helicóptero hacia la ciudad de Quezaltenango, donde celebrará la liturgia de la palabra con la

población indígena y los catequistas, la que tendrá lugar en una gran explanada en la periferia de la ciudad. A las 16:40 P.M. el Obispo Monseñor Oscar García Urizar inicia con unas palabras de bienvenida.

El Santo Padre pronuncia en la ceremonia el siguiente discurso.

A los Indígenas

"Amadísimos hermanos e hijos:

1.— Mi corazón rebosa de alegría al veros congregados aquí, después de recorrer tan diferentes caminos, con sacrificios y fatigas, para darme la ocasión de abrazaros y deciros cuánto os ama la Iglesia, cuánto os ama el Sucesor de San Pedro, el Papa, Vicario de Cristo.

En vosotros abrazo y saludo a todos los indígenas y catequistas que viven en los diversos lugares de Guatemala, de Centroamérica y de toda América Latina. Para todos mi afecto; para todos mi oración mi respaldo, mi solidaridad y mi bendición.

Y muchas gracias por haber venido a este encuentro con el Papa. Lo aprecio profundamente, porque tenía especialísimo interés en estar con vosotros, que sois los más necesitados.

2. Acabamos de escuchar en el Evangelio de San Lucas el impresionante pasaje que nos muestra a Jesús, nuestro Salvador, en la Sinagoga de Nazaret, un día de sábado.

Delante de sus paisanos, Jesús se levanta para leer las Escrituras. Le entregan el libro del Profeta Isaías, lo abre y lee: el espíritu del Señor está sobre de mí; me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y oprimidos; a dar la vista a los ciegos; a anunciar la gracia del Señor; a vendar los corazones rotos; a consolar a los que lloran; pues será conocida en las naciones su raza y sus vástagos entre los pueblos; los que los vean reconocerán que son raza bendita de Yaveh (cf. Is 61, 1-9).

Jesús cerró el libro, lo devolvió y se sentó. Todos los ojos estaban fijos en él. Habló y les dijo: Esta Escri-

ALABADO SEA JESUCRISTO

tura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.

Sí, en el Hijo de Dios, Jesucristo, nacido de la Virgen María, se cumple esta Escritura. El es el enviado de Dios para ser nuestro Salvador.

Esta es la Buena Nueva que os anuncio; Buena Nueva que vosotros, con corazón sencillo y abierto, habéis acogido, aceptando la fe en Jesús nuestro Redentor y Señor.

Cristo es el único capaz de romper las cadenas del pecado y sus consecuencias que esclavizan.

Cristo os da la luz del Espíritu, para que veáis los caminos de superación que debéis recorrer, para que vuestra situación sea cada vez más digna, como plenamente merecéis.

Cristo os ayuda a superar las dificultades, os consuela y apoya. El os enseña a ayudaros unos a otros para poder ser los primeros artífices de vuestra elevación.

Cristo hace que todos aceptemos que sois raza bendecida por Dios; que todos los hombres tenemos la misma dignidad y valor ante El; que todos somos hijos del Padre que está en el cielo; que nadie debe despreciar o maltratar a otro hombre, porque Dios le castigará; que todos debemos ayudar al otro, en primer lugar al más abandonado.

3. La Iglesia os presenta el mensaje salvador de Cristo, en actitud de profundo respeto y amor. Ella es bien consciente de que cuando anuncia el Evangelio, debe encarnarse en los pueblos que acogen la fe y asumir sus culturas.

Vuestras culturas indígenas son riqueza de los pueblos, medios eficaces para transmitir la fe, vivencias de vuestra relación con Dios, con los hombres y con el mundo. Merecen, por tanto, el máximo respeto, estima, simpatía y apoyo por parte de toda la humanidad. Esas culturas, en efecto, han dejado monumentos impresionantes — como los de los mayas, aztecas, incas y tantos otros — que aun hoy contemplamos asombrados.

Al pensar en tantos misioneros, evangelizadores, catequistas, apóstoles, que os han anunciado a Jesucristo, todos animados de celo generoso y de gran amor a vosotros, admiro y bendigo su entrega ejemplar, recompensada con abundantes frutos para el Evangelio.

La obra evangelizadora no destruye sino que se encarna en vuestros valores, los consolida y fortalece. Hace crecer las semillas esparcidas por el “verbo de Dios, que antes de hacerse carne para salvarlo todo y recapitularlo todo en El, estaba en el mundo como luz

verdadera que ilumina a todo hombre”, como enseñó el último Concilio, Vaticano II (*Gaudium et spes*, 57).

Esto, sin embargo, no impide que la Iglesia, fiel a la universalidad de su misión, anuncie a Jesucristo e invite a todas las razas y a todos los pueblos a aceptar su mensaje. Así, con la evangelización, la Iglesia renueva las culturas, combate los errores, purifica y eleva la moral de los pueblos, fecunda las tradiciones, las consolida y restaura en Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 58).

En esa misma línea, vuestros Obispos dijeron con claridad, junto con el Episcopado de América Latina: “La Iglesia tiene la misión de dar testimonio del verdadero Dios y del único Señor. Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre” (Puebla, 406).

4. Pero la Iglesia no sólo respeta y evangeliza los pueblos y las culturas, sino que ha sido defensora de los auténticos valores culturales de cada grupo étnico.

También en este momento la Iglesia conoce, queridos hijos, la marginación que sufrís; las injusticias que soportáis; las serias dificultades que tenéis para defender vuestras tierras y vuestros derechos; la frecuencia falta de respeto hacia vuestras costumbres y tradiciones.

Por ello, al cumplir su tarea evangelizadora, ella quiere estar cerca de vosotros y elevar su voz de condena cuando se viole vuestra dignidad de seres humanos e hijos de Dios; quiere acompañaros pacíficamente como lo exige el Evangelio, pero con decisión y energía, en el logro del reconocimiento y promoción de vuestra dignidad y de vuestros derechos como personas.

Por esta razón, desde este lugar y en forma solemne, pido a los Gobernantes en nombre de la Iglesia, una legislación cada vez más adecuada que os ampare eficazmente de los abusos y os proporcione el ambiente y los medios adecuados para vuestro normal desarrollo.

Ruego con encarecimiento que no se os dificulte la libre práctica de vuestra fe cristiana; que nadie pretenda confundir nunca más auténtica evangelización con subversión, y que los ministros del culto puedan ejercer su misión con seguridad y sin trabas. Y vosotros no os dejéis instrumentalizar por ideologías que os incitan a la violencia y a la muerte.

Pido que sean respetadas vuestras reservas, y ante todo que sea salvaguardado el carácter sagrado de vuestra vida. Que nadie, por ningún motivo, desprecie vuestra existencia, pues Dios nos prohíbe matar y nos manda amarnos como hermanos.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Finalmente, exhorto a los responsables a que se cuide vuestra elevación humana y cultural. Y para ello que se os provea de escuelas, de medios sanitarios, sin ningún tipo de discriminación.

Con profundo amor hacia todos, exhorto a seguir las vías de solución concreta trazadas por la Iglesia en su enseñanza social; a fin de lograr por ese camino las necesarias reformas, evitando todo recurso a la violencia.

5. A vosotros, amados hijos, pertenecientes a tan numerosos grupos étnicos, os invito a cultivar los valores que os distinguen:

La PIEDAD, que os lleva a dar a Dios un puesto importante en vuestra vida, a amarlo como Padre providente y misericordioso y a respetar su santa ley. Abríos al amor de Cristo. Dejadlo influir en vuestras personas, en vuestros hogares, en vuestras culturas.

La LABORIOSIDAD, con la cual no sólo ganáis honradamente vuestro sustento y el de vuestras familias, sino que evitáis el ocio, fuente de muchos males, a la vez que hacéis de la tierra una morada más digna del hombre. Con el trabajo cumplís la voluntad de Dios: perfeccionar la creación, realizaros vosotros mismos y servir a los demás. Pido en nombre de Dios que vuestro trabajo sea remunerado justamente y se abra así el camino hacia vuestra dignificación.

El AMOR A VUESTRO HOGAR Y A VUESTRA FAMILIA. Deben ser el centro de vuestros afectos, el estímulo en vuestra vida. Que los respetéis siempre; que no los destruyáis con el vicio ni con el pecado; que no los arruinéis con el alcoholismo, causante de tantos males.

La SOLIDARIDAD. Vuestro amor fraterno debe expresarse en una solidaridad creciente. Ayudaos mutuamente. Organizad asociaciones para la defensa de vuestros derechos y la realización de vuestros proyectos. Cuántas obras importantes se han logrado ya por este camino.

El APOSTOLADO. Sé que entre vosotros hay muchos celebradores de la Palabra, muchos catequistas y

ministros.

No desmayéis en el apostolado. El apóstol genuino del indígena debe ser el mismo indígena. Dios os conceda que lleguéis a tener muchos sacerdotes de vuestras propias tribus. Ellos os conocerán mejor, os comprenderán y sabrán presentaros adecuadamente el mensaje de salvación.

Por medio de una buena y permanente catequesis, llegaréis a la fe adulta con la cual purificaréis ritos y ceremonias tradicionales que deben ser iluminadas cada vez más con el Evangelio.

6. Pienso en vuestros lugares de peregrinación como Esquipulas y Chihicastenango. Que sean centros privilegiados de evangelización, donde el contacto serio con la Palabra de Dios, sea para vosotros una permanente llamada a la conversión y a la vivencia más pura de la fe.

Confío, queridos míos en que regresaréis a vuestros hogares confortados con el encuentro que hemos tenido; con mayor amor a la Iglesia que os ama y desea servirlos; con el propósito de ser mejores.

Yo os llevaré en mi corazón y pediré frecuentemente para todos abundantes bendiciones del cielo.

Recordad, finalmente, que el Hijo de Dios vino a nosotros en la persona de Jesús, nuestro Salvador, por medio de una mujer, la Virgen María. Ella es nuestra hermana y también nuestra Madre. La Madre de cada uno y de la Iglesia.

Sé que vosotros la amáis y la invocáis, llenos de confianza. A Ella le suplico que os proteja. Ella ampare vuestros hogares; os acompañe en el trabajo; en las penas y en las alegrías; en la vida y en la muerte.

María os dé a Cristo y sea siempre vuestra Madre muy amada. Así sea.

'Quinyá rutzil iwach conojel, ishokib, achijab, alobom, alitomab, e rij tak winak' (doy un saludo de paz a todos ustedes, mujeres, hombres, muchachos, muchachas, gente vieja)."

A las 17:35 P.M. después de la bendición apostólica regresa en helicóptero a la ciudad de Guatemala.

Del aeropuerto "La Aurora" se dirige al Colegio San Juan Bosco, de la capital,

para tener un encuentro con el clero, religiosos y religiosas.

Después de las palabras del Cardenal Casariego, el Santo Padre pronuncia el siguiente discurso.

ALABADO SEA JESUCRISTO



A los Religiosos

“Queridos hermanos y hermanas:

1. Este Santuario Nacional Expiatorio del Sagrado Corazón es hoy el lugar de cita del Papa con los religiosos de toda el área geográfica que estoy visitando en estos días. Pero están también presentes los sacerdotes, religiosos y seminaristas de Guatemala. Son los sectores centrales de la vida de la Iglesia en esta Nación. Por ello quiero dedicaros a todos mi recuerdo lleno de estima, mi saludo más afectuoso y agradecido, mi palabra de aliento en vuestra entrega a Cristo y a vuestra vocación eclesial, junto con mi particular Bendición.

He reservado, queridos religiosos, un encuentro especial para estar con vosotros. Deseo ante todo expresar mi gratitud por vuestra generosa presencia eclesial en estas tierras, donde estáis al servicio de las Iglesias particulares.

Muchos de vosotros sois hijos de esta tierra. Otros habéis llegado desde cerca o desde lejos. Pero a todos os anima el mismo amor a estos pueblos de los que habéis recibido también mucho, a través de su fe sencilla, de su piedad sentida, de su afecto generoso.

Las circunstancias especiales que viven estos pueblos y su misma cercanía, favorecen una comunión intensa entre vosotros. Por parte mía quiero alentar los esfuerzos de comunión eclesial, de colaboración con vuestros Obispos, de búsqueda de mejor inserción vuestra en la vida eclesial en estas naciones hermanas, para ser, como religiosos, signos de comunión y reconciliación.

2. Os habéis comprometido a hacer del seguimiento de Cristo según el Evangelio la regla suprema de vuestra vida (cf. *Perfectae caritatis*, 2, a). Dejadme que os lo recuerde; tenéis que ser los especialistas del Evangelio de Jesús, identificados vitalmente con sus palabras y con su ejemplo.

El distintivo de la vida religiosa en la Iglesia debe ser mantener la pureza del Evangelio; no sólo en los votos que son característicos de vuestra consagración, sino sobre todo en la caridad perfecta hacia Dios y hacia el prójimo, que es la esencia del Evangelio; en las bienaventuranzas que constituyen su originalidad frente a la mentalidad del mundo, y en esas específicas manifestaciones del Evangelio que son los carismas de vuestros Fundadores.

ALABADO SEA JESUCRISTO

La fidelidad al Evangelio asegura la vitalidad de la vida religiosa, de la que bien decía mi predecesor Pablo VI: "gracias a su consagración religiosa, ellos son por excelencia voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión, afrontando los riesgos más grandes para su salud y su propia vida" (Evangelii nuntiandi, 69).

Sed, pues, fieles a la perenne juventud del Evangelio que Cristo ha encomendado a la acción vitalizadora del Espíritu Santo y de sus carismas (cf. Lumen gentium, 4).

3. Garantía de fidelidad es la conciencia de vuestra consagración a Cristo en la Iglesia. Sí; no se abraza al Evangelio sólo como una justa causa o como una utopía. El Evangelio es Alguien: es Jesucristo, el Señor. El que "ha muerto por nuestros pecados y ha resucitado para nuestra justificación" (Rom 4, 25). El os ha invitado a seguirlo hasta la cruz. Y no se le puede seguir con fidelidad, si ante todo no se le ama profundamente. Por eso, la consagración religiosa os une a Jesucristo vitalmente y se convierte en un vínculo de amor que está pidiendo la amistad, la comunión con El, alimentada con los sacramentos, especialmente con la Eucaristía y la Penitencia, con la meditación de su Palabra, con la plegaria, con la identificación con sus mismos sentimientos.

Abrazar los consejos por el Reino de los cielos, significa servir al Reino de Cristo que es la Iglesia. Por eso la vida religiosa dice directamente vinculación "a la Iglesia y a su misterio" y redundante en su provecho (cf. Lumen gentium, 44).

Pero recordad siempre que en el proyecto de Cristo no se puede concebir la vida religiosa al margen de los Obispos, o como indiferente a la Jerarquía; porque no se pueden ver los carismas sino al servicio de la comunión y de la unidad del Cuerpo de Cristo (cf. I Cor 12, 4-11). Por eso, no sólo debe quedar siempre excluido cualquier tipo de apostolado o magisterio paralelo al de los Obispos, sino que es de la naturaleza misma de la vida religiosa fomentar con todos los medios la comunión, favorecerla en los fieles, recrearla donde pierde vigor. Tal ha sido la característica de la que siempre han dado prueba todos los Fundadores.

4. Sí, queridos religiosos. Sé que al mencionar a los Fundadores de vuestros Institutos sentís que se remueve dentro de vosotros esa especie de "espíritu de familia" que os identifica con ellos y con vuestros hermanos. Es la sensación de que el carisma es algo vivo, vital, animado por el Espíritu, hecho carne y sangre en vuestra expe-

riencia de formación y de vida religiosa.

De esa "experiencia del Espíritu" que es el carisma de los Fundadores, vosotros sois depositarios y responsables. Sois los hijos de esos "hombres del Espíritu", su presencia viva en la Iglesia de hoy, en estas tierras.

Los fieles os reconocen por vuestra vinculación a esos Santos. Y los mismos fieles esperan de vosotros que seáis y actuéis como verdaderos hijos de esos Santos; unidos a Dios y, por El, comprometidos en la promoción de la justicia, en la elevación cultural y humana del hombre, en la causa del pobre. Pero al trabajar ante todo en favor de éste, recordad que no debéis excluir a nadie.

5. No se puede pensar en la obra de los Fundadores sin ver en ellos el Evangelio encarnado, como extendido en la geografía y en la historia de la Iglesia.

Ellos os ofrecen, desde esa inequívoca perspectiva evangélica, el ejemplo de una presencia cercana al pueblo y a sus sufrimientos. Ellos, sin dejarse arrastrar por tentaciones o corrientes de carácter político — un ejemplo válido también hoy para vosotros; porque, como dije a los sacerdotes y religiosos de México, "no sois dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal" — han sido capaces de encarnar eficazmente la caridad de Cristo, no sólo en palabras, sino en gestos generosos, en servicios e instituciones. Así han dejado huella en la historia, han hecho cultura, han sembrado verdad y vida, de las que seguimos cosechando frutos.

Este recuerdo, mis queridos hermanos, me permite pedir os fidelidad plena al Evangelio y al Espíritu de vuestros Fundadores; para que, hoy como ayer, los religiosos viváis la caridad perfecta con profundo sentido de fe, con entrega generosa a la tarea evangelizadora que es vuestro primer cometido, sin permitir nunca que motivaciones ideológicas instrumentalizadoras sustituyan vuestra propia identidad evangélica o inspiren vuestra actuación, que debe ser siempre la de hombres de Iglesia. Desde esta clara convicción, trabajad también con entusiasmo en la dignificación del hombre.

6. Con esa caridad evangélica que, como demuestran vuestros Fundadores, es más concreta y completa que cualquier ideología humana, y que se preocupa del hombre en su dimensión espiritual, material y social, os exhorto a renovar el fervor de vuestra vida y de vuestras obras. Os lo piden los hijos de la Iglesia que viven en estas tierras. Ellos os quieren sentir cercanos, ante todo como guías espirituales, como especialistas de la caridad de Cristo, que impulsa a amar a los demás y a trabajar con todas las fuerzas por la justicia y la dignificación del hombre.

Ante vuestros ojos están las tareas de evangeliza-

ALABADO SEA JESUCRISTO

ción y de formación de las comunidades cristianas. Suplid con vuestra generosidad la falta de vocaciones o las distancias entre los grupos eclesiales, tanto más necesitados de vuestra presencia cuanto más alejados de los grandes centros urbanos o rurales. Educad también la religiosidad popular, para que dé los frutos de esa fe sencilla y generosa que la anima.

No dejéis de formar un laicado maduro que asuma responsablemente su puesto dentro de la Iglesia y se entregue con clarividencia a la misión que a él compete de transformar desde dentro de la sociedad civil. Y dad preferentemente a los pobres — según indiqué antes — el pan de la Palabra, la defensa de su derecho cuando es conculcado, la promoción, la educación integral y toda posible asistencia que los ayude a vivir con dignidad. Seguid en ello las indicaciones de la enseñanza social de la Iglesia tal como ella la propone.

7. Os pido una atención particular hacia la juventud. Vuestros jóvenes son generosos; esperan la simpatía y ayuda de cuantos han recibido de sus fundadores una especial misión de educación cristiana, cultural, laboral, humana. Que no falte, por ello, vuestra presencia en los centros educativos a todos los niveles, donde se deciden los valores que han de informar a quienes regirán un día los destinos de vuestros pueblos.

En este importante campo, así como en toda vuestra actividad apostólica — sea individual, sea a nivel de comunidad religiosa o Instituto, seann asociados a nivel más amplio — seguid fielmente las orientaciones de vuestros Obispos y demostrad vuestro amor a la Iglesia con el respeto, la comunión y la colaboración que merecen como Pastores de las Iglesias particulares. A través de ellos os uniréis a la cabeza visible de la Iglesia, a quien Cristo confió el carisma de confirmar en la fe a sus hermanos. Y sed asimismo generosos en la ayuda y colaboración con el clero diocesano.

Con estas peticiones el Papa renueva su confianza en vosotros, os alienta hacia una creciente fecundidad

de vuestros carismas y a la entrega entusiasta que debe ser distintivo de vuestra opción radical por Cristo, por la Iglesia y por el hombre hermano.

8. ¿Queréis una clave de fecundidad apostólica? Vivid la unidad, fuente de una gran fuerza apostólica (cf. *Perfectae caritatis*, 15). En la comunión fraterna está en efecto la garantía de la presencia de Cristo y de su Espíritu, para llevar a la práctica vuestras responsabilidades, siguiendo las reglas de vuestros Institutos.

La Iglesia necesita del ejemplo y testimonio de religiosos que viven la fraternidad evangélica. Los grupos y comunidades esperan la animación fundada en vuestra experiencia de comunión de bienes, de oración en común, de ayuda recíproca.

Los jóvenes que llaman a vuestras puertas desean encontrar una vida eclesial que se caracterice por el fervor de la oración, por el espíritu de familia, por el compromiso apostólico. Esos jóvenes son sensibles a los valores comunitarios y esperan hallarlos en la vida religiosa. Sed capaces de acogerlos y guiarlos, cultivando con esmero las nuevas vocaciones, cuya búsqueda debe ser una de vuestras principales preocupaciones.

9. Mis queridos hermanos: Todos vuestros Institutos profesan un amor especial a la Virgen María; bajo diversos títulos y con varias acentuaciones, la Virgen aparece como el reflejo de un Evangelio vivo, y por eso como Madre de todos los religiosos. En su nombre os pido que sepáis mantener el aprecio mutuo de vuestros carismas y la colaboración en vuestras obras de apostolado.

A Ella os encomiendo, para que conserve y acreciente vuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia. A Ella pido el florecimiento y perseverancia de abundantes vocaciones para vuestras familias religiosas. La Iglesia de ésta área geográfica necesita vuestra presencia, para vivir esa plenitud del Evangelio que es propia de la vida religiosa. Que María, la Virgen fiel y solícita de las necesidades de los hombres, os alcance esta gracia. Así sea.”

Terminado el encuentro regresa a la Sede de la Nunciatura y a las 19:55 P.M. recibe una representación universitaria compuesta por el Rector de la Universidad Católica a “Rafael Landívar” de la capital y cuatro Rectores de otras Universidades, así como profesores y alumnos. El Santo Padre pronuncia las siguientes palabras de saludo.

ALABADO SEA JESUCRISTO



A los Rectores, Profesores y Estudiantes Universitarios

“Ilustres Señores,
queridos universitarios y universitarias:

Me alegro de tener este encuentro con vosotros, Señores Rectores, Profesores y Estudiantes universitarios de Guatemala. En mi saludo afectuoso y cordial a todos los aquí presentes, quiero abarcar también a cuantos comparten, en este País y en los vecinos que visito estos días, las tareas propias de la investigación, del pensamiento y de la formación de los jóvenes. Un sector importantísimo para el progreso humano, intelectual y moral de las personas, de los grupos étnicos y de la entera sociedad.

Por eso os manifiesto mi profunda estima por vuestra labor, que he compartido durante algunos años en mi vida de docencia universitaria. En ella he podido constatar la trascendencia de vuestra misión, que en el conjunto de estos pueblos está llamada a ejercitar un influjo decisivo, no sólo en el ámbito de las personas, sino de las naciones; pues es un hecho que la cultura configura las sociedades. Por eso mismo, cuando se quieren construir formas de convivencia más elevadas y justas, hay que prestar atención al mundo cultural, pues no se trata sólo de buscar nuevas distribuciones de la riqueza que sean más justas, sino mejor distribución de la cultura y del consiguiente influjo social.

Elemento imprescindible habrá de ser la referencia a los valores espirituales y morales del hombre, que en vuestro caso se han concretado en la visión cristiana que os anima y que ha sido una característica de los Centros que aquí representáis. Será cometido vuestro mantener y corroborar esta fidelidad. Y acaricio la esperanza de que la Iglesia, madre y maestra de pueblos, siga siendo para vosotros y para vuestros compañeros lugar de encuentro, de referencia y de estímulo para vuestras mejores iniciativas al servicio del hombre integral.

Como mi breve permanencia aquí no me permite un encuentro más largo, os entrego un mensaje escrito, que quiere ser testimonio de mi estima y aprecio.

Pidiendo al Señor que ilumine vuestras personas y actividades, os imparto cordialmente mi bendición.”

A continuación y para terminar la sexta jornada de su viaje pastoral en los países de Centroamérica entrega a esta representación un mensaje escrito dirigido al mundo universitario de América Latina.

ALABADO SEA JESUCRISTO



Al Mundo Universitario de Centroamérica

“Señores Rectores, Profesores,
queridos Universitarios y Universitarias:

1. En el marco de mi visita a América Central, Belice y Haití deseo dirigiros este mensaje escrito, para reflexionar juntos sobre las especiales relaciones que unen a la Iglesia con la Universidad. Ello quiere ser también prueba del gran interés que la Iglesia presta a la misión indispensable de la Universidad en la sociedad actual, sobre todo en esta época tan atenta al progreso integral del hombre.

Como bien sabéis, es en Europa donde la Universidad ha nacido en el seno mismo de la Iglesia, como una extensión casi natural de las funciones que la misma Iglesia ejercía en el terreno de la enseñanza, de la educación, de la investigación y del servicio cultural. A partir de modestas escuelas, surgidas en torno a las catedrales y monasterios, se desarrollaron gradualmente facultades y centros de enseñanza superior, que la Iglesia ha apoyado, luego instituido y confirmado en sus prerrogativas y autonomías académicas. Poco a poco se desarrollaron comunidades universitarias prestigiosas como las de Bolonia, París, Oxford, Praga, Cracovia, Salamanca, Coimbra, que han ejercido un papel encomiable en la maduración de la cultura europea, la cual no sería lo que es sin su impulso y aportación.

2. En el momento en que la acción de Europa se extendía hacia estas tierras, la Iglesia quiso que se crearan universidades o escuelas superiores, para responder a las necesidades propias del Nuevo Mundo. Así se implantaron tantas Universidades, bastantes de las cuales han sido célebres: las de Santo Domingo, Lima, México, Sucre, Quito, la Javeriana de Bogotá, la de Córdoba y la Universidad de San Carlos de Guatemala, de las que se nutren otras posteriores. Allí se ha impartido una excelente enseñanza, tanto en teología como en filosofía, letras, artes, humanidades, medicina, derecho, matemáticas, astronomía, botánica. Y a la vez se crearon prestigiosas bibliotecas en los principales centros universitarios del Continente.

3. Pero mi intención no es hacer la apología de un período que, como toda época, conoció sus éxitos y dificultades, sino subrayar la función que la Iglesia ha tratado de realizar en esta experiencia secular, por medio de las universidades.

Desde el principio ha aspirado a cultivar las ciencias sagradas y profanas, para profundizar la obra de Dios y servir a la sociedad. Las universidades han formado así grandes hombres de Iglesia, médicos, educadores, expertos en derecho y en jurisprudencia, que han estado al servicio de la comunidad. En una palabra, las Universi-

ALABADO SEA JESUCRISTO

dades contribuyeron a suscitar, en cada lugar, una clase de personas altamente calificadas para cubrir las necesidades específicas de las sociedades del Nuevo Continente.

4. La Iglesia recordaba a menudo que la función de la Universidad era la de defender al hombre, sus derechos y su libertad. Baste evocar aquí la voz profética del gran Obispo Francisco de Marroquín que, cien años antes de la creación de la prestigiosa Universidad San Carlos de Guatemala, proclamaba la misión cristiana y humana de la Universidad; que hizo todo lo posible para facilitar su creación futura, dejando incluso dote para tal fin.

Para él, la Universidad debía consagrarse al progreso de las ciencias divinas y humanas, y a la defensa de los derechos del hombre. Este espíritu, recordado constantemente por la Iglesia, contribuyó a la eclosión de una cultura original, abierta al servicio del hombre latinoamericano y a la promoción de su propia identidad. De estas Universidades surgen en gran parte los hombres y mujeres que han forjado las naciones latinoamericanas, que han definido la autonomía y la vocación cultural, afirmando siempre la comunidad espiritual de los pueblos de este Continente.

5. Estas Universidades contribuyeron a la difusión de un humanismo enraizado en el rico humus cultural de vuestras regiones. Recordemos, en campo científico, a José Celestino Mutis, del Colegio Mayor del Rosario de Bogotá, un gran botánico y especialista en los descubrimientos astronómicos de Copérnico. Pensemos también en el gran poeta y latinista Rafael Landívar, de Guatemala.

Y cómo olvidar las exploraciones de los misioneros e investigadores cristianos sobre las grandes civilizaciones precolombinas, como la de los Mayas, de la que se descubrió posteriormente los monumentos impresionantes, la cosmología, los conocimientos matemáticos y astronómicos, así como el sentido profundo de lo sacro. Así, estas culturas son mejor comprendidas y estudiadas hoy, y se constata el influjo que ejercieron en vosotros estas antiguas civilizaciones.

6. Se puede decir pues que la historia universitaria en vuestros países ha estado por bastante tiempo unida a la vida de la Iglesia. Si las circunstancias y las evoluciones políticas han podido romper luego estos lazos y suscitar incomprensiones recíprocas, hay que reconocer, no obstante, que entre la Universidad y la Iglesia existe una real connaturalidad.

En efecto, la Universidad y la Iglesia, se consagran, cada una según su manera propia, a la búsqueda de la verdad, al progreso del espíritu, a los valores universales, a la comprensión y al desarrollo integral del hombre, a la

exploración de los misterios del universo. En una palabra, la Universidad y la Iglesia quieren servir al hombre desinteresadamente, tratando de responder a sus aspiraciones morales e intelectuales más altas. La Iglesia enseña que la persona humana, creada a imagen de Dios, tiene una dignidad única, que es necesario defender contra todas las amenazas que, sobre todo actualmente, acechan con destruir al hombre en su ser físico y moral, individual y colectivo.

La Iglesia se dirige muy en particular a los actuales universitarios para decirles: tratemos de defender juntos al hombre en sí mismo, cuya dignidad y honor están seriamente amenazados. La Universidad, que por vocación es una institución desinteresada y libre, se presenta como una de las pocas instituciones de la sociedad moderna capaces de defender con la Iglesia al hombre por sí mismo; sin subterfugios, sin otro pretexto y por la sola razón de que el hombre posee una dignidad única y merece ser estimado por sí mismo.

Este es el humanismo superior que enseña la Iglesia. El que os ofrece en vuestra tarea tan noble y urgente, universitarios y educadores. Permitidme por ello que os exhorte a emplear todos los medios legítimos a vuestro alcance: enseñanza, investigación, información, diálogo con el público, para llevar a cabo vuestra misión humanística, convirtiéndoos en artífices de esa civilización del amor, la única capaz de evitar que el hombre sea un enemigo para el hombre.

7. Es asimismo necesario, de una parte y de otra, favorecer también hoy día las condiciones de un diálogo fecundo entre la Iglesia y las Universidades. En la plenitud de su justa autonomía y en medio de contactos jurídicos y civiles que no pueden ser los del pasado, las Universidades pueden tener no poco interés en considerar con atención y más a fondo la riquísima antropología que el Concilio Vaticano II ha madurado y expresado para los tiempos modernos, en documentos inspiradores como la Constitución *Gadium et spes*, que se presenta como una respuesta no sólo a las esperanzas sino también a las angustias del hombre moderno, sediento, quizá como nunca en la historia, de liberación y de fraternidad. Las Universidades católicas, de acuerdo con su propia misión, deben profundizar en los fundamentos divino-humanos y en el valor universal de tal antropología.

Pero todos los hombres y mujeres de buena voluntad están invitados encarecidamente a compartir esta visión moral y espiritual del hombre, que nuestra época está llamada a promover con todas sus energías, si quiere superar sus contradicciones y evitar el drama de guerras absurdas y desgarros fratricidas. De lo contrario, el hombre seguirá explotando vergonzosamente al hombre, sometándolo al juego cruel de los intereses o de las ideologías.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Este lenguaje — lo estoy comprobando en mis encuentros con los hombres y las mujeres de cultura y de ciencia — no deja indiferente a ninguno. Todos entienden que para defender al hombre con desinterés y promover su verdadero progreso hay que superar nuestras divisiones, disociar la enseñanza superior de los enfrentamientos de parte, en una palabra, llenar el espíritu de verdad y de justicia.

La Universidad faltaría a su vocación si se cerrase al sentido de lo absoluto y de lo trascendente, ya que limitaría arbitrariamente la investigación de toda la realidad o de la verdad, y terminaría por perjudicar al hombre mismo, cuya más alta aspiración es conocer lo Verdadero, lo Bueno, lo Bello, y esperar en un destino que lo trasciende. Así pues, la Universidad debe convertirse en el testimonio de la verdad y de la justicia, y reflejar la conciencia moral de una nación.

Los universitarios, los intelectuales, los educadores, pueden ejercer un peso considerable en la lucha por la justicia social, un objetivo que hay que perseguir con valentía y vigor, con los medios de la misma justicia, llevando a cabo todas las mejorías que impone la ética en las relaciones económicas y sociales, y evitando al mismo tiempo las violencias destructoras de los enfrentamientos revolucionarios. La Universidad tiene a su disposición un inmenso poder moral para defender la justicia y el derecho, actuando en conformidad con sus propios medios, que son los del saber competente y de la educación moral. Asimismo la Universidad debe tratar de fomentar, en la medida de lo posible, la extensión de los beneficios de la educación superior a todas las clases y a todas las generaciones susceptibles de aprovecharse de ella.

Programa ambicioso, ciertamente; difícil de realizar de una vez; pero se trata de un proyecto ideal que debe inspirar los desarrollos futuros de la Universidad, la reforma de los programas y la renovación de la orientación universitaria.

8. Dirijo una llamada especial a los católicos, para que acojan generosamente estas orientaciones e inventen las vías de un nuevo diálogo entre la Iglesia y el mundo universitario, científico y cultural. La empresa me parece

vital para la Iglesia y para vuestras naciones. En efecto, ¿qué futuro puede esperarse, si el hombre es sacrificado y si se destruye a sí mismo? Solamente la antropología fundada sobre el amor incondicional del hombre y sobre el respeto de su destino trascendente permitirá a las presentes generaciones superar las crueles divisiones y luchar contra las indignidades físicas, morales y espirituales que deshonran actualmente a la humanidad.

Las Universidades católicas tienen hoy un papel especial que jugar en cuanto a profundizar una antropología liberadora que considere al hombre en su cuerpo y en su espíritu; y pueden entablar un diálogo original con todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Partiendo de su vocación y de su identidad cristiana, las Universidades católicas podrán responder eficazmente al gran desafío que tienen hoy día.

Dirijo también una llamada apremiante a aquellos católicos que trabajan habitualmente en las universidades y en los centros de investigación, para que todos unidos defendamos al hombre individual y colectivo, en el momento actual y en el futuro. Estoy convencido de que mi llamada encontrará una decidida y generosa respuesta por parte de todos los Responsables de la Iglesia: de los religiosos, las religiosas, los seglares, los hombres y mujeres de todas las edades.

Pensando en estas cuestiones tan graves de nuestra época, he decidido crear el Pontificio Consejo para la Cultura (cf. *L'Osservatore Romano*, 20 de Mayo, 1982), con el fin de dar un impulso a la Iglesia en tan importantes materias y testimoniar a la vez el gran interés que la Santa Sede presta al diálogo de las culturas y a la promoción intelectual del hombre.

A vosotros, responsables y miembros del mundo universitario de esta área geográfica, os reitero mi profunda estima por vuestra alta y trascendental misión. Y pido a Aquel que es la plenitud de la Verdad y el destino del hombre, que oriente vuestros caminos, los haga servir al bien de la humanidad y los eleve hacia una altura de trascendencia.

Guatemala de la Asunción, Marzo 7 1983.”

ALABADO SEA JESUCRISTO

Martes, Marzo 8 de 1893

Honduras

A las 7:58 A.M. el Santo Padre inicia la penúltima jornada de su visita pastoral en América Central saliendo del aeropuerto "La Aurora" de la ciudad de Guatemala rumbo a la capital de Honduras en un Boing 727 de la Compañía Aérea Hondureña.

Aterrizo en el aeropuerto de Toncontín a las 9:15 A.M. después de besar el suelo de Honduras es recibido por el Presidente de la República Roberto Suazo

Córdova, altas autoridades del Estado, el Nuncio Apostólico Monseñor Andrea Cordero Lanza de Montezemolo, el Arzobispo de Tegucigalpa y Presidente de la Conferencia Episcopal Monseñor Héctor Enrique Santos Fernández; los Obispos del país, el cuerpo diplomático, y una multitud de personas.

Después de las palabras de bienvenida del Jefe de Estado, el Santo Padre pronuncia el siguiente discurso.



Saludo al Pueblo de Honduras

“Señor Presidente,
amados hermanos en el Episcopado,
queridos hondureños todos:

Sean mis primeras palabras de sincero agradecimiento al Señor Presidente de la República por su amabilidad en venir a recibirme y por su cordial saludo de bienvenida, que da expresión a las visibles muestras de afectuosa acogida que todos me dispensáis y que me hace sentir en un clima de familia. Agradezco también al Señor Presidente la amable invitación que me hizo, en unión con el Episcopado, para visitar la querida Nación Hondureña.

Encontrándome aquí, quiero compartir con vosotros mi gozo y esperanza, como sólo puede darlos la

ALABADO SEA JESUCRISTO

bondad divina que me permite realizar este viaje apostólico. Por mi parte y en correspondencia a vuestra entusiasta acogida, deseo estrechar en un gran abrazo de paz a todos vosotros: a los hermanos en el Episcopado que preside Mons. Héctor Enrique Santos; a los habitantes de Tegucigalpa y a los demás que habéis venido de otras zonas del País; a los que en pueblos y caseríos, dentro de casa o en el campo, me estáis escuchando. Sabed que tenéis entre vosotros y con vosotros a un hermano, que camina a vuestro lado.

En cumplimiento de su misión apostólica, el Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal está presente en medio del Pueblo de Dios que avanza en suelo hondureño hacia la casa del Padre. Me habéis invitado a venir y, en el nombre del Señor, estoy entre vosotros. Quiero

testimoniar también aquí, que Jesús es el Señor, el que ha resucitado de la muerte para dar la vida a todos los hombres. Y a la vez deseo alabar al Señor por todas las maravillas que la gracia divina ha obrado en esta Iglesia en Honduras.

Amadísimos todos: desde el primer momento de mi llegada, me habéis abierto las puertas de vuestro corazón. Yo también os reitero mi profunda estima y afecto.

Que Dios bendiga a todos los que hoy me habéis acogido, personalmente o en espíritu. Que bendiga a cuantos encontraré en mi recorrido y a cuantos se unirán a mí en las asambleas de oración. ¡Que Dios bendiga ahora y siempre a todos los hondureños!"

El Santo Padre recibe el saludo de las personalidades presentes en el aeropuerto. Se dirige inmediatamente al Santuario de "Nuestra Señora de Suyapa" donde inicia la celebración de la Santa Misa, a las 10:15 A.M. con un discurso de bienvenida y de gratitud del Arzobispo de Tegucigalpa.

Participan con el Santo Padre en la cele-

bración el Cardenal Casaroli, Monseñor Martínez Somalo, Monseñor Martín, el Nuncio Apostólico, los Obispos hondureños y dos sacerdotes por cada una de las seis circunscripciones eclesíásticas del país.

El Santo Padre después del evangelio pronuncia la siguiente homilía.



El Evangelio de María

"Amados hermanos en el Episcopado, queridos hermanos y hermanas:

1. Aquí, junto a la Madre común, saludo ante todo con afecto al Pastor de esta sede arzobispal de Tegucigalpa, a los otros hermanos Obispos, a los sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos de esta amada Nación. A todos bendigo de corazón.

Cuando ya está para concluir mi visita apostólica a la Iglesia que vive en estas naciones de América Central, Belice y Haití, he querido venir como peregrino hasta este santuario de Nuestra Señora de Suyapa, Patrona de Honduras, Madre de cuantos profesan la fe en Jesucristo.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Desde esta altura de Tegucigalpa y desde este santuario, contemplo los países que he visitado unidos en la misma fe católica, reunidos espiritualmente en torno a María, la Madre de Cristo y de la Iglesia, vínculo de amor que hace de todos estos pueblos naciones hermanas.

Un mismo nombre, María, modulado con diversas advocaciones, invocado con las mismas oraciones, pronunciado con idéntico amor. En Panamá se la invoca con el nombre de la Asunción; en Costa Rica, Nuestra Señora de los Angeles; en Nicaragua, la Purísima; en el Salvador se la invoca como Reina de la Paz; en Guatemala se venera su Asunción gloriosa; Belice ha sido consagrada a la Madre de Guadalupe y Haití venera a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Aquí, el nombre de la Virgen de Suyapa tiene sabor de misericordia por parte de María y de reconocimiento de sus favores por parte del pueblo hondureño.

2. Los textos bíblicos que han sido proclamados nos ayudan a comprender el misterio y el compromiso que encierra esta presencia de la Virgen Madre en cada Iglesia particular, en cada nación.

El Evangelio de San Juan nos ha recordado la presencia de María al pie de la Cruz y las últimas palabras del testamento de Jesús con las que proclama a la Virgen, Madre de todos sus discípulos: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dice al apóstol: "Ahí tienes a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa" (Jn 19, 26-27).

En la hora de Jesús, de la Madre y de la Iglesia, las palabras del Redentor son solemnes y realizan lo que proclaman: María es constituida Madre de los discípulos de Cristo, de todos los hombres. Y el que acoge en la fe la doctrina del Maestro, tiene el privilegio, la dicha, de acoger a la Virgen como Madre, de recibirla con fe y amor entre sus bienes más queridos. Con la seguridad de que aquella que ha cumplido con fidelidad la palabra del Señor, ha aceptado amorosamente la tarea de ser siempre Madre de los seguidores de Jesús. Por eso, desde los albores de la fe y en cada etapa de la predicación del Evangelio, en el nacimiento de cada Iglesia particular, la Virgen ocupa el puesto que le corresponde como Madre de los imitadores de Jesús que constituyen la Iglesia.

Lo hemos podido apreciar en el texto de los hechos de los Apóstoles: "Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús y de sus hermanos" (He 1, 14). En el nacimiento de la Iglesia, en Pentecostés, está presente la Madre de los discípulos de Jesús, con el ministerio maternal de reunirlos como hermanos en un mismo espíritu y de fortalecerlos en la esperanza, para que acojan la fuerza que viene de lo alto, el Espíritu del

Señor que anima y vivifica la Iglesia de Jesús.

Como ya advertían los Padres de la Iglesia, esta presencia de la Virgen es significativa: "No se puede hablar de Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor, con los hermanos de éste" (cf. Cromacio de Aquileya, Sermo XXX, 7; S. Ch. 164, p. 134; Marialis Cultus, 28). Y así, cada vez que nace la Iglesia en un País, como se puede apreciar en este continente, de México hasta Chile y Argentina, pasando por el istmo centroamericano, o la Madre de Dios se hace presente de una forma singular, como en Guadalupe, o los seguidores de Jesús reclaman su presencia y dedican templos a su culto, para que la Iglesia tenga siempre la presencia de la Madre, que es garantía de fraternidad y de acogida del Espíritu Santo.

3. En María se realiza plenamente el Evangelio. Nuestra Señora es miembro excelentísimo, tipo y ejemplar acabado para la Iglesia (cf. Lumen gentium, 53). Ella es la primera cristiana, anuncio y don de Jesucristo su Hijo, plenitud de las bienaventuranzas, imagen perfecta del discípulo de Jesús.

Porque es una síntesis del Evangelio de Jesús, por eso se la reconoce en vuestros pueblos como Madre y educadora de la fe; se le invoca en medio de las luchas y fatigas que comporta la fidelidad al mensaje cristiano; es ella la Madre que convoca a todos sus hijos — por encima de las diferencias que los puedan separar — a sentirse cobijados en un mismo hogar, reunidos en torno a la misma mesa de la Palabra y de la Eucaristía.

Solamente María pudo hacer de los apóstoles de Jesús, antes y después de Pentecostés, un solo corazón y un alma sola (cf. He 1, 14 y 4, 32). Como si Cristo nos quisiera indicar que ha encomendado al cuidado maternal de su Madre, la tarea de hacer de la Iglesia una sola familia donde reine el amor y se ame ante todo a quien más sufre. Sí, en María tenemos el modelo de un amor sin fronteras, el vínculo de comunión de todos los que somos por la fe y el bautismo "discípulos" y "hermanos" de Jesús.

4. Pero la Virgen es también "Mujer nueva". En ella Dios ha revelado los rasgos de un amor maternal, la dignidad del hombre llamado a la comunión con la Trinidad, el esplendor de la mujer que toca así el vértice de lo humano en su belleza sobrenatural, en su sabiduría, en su entrega, en la colaboración activa y responsable con que se hace sierva del misterio de la redención.

No se puede pensar en María, mujer, esposa, madre, sin advertir el influjo saludable que su figura femenina y materna debe tener en el corazón de la mujer, en la promoción de su dignidad, en su participación activa en la sociedad y en la Iglesia.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Si cada mujer puede mirarse en la Virgen como en el espejo de su dignidad y de su vocación, cada cristiano tendría que ser capaz de reconocer en el rostro de una niña, de una joven, de una madre, de una anciana, algo del misterio mismo de aquella que es la Mujer nueva; como saludable motivo de pureza y respeto, como razón poderosa para asegurar a la mujer cristiana, a todas las mujeres, la promoción humana y el desarrollo espiritual que les permitan reflejarse en su modelo único: la Virgen de Nazaret y de Belén, de Caná y del Calvario. María en el gozo de su maternidad, en el dolor de la unión con Cristo crucificado, en la alegría de la resurrección de su Hijo, y ahora en la gloria, donde es primicia y esperanza de la nueva humanidad.

5. Queridos hermanos e hijos de este pueblo de Honduras, de donde han salido preciosas iniciativas de catequesis y de proclamación de la Palabra, para llevar el Evangelio a los más pobres y sencillos a quienes Jesús reconoce esa sabiduría que viene del Padre (cf. Lc 10, 21): Quisiera resumiros en dos palabras la sublime lección del Evangelio de María: La Virgen es Madre; la Virgen es Modelo.

No podemos acoger plenamente a la Virgen como Madre sin ser dóciles a su palabra, que nos señala a Jesús como Maestro de la verdad que hay que escuchar y seguir: "Haced lo que El os diga". Esta palabra repite continuamente María, cuando lleva a su Hijo en brazos o lo indica con su mirada.

Ella quiere que podamos participar de su misma bienaventuranza por haber creído como ella (cf. Lc 1, 45), por haber escuchado y cumplido la palabra y la voluntad del Señor (cf. Lc 8, 21). ¡Escuchar y vivir la Palabra! He aquí el secreto de una devoción a la Virgen que nos permite participar plenamente de su amor maternal, hasta que Ella pueda formar, en cada uno de nosotros, a Cristo.

Por eso hemos de rechazar todo lo que es contrario al Evangelio: el odio, la violencia, las injusticias, la falta de trabajo, la imposición de ideologías que rebajan la dignidad del hombre y de la mujer; y hemos de fomentar todo lo que es según la voluntad del Padre que está en los cielos: la caridad, la ayuda mutua, la educación en la fe, la cultura, la promoción de los más pobres, el respeto

de todos, especialmente de los más necesitados, de los que más sufren, de los marginados. Porque no se puede invocar a la Virgen como Madre despreciando o maltratando a sus hijos.

La Virgen por su parte, fiel a la palabra del testamento del Señor, os asegura siempre su afecto maternal, su intercesión poderosa, su presencia en todas vuestras necesidades, su aliento en las dificultades. Ella, la "pobre del Señor" (cf. Lumen gentium, 55) está cerca de los más pobres, de los que más sufren, sosteniéndolos y confortándolos con su ejemplo.

6. María es Modelo. Modelo ante todo de esas virtudes teologales que son características del cristiano: la fe, la esperanza y el amor. Modelo de esa fiel perseverancia en el Evangelio que nos permite recorrer con ella "la peregrinación de la fe" (Ib., 58). Modelo de una entrega apostólica que nos permite cooperar en la extensión del Evangelio y en el crecimiento de la Iglesia (Ib., 65). Modelo de una vida comprometida con Dios y con los hombres, con los designios de salvación y con la fidelidad a su pueblo.

Invocándola con las palabras del ángel y recorriendo en el rezo del santo rosario su vida evangélica, tendréis siempre ante vuestros ojos el perfecto modelo del cristiano.

"He aquí a tu Madre". El Papa peregrino os repite la palabra de Jesús. Acogedla en vuestra casa; aceptadla como Madre y Modelo. Ella os enseñará los senderos del Evangelio. Os hará conocer a Cristo y amar a la Iglesia; os mostrará el camino de la vida; os alentará en vuestras dificultades. En ella encuentra siempre la Iglesia y el cristiano un motivo de consuelo y de esperanza, porque "ella precede con su luz al Pueblo de Dios peregrino en esta tierra, como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor" (Ib., 68).

Con esta esperanza, como signo de compromiso filial por parte de todos y como manifestación de la confianza que hemos depositado en María, Madre y Modelo, quiero dirigir a la Virgen nuestra Señora esta plegaria de ofrecimiento de todos los pueblos de América Central que he visitado en mi viaje apostólico:

*Ave, llena de gracia, bendita entre las mujeres,
Madre de Dios y Madre nuestra,
Santa Virgen María.
Peregrino por los países de América Central,
llego a este santuario de Suyapa para poner bajo tu amparo
a todos los hijos de estas naciones hermanas,
renovando la confesión de nuestra fe,*

ALABADO SEA JESUCRISTO

*la esperanza ilimitada que hemos puesto en tu protección,
 el amor filial hacia ti, que Cristo mismo nos ha mandado.
 Creemos que eres la Madre de Cristo, Dios hecho hombre,
 y la Madre de los discípulos de Jesús.
 Esperamos poseer contigo la bienaventuranza eterna
 de la que eres prenda y anticipación en tu Asunción gloriosa.
 Te amamos porque eres Madre misericordiosa,
 siempre compasiva y clemente, llena de piedad.
 Te encomiendo todos los países de esta área geográfica.
 Haz que conserven, como el tesoro más precioso,
 la fe en Jesucristo, el amor a ti, la fidelidad a la Iglesia.
 Ayúdales a conseguir, por caminos pacíficos,
 el cese de tantas injusticias, el compromiso en favor del que más sufre,
 el respeto y promoción de la dignidad humana y espiritual de todos sus hijos.
 Tú que eres la Madre de la paz,
 haz que cesen las luchas, que acaben para siempre los odios,
 que no se reiteren las muertes violentas.
 Tú que eres Madre, enjuga las lágrimas de los que lloran,
 de los que han perdido a sus seres queridos, de los exiliados y lejanos de su hogar;
 haz que quienes pueden, procuren el pan de cada día, la cultura, el trabajo digno.
 Bendice a los Pastores de la Iglesia, a los sacerdotes, a los
 diáconos, a los religiosos y religiosas, a los seminaristas, catequistas,
 laicos apóstoles y delegados de la Palabra.
 Que con su testimonio de fe y de amor sean constructores
 de esa Iglesia de la que tú eres Madre.
 Bendice a las familias, para que sean hogares cristianos
 donde se respete la vida que nace, la fidelidad del matrimonio,
 la educación integral de los hijos, abierta a la consagración a Dios.
 Te encomiendo los valores de los jóvenes de estos pueblos;
 haz que encuentren en Cristo el modelo de entrega generosa a los demás;
 fomenta en sus corazones el deseo de una consagración total
 al servicio del Evangelio.
 En este Año Santo de la Redención que vamos a celebrar,
 concede a todos los que se han alejado, el don de la conversión;
 y a todos los hijos de la Iglesia, la gracia de la reconciliación;
 con frutos de justicia, de hermandad, de solidaridad.
 Al renovar nuestra entrega de amor a ti, Madre y Modelo,
 queremos comprometernos, como tú te comprometiste con Dios,
 a ser fieles a la Palabra que da la vida.
 Queremos pasar del pecado a la gracia,
 de la esclavitud a la verdadera libertad en Cristo,
 de la injusticia que margina a la justicia que dignifica,
 de la insensibilidad a la solidaridad con quien más sufre,
 del odio al amor,
 de la guerra que tanta destrucción ha sembrado,
 a una paz que renueve y haga florecer vuestras tierras.
 Señora de América, Virgen pobre y sencilla,
 Madre amable y bondadosa,
 tú que eres motivo de esperanza y de consuelo,*

ALABADO SEA JESUCRISTO

*ven con nosotros a caminar,
para que juntos alcancemos la libertad verdadera
en el Espíritu que te cubrió con su sombra;
en Cristo que nació de tus entrañas maternas;
en el Padre que te amó y te eligió
como primicia de la nueva humanidad.
Amén."*

A las 13:00 P.M. terminada la Santa Misa se dirige a la Sede de la Nunciatura Apostólica de Tegucigalpa para el almuerzo y un breve reposo.

A las 16:05 P.M. sale de la Sede de la Nunciatura Apostólica rumbo a la residencia presidencial donde a las 16:10 P.M. se encuentra con el Presidente y después de una conversación privada recibe la presentación de personalidades in-

vitadas. Le acompañan el Cardenal Casaroli, el Sustituto de la Secretaría de Estado y el Nuncio Apostólico.

A las 16:35 P.M. sale de la casa presidencial hacia el aeropuerto de Toncontín, de donde parte al aeropuerto "Villeda Morales" de la Ceiba-San Pedro Sula a donde llega después de casi media hora de vuelo; celebra en dicho lugar una liturgia de la palabra donde pronuncia la siguiente homilía.



A los delegados de la palabra y Catequistas

"Amados hermanos en el Episcopado,
queridos hermanos y hermanas:

1. Llegue ante todo mi saludo cordial al Obispo y Pastor de la diócesis, así como a todos los miembros de esta familia eclesial diocesana, en especial a los obreros de San Pedro Sula y de todo el país.

Es un verdadero gozo para mí orar juntos y partir el pan de la Palabra de Dios con vosotros, a quienes ha sido confiada la misión de predicar esa Palabra y de coordinar las celebraciones en las que ella es proclamada.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Al hacerlo, soy consciente de poner en práctica, en esta querida nación de Honduras, el ministerio que el Señor confió a Pedro (cf. Lc 22, 32) de “confirmar a sus hermanos”, de manera particular mediante la predicación de la Palabra de Dios. Por esto precisamente el Papa emprende sus viajes apostólicos: a fin de llevar a los hijos de la Iglesia en todas partes, y a todos los hombres de buena voluntad, la semilla de esa Palabra.

Ved pues cómo al ejercer vuestro ministerio en el ámbito de vuestras respectivas comunidades cristianas, cooperáis con el Papa y los Obispos que os han delegado, lo mismo que con los presbíteros, en la evangelización; y lo hacéis desde vuestro carácter y condición de laicos.

2. Quisiera que meditáramos juntos unos momentos sobre la función del predicador de la Palabra y del catequista, tal como el Señor la ha delineado en la parábola que acabamos de oír y en la explicación que la acompaña en el mismo Evangelio.

Hay un “sembrador” que “siembra la Palabra” (Mc 4, 14). El primer “sembrador” es sin duda el mismo Jesús, que ejerció este ministerio a lo largo de su vida pública; ministerio que El mismo presentó ante Pilatos (cf. Jn 18, 37) como “dar testimonio de la verdad”; la verdad que es en primer término el mismo Jesucristo (cf. Jn 14, 7) y su Padre celestial (Ib., 17, 3).

Esta Palabra así predicada por El, si la recibimos bien, tiene poder para salvarnos; según enseña el pasaje del profeta Isaías que también ha sido leído (Is 55, 10-11) y del cual se hace eco el Nuevo Testamento (cf. vgr. Sant 1, 21).

Ahora bien, esta Palabra y este testimonio continúan resonando en la tierra, después de la ascensión del Señor a los cielos, por obra de los Apóstoles que él instituyó y mandó a predicar a “toda creatura” (cf. Mc 16, 15); por obra de los sucesores de los Apóstoles y también de toda la Iglesia.

Esta es, en efecto, la gloria y la responsabilidad de la Iglesia: proclamar la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesucristo, a todos los hombres de los cuales es “deudora”, como decía de sí mismo el Apóstol Pablo (cf. Rom 1, 14). Por eso el Papa Pablo VI, recogiendo la rica mies dejada por el Sínodo de los Obispos de 1974, publicó esa hermosa descripción de la misión evangelizadora de la Iglesia en el documento que empieza con las palabras “Evangelii nuntiandi”. Estoy seguro que lo conocéis y lo estudiáis en vuestras reuniones de formación.

3. Pero ¿Qué pasa cuando la escasez de presbíteros y diáconos no permite que ese ministerio de la evangelización de la Palabra llegue a todas partes? ¿La gente se verá privada del pan de la Palabra, como se ve privada del

Cuerpo de Cristo en la Eucaristía?

Es una gran cosa, muy conforme con la tradición de la Iglesia, que vuestros Obispos hayan resuelto — recogiendo y evaluando laudables iniciativas — delegar especialmente a quienes, como vosotros, bien dispuestos, bien preparados y profundamente conscientes de la tarea que asumen, se ofrecen a responder a este llamado de servir a sus hermanos.

Sed pues coherentes con vosotros mismos y con el compromiso asumido. Y preparaos cada vez mejor para cumplir bien vuestro importante y delicado cometido eclesial. Es necesario dejarse penetrar por la enseñanza del Evangelio y de la Iglesia, por la auténtica verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre.

Mi exhortación “Catechesi tradendae” puede servir también de guía en esta tarea. Porque os hará falta una actualización constante que perfeccione la preparación, corrija eventuales fallos y os mantenga siempre fieles a la genuina doctrina de la Iglesia; y que a la vez os evite cualquier riesgo de caer en instrumentalizaciones políticas o radicalizaciones, que pudieran comprometer el fruto de vuestra noble misión.

No dejéis de indicar prudente y sabiamente las implicaciones y aplicaciones sociales de la palabra que predicáis. Y para evitar peligros que puedan surgir, manteneos siempre en estrecha comunión con vuestros Obispos.

“El sembrador siembra la palabra”, nos dice el Evangelio de Marcos. No lo hace en nombre propio, ni para crear una comunidad que no esté plenamente integrada en la Iglesia local de la que forma parte. Lo hace en nombre de la Iglesia, como colaborador del Obispo y en lugar de los sacerdotes y diáconos, aunque sin poder asumir todas sus funciones. Lo hace también para ayudar a crear e incrementar la Iglesia en cada comunidad local, de manera que haya “un solo rebaño” bajo “un solo pastor”, Jesucristo (cf. Jn 10, 16).

Todo predicador ha de recordar siempre que la palabra que predicamos no es nuestra. No nos predicamos a “nosotros mismos” sino “a Jesucristo” y éste “crucificado” (cf. I Cor 1, 23). El mismo Cristo, primer sembrador, y la Iglesia nos confían la Palabra que hemos de proclamar. La encontramos en la Sagrada Escritura leída a la luz de la constante tradición de la Iglesia.

Sea pues la Biblia, la Palabra de Dios, vuestra lectura continua, vuestro estudio y vuestra oración; en la Liturgia y fuera de ella, como ha enseñado el último Concilio. Pero leedla siempre según la correcta interpretación hecha por las legítimas Autoridades de la Iglesia.

ALABADO SEA JESUCRISTO

En virtud de la misión recibida, vosotros debéis ayudar a los miembros de vuestras comunidades a aceptar y profundizar su conocimiento de la fe, su amor y adhesión a la Iglesia; y a la vez les habéis de enseñar a practicar sus devociones tradicionales con verdadero sentido de lo que significan en el contexto de la vida cristiana. Sed pues conscientes de vuestra responsabilidad y alta misión.

4. Los peligros que asaltan a los oyentes de la Palabra y que están descritos en la explicación de la parábola que comentamos, os acechan también a vosotros: el demonio que viene y se la lleva, la inconstancia y debilidad ante las exigencias de la Palabra, o la persecución "a causa de ella", "las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias" (cf. Mc 4, 15-20). Para que podáis ayudar a vuestros oyentes a superarlos, primero debéis superarlos en vosotros. Esto constituye una tarea exigente, hecha de oración, de recurso a los sacramentos, de reflexión profunda y perseverante, de amor a la cruz y a la Iglesia.

Vuestra predicación vale mucho, sin duda. Es testimonio que dáis a la verdad con vuestros labios. Pero a fin de que seáis testigos creíbles, vuestra vida ha de ser coherente con vuestras palabras. Por ello vuestra conducta ha de reflejar fielmente lo que predicáis. En caso contrario, destruiríais con una mano lo que construís con la otra. Esto significa que vuestra vida de familia, de padres, de esposos, de hijos, de ciudadanos; vuestra fidelidad al deber de solidaridad con los pobres y oprimidos; vuestra ejemplar caridad, vuestra honradez, son como exigencias ineludibles de vuestra vocación de Delegados de la Palabra.

Hemos oído en la lectura del profeta Isaías que la Palabra de Dios, "como la lluvia y la nieve de los cielos" no tornará a él vacía, "sino que realizará" lo que me plugo y cumplirá "aquello a que ha sido enviada" por Dios mismo (cf. Is 55, 11).

Es la eficacia de la Palabra de Dios que, como decíamos al principio, con una referencia a la carta de Santiago (1, 21), "puede salvar vuestras almas".

Creemos firmemente en esta eficacia de la Palabra

divina, que creó el mundo al principio (cf. Gen 1, 3 ss; Jn 1, 1-3) y que, cuando vino la plenitud de los tiempos (cf. Gal 4, 4), se "hizo carne" en el seno virginal de María (cf. Jn 1, 14), a fin de que todos recibiéramos la plenitud de "la gracia y la verdad" (Ib. 16, 17), es decir, fuéramos salvados por ella.

5. Recordemos que esa eficacia se realiza sobre todo en la Eucaristía, de la que la celebración de la Palabra es parte integrante, porque a ella prepara y en ella encuentra su consumación.

Vosotros, Delegados de la Palabra, responsables de las celebraciones que la tienen por centro y Catequistas, dejaos poseer y transformar por ella, recibiendo frecuentemente, cuando os sea posible, el Cuerpo y la Sangre del Señor. No olvidéis que vuestro ministerio nunca puede perder de vista esta finalidad: la orientación a la celebración de la Eucaristía por los ministros debidamente ordenados.

Quién sabe si un día no surgirán de entre vosotros mismos quienes, teniendo los requisitos establecidos por la Iglesia, se prepararán para el ministerio sacerdotal, culminando así la obra que habéis comenzado "en Cristo Jesús" (cf. Fil 1, 6). Porque la obra de la evangelización no se realiza plenamente sino cuando el pueblo cristiano, convocado y presidido por sus Obispos y sacerdotes, celebra juntamente la muerte y la resurrección del Señor en la Eucaristía (cf. *Presbyterorum ordinis*, 4). Entonces y sólo entonces ese pueblo es verdadera y plenamente Iglesia.

6. Queridos hermanos: La Virgen Santísima "guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón" (cf. Lc 2, 19-21). Ella como nadie "oye la Palabra de Dios y la cumple" (cf. Ib. 8, 21; 11-27), según respondió el mismo Señor a quien alababa su maternidad física (cf. Ib.).

Imitad su ejemplo y poneos bajo su protección, a fin de ser verdaderos Delegados de la Palabra y Catequistas, es decir, oyentes y cumplidores fieles de la misma, para poder predicarla fructuosamente a los demás.

Que Ella os aliente en ese camino, como yo también os animo, a la vez que os bendigo de corazón. Así sea."

Una vez terminada la Liturgia de la Palabra y antes de dar la bendición Apostólica, el Santo Padre entrega a tres repre-

sentantes del mundo obrero el siguiente mensaje escrito dirigido a todos los trabajadores de América Central.

ALABADO SEA JESUCRISTO



Al Mundo Obrero de Centroamérica

“Queridos obreros:

1. En el marco de mi viaje apostólico por tierras del área geográfica centroamericana, envío a vosotros, obreros y obreras de los diversos Países, un cordial recuerdo y saludo, que extiendo a vuestras familias.

Es verdad que esta zona del mundo presenta características prevalentemente rurales. Sin embargo, la industrialización todavía incipiente, que vuestros pueblos están llamados a lograr en mayor grado, en un futuro no lejano, me hace pensar en el importante papel que tendréis como constructores de la sociedad en vuestras naciones.

Deseo por ello compartir con vosotros algunas reflexiones sobre vuestro trabajo y dignidad a la luz de la enseñanza social de la Iglesia.

2. Si debe respetarse la dignidad de todo trabajador y debe garantizarse el valor de su trabajo, todos los que están comprometidos en los procesos laborales habrán de convenir en la prioridad del trabajo sobre el capital como camino hacia el desarrollo industrial de estas Naciones (cf. *Laborem exercens*, 12).

Ninguna ignora que muchas de las condiciones actualmente existentes son injustas; que las estructuras económicas no sirven al hombre; que tantas situaciones reales no elevan la dignidad humana; que la naciente industrialización crea ya un cierto grado de desempleo, particularmente dañoso para la juventud. La tarea que se impone es la de afrontar honestamente la complejidad de estos problemas en el plano económico social, pero más aún en el plano humano y cultural.

Al proponer estos objetivos no se quiere simplemente acusar a un sistema, ni efectuar una especie de análisis de clase que contraponga una ideología a otra. La Iglesia habla partiendo de una visión cristiana del hombre y de su dignidad. Porque está convencida de que no hay necesidad de recurrir a ideologías o proponer soluciones violentas, sino comprometerse en favor del hombre, de cada hombre y de todos los hombres, de su dignidad integral, partiendo del Evangelio. Asumiendo para ello el valor humano y espiritual del hombre en cuanto trabajador, que tiene derecho a que el producto de su trabajo contribuya equitativamente a su propio bienestar y al bienestar común de la sociedad.

Es cierto que el trabajador no siempre ha tenido la

ALABADO SEA JESUCRISTO

oportunidad de llegar a un suficiente desarrollo; por eso debe ser ayudado, técnica y culturalmente, a capacitarse para lograrlo, a fin de liberarlo de las injusticias y darle los medios para conseguir esta contribución al bienestar propio y ajeno, en armonía y paz con los otros sectores del mundo del trabajo.

3. Para que ello pueda obtenerse progresivamente habrá que desarrollar los sistemas y procesos que están de acuerdo con el principio de la prioridad del trabajo sobre el capital, implantando estructuras y métodos que superen la contraposición entre trabajo y capital (cf. *Laborem exercens*, 13).

La opción que se pone ante nosotros no es la del status quo o la lucha ideológica de clase, con su correspondiente violencia. La Iglesia se dirige a los corazones y a las mentes, y sobre todo a la capacidad de cambio que existe en todos. El modo de acabar con la violencia de la oposición de clases, no es ignorar las injusticias, sino corregirlas, como la Iglesia reclama insistentemente en su enseñanza social.

Por eso ella propone como medio el estudio de nuevos modos de organización del trabajo y de las estructuras referentes al trabajo, según las exigencias que emergen de la dignidad del trabajador, de su vida en familia y del bien común de la sociedad; sobre todo en una sociedad que comienza a industrializarse, y donde puede ser fuerte la tentación de dejar que las fuerzas del mercado sean el factor determinante en el proceso productivo. En tal caso se llega a una inaceptable reducción de la persona del trabajador a la condición de objeto.

Al contrario, la Iglesia siempre enseña que todo esfuerzo de progreso social debe respetar el carácter prevalentemente subjetivo de la persona y de su trabajo, es decir, "cuando toda persona, basándose en su propio trabajo, tenga pleno título a considerarse al mismo tiempo "copropietario" de esa especie de gran taller de trabajo en el que se compromete con todos" (*Laborem exercens*, 14).

Cada persona y las distintas organizaciones de la sociedad deben colaborar a encontrar o crear estructuras sociales que ayuden a eliminar injusticias y asegurar estos objetivos. Ante todo las asociaciones o sindicatos constituidos a este fin y que, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, deben gozar de la conveniente libertad de acción, de manera que respondan lo más adecuadamente posible a las necesidades de la sociedad.

4. En lo laboral, la primera e indispensable condición es el justo salario, que constituye el patrón para medir la justicia de un sistema socio-económico (cf. *Laborem exercens*, 19). Son, sin embargo, varios los elementos que componen el justo salario y que van más allá

de la mera remuneración por un trabajo específico realizado.

El justo salario incluye obviamente esto como base, pero considera en primer lugar y ante todo al sujeto, es decir al trabajador. Lo reconoce como socio y colaborador en el proceso productivo y lo remunera por lo que él es en dicho proceso, además de por lo que ha producido. Ello debe tener en cuenta, naturalmente, a los miembros de su familia y sus derechos, a fin de que puedan vivir de manera digna en la comunidad y así puedan tener las debidas oportunidades para el propio desarrollo y mutua ayuda.

El justo salario tiene que considerar al trabajador y su familia como colaboradores en el bien de la sociedad. Y su salario debe ser tal que el trabajador y su familia puedan disfrutar de los beneficios de la cultura, dándoles también la posibilidad de contribuir por su parte a la elevación de la cultura de la nación y del pueblo.

Llevar esto a cabo no es una tarea fácil. Además no compete sólo a dos personas estipular los relativos contratos. La determinación del justo salario exige también la activa colaboración del empresario indirecto. Las estructuras del gobierno deben tener su parte equilibradora. Porque no es aceptable que el poderoso obtenga grandes ganancias, dejando al trabajador unas migajas. Ni es aceptable que gobierno y empresarios, sean de dentro o de fuera del país, estipulen acuerdos entre sí mismos, beneficiosos para ambos, excluyendo la voz del trabajador en este proceso o su participación en los beneficios.

El objetivo es, por ello, una tal organización del mundo del trabajo y de la industria que los canales de la comunicación y participación estén asegurados. Entonces, utilizando estos canales, todos los trabajadores, dirigentes, propietarios de los medios de producción y gobierno deben colaborar para llegar a la irrenunciable meta de un justo salario, que incluya todos los factores necesarios que garantizan la justicia al trabajador en el sentido más pleno y profundo (cf. *Dives in misericordia*, 14). Solamente cuando cada uno de los componentes asumen su propia responsabilidad, en colaboración con los otros, puede la sociedad ir más allá de polarizaciones de ideología y lucha de clases, para asegurar el crecimiento armónico del trabajador, de la familia y sociedad.

5. Hay otros dos problemas, distintos pero relacionados entre sí, sobre los que querría llamar brevemente la atención. Son los del analfabetismo y del desempleo. Afrontar estos problemas, quiere decir ante todo hacerse conscientes de la situación y movilizar luego los recursos disponibles para extirpar tales males. Significa también mantener dentro de las dimensiones humanas el problema del trabajo, considerando todos los valores culturales y religiosos del hombre.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Un necesario programa de eliminación del analfabetismo deberá conducir a todo ciudadano hacia la cultura, preparándolo para que tenga la oportunidad de participar en la dirección de la sociedad y pueda desplegar sus energías creadoras, para contribuir a la herencia común de su País. Ello redundará en bien de las personas, de la familia y de la sociedad.

Este objetivo deberá estar en la base de cualquier programa de elevación humana, ya que es una de las primeras exigencias de la dignidad del hombre y condición previa para su posterior progreso en cualquier campo.

El problema del desempleo es una lacra de nuestro mundo, debido a diversas causas económicas y políticas. También a la Iglesia preocupa este problema, que tiene un significado no sólo social o económico, sino también personal, psicológico y humano, porque humilla a la persona a sus propios ojos, le provoca un cierto sentimiento de inutilidad e indefensión constituyendo una experiencia dolorosa, sobre todo para los jóvenes y los padres de familia.

Hay que tender con todas las fuerzas sociales dis-

ponibles a integrar a todo trabajador en las diversas actividades del trabajo productivo. Y será quizá oportuno separar una parte de beneficios laborales, para convertirlos en nuevos puestos de trabajo en favor de los desocupados. Además de tratar de promocionar actividades que estén también unidas al sistema productivo, como la asistencia social, los proyectos de educación y cooperación, las iniciativas culturales y otras.

6. Amados obreros: La Iglesia desea para vosotros y quiere ayudaros, en lo que de ella depende, a lograr metas más altas de justicia y dignidad. Desea vuestro bienestar material y el de vuestras familias. Pero no hay que detenerse ahí. Sois seres humanos con vocación que supera la vida terrena. Por eso os alienta a abrir os a Dios, a acoger y seguir la enseñanza y ejemplos de Cristo. A vivir responsablemente vuestra fe cristiana como hijos de Dios y de la Iglesia.

Pido para vosotros la luz, la fortaleza, la esperanza y la valentía de la fe. Y dejo a vosotros, a todos los obreros de los Países que he visitado en estos días y a vuestras familias, mi saludo afectuoso, mi Bendición y mi cordial recuerdo."

A las 19:00 P.M. el Papa regresa al Podium y pronuncia el siguiente discurso ante las autoridades y el pueblo de Honduras.



Despedida de Honduras

"Señor Presidente,
hermanos en el Episcopado y hondureños todos:

Ha llegado el momento de dejar el suelo hondureño para continuar mi viaje apostólico. Descararía haber visitado tantos lugares y personas que no ha podido incluir el programa. Y después de haber vivido con vosotros esta emocionada jornada eclesial, me cuesta tener que marchar.

Me llevo un gratísimo recuerdo de Honduras, por la cordialidad de sus gentes y por su religiosidad, que he apreciado de tantas formas.

Estoy seguro de que la intensa experiencia religiosa de este día, continuará alimentando vuestro camino eclesial en el futuro.

ALABADO SEA JESUCRISTO

No olvidaré los acordes de fe, devoción y esperanza, con que habéis profesado ante la Virgen de Suyapa vuestro propósito de ser una comunidad eclesial, cada vez más viva y fraterna. Confío mucho en la abnegada entrega de los sacerdotes, religiosos y religiosas y en la ferviente actividad de los Delegados de la Palabra y catequistas. Y espero que bajo el impulso de vuestros celosos Obispos, las familias hondureñas sabrán favorecer y ver con gozo la entrega de alguno de sus miembros al servicio de Dios, en el sacerdocio y en la vida religiosa.

Una vez más agradezco al Señor Presidente y a to-

das las Autoridades su benévola acogida, organizada con tanto cuidado. Quedo muy agradecido asimismo a todos los que han contribuido a la preparación y realización de esta inolvidable jornada, y en especial a mis hermanos los Obispos.

Deseo a este noble País un continuo progreso económico, social, cultural, moral y espiritual; para que toda la población pueda vivir en una atmósfera de libertad, de confianza, de justicia y de paz. ¡Dios esté con vosotros y os bendiga, como yo os bendigo de corazón!"

A las 19:50 P.M. el avión despegó rumbo a la ciudad de Guatemala donde aterriza a las 20:30 P.M., dirigiéndose un cuarto de hora después a la Sede de la Nunciatura donde pasará la noche.

Inmediatamente después de despegar del aeropuerto de San Pedro Sula, dirige al Presidente de la República de Honduras

el siguiente telegrama.

"Excmo. Señor Roberto Suazo Córdova
Presidente de Honduras
TEGUCIGALPA

En el momento en que estoy para dejar el espacio aéreo hondureño al final de mi visita apostólica, mi afectuoso recuerdo vuelve al querido pueblo de Honduras

con el que he vivido tan memorable jornada en Tegucigalpa y San Pedro Sula. Al reiterar por ello mi sincera gratitud a usted, señor presidente, y a todos los amadísimos hijos de ese noble país, suplico al Altísimo que derrame sobre el abundantes dones de paz, concordia y progreso material y espiritual, en prenda de los cuales reitero mi cordial bendición.

Ioannes Paulus PP, II"

Miércoles, Marzo 9 de 1983

A las 6:20 A.M. el Santo Padre sale definitivamente de la Sede de la Nunciatura Apostólica de la ciudad de Guatemala hacia el aeropuerto "La Aurora" de donde partirá a la ciudad de Belice, penúltimo país de su viaje apostólico en el área geográfica de Centroamérica.

Llega al aeropuerto a las 6:34 A.M. En la ceremonia de despedida están presentes el Jefe de Estado, quien pronuncia unas palabras de agradecimiento, altas autoridades y el Episcopado del país con el Nuncio Apostólico.

El Santo Padre pronuncia el siguiente discurso.

ALABADO SEA JESUCRISTO



Despedida de Guatemala

“Señor Presidente,
hermanos en el Episcopado,
y guatemaltecos todos:

Está a punto de concluir mi visita apostólica a América Central, iniciada hace una semana.

En estos últimos días he podido encontrar algunas veces al querido pueblo de Guatemala, no sólo durante las celebraciones litúrgicas o reuniones de carácter religioso, sino en tantos otros lugares de mi recorrido por vuestras avenidas y plazas. También al dirigirme o regresar de la visita a otros países cercanos.

Han sido ocasiones en las que he podido descubrir en vuestros rostros y actitudes ese calor humano, sincero y cordial, abierto y hospitalario, que denota la finura de sentimientos del alma guatemalteca. Pero he sentido sobre todo el latido de fe que aleteaba en vuestro espíritu y en vuestras manifestaciones externas; era la profunda sintonía con quien tanto representa para el pueblo cristiano en el orden religioso: con el Papa, Sucesor de San Pedro y Vicario de Cristo, que por vez primera venía a veros para alentarnos en vuestra vida cristiana.

Si fuerte ha sido esta percepción durante mi permanencia en la capital de la Nación, no ha sido menos viva en el tiempo transcurrido en Quezaltenango con los indígenas y catequistas. Por eso, en lo profundo de mi espíritu quedará el recuerdo agradabilísimo de todos los hijos de Guatemala — tanto los ladinos como los indígenas — sobre quienes continuaré implorando en la plegaria los dones de la fraternidad, de la justicia, de la paz, hecha de mutuo respeto y colaboración, con idéntica dignidad; sea en la vida religiosa, sea en la convivencia civil, en el trabajo o en la justa inserción de todos en los diversos ambientes sociales.

A los queridos hermanos en el Episcopado, a los amados sacerdotes, religiosas, catequistas y laicos comprometidos en la actividad eclesial, así como a los religiosos — con quienes he tenido en Guatemala un muy grato encuentro — confío de nuevo mi mensaje de fe, de paz, de promoción y convivencia, para que la semilla sembrada produzca abundantes frutos.

Doy gracias a Dios por el tiempo que he podido transcurrir entre vosotros como alentador de la reconciliación. Y mi gratitud se extiende asimismo, con profun-

ALABADO SEA JESUCRISTO

da sinceridad, a cuantos me han acogido tan cordialmente y han colaborado con entusiasmo para el buen resultado de la visita. Ante todo al Señor Presidente de la Nación, a quien va mi deferente reconocimiento; a las Autoridades, entidades diversas y a tantas personas. A todos, mi reiterado agradecimiento.

Pero al dejar la tierra guatemalteca, no puedo menos de levantar mi pensamiento también hacia los Países de América Central que he visitado en los pasados días. ¡Cuántos recuerdos acuden a mi mente al remontar las etapas de mi viaje en Honduras, El Salvador, Panamá, Nicaragua y Costa Rica! Nombres que se asocian a los de Belice y Haití que visitaré hoy.

Son Patrias de pueblos admirables, que quieren conservar su secular identidad cristiana y vivir en un clima de justicia y de paz. Pueblos cuyo sufrimiento he percibido de modo tan claro.

No podía traerles la solución hecha, ante proble-

mas complejos que escapan a la capacidad de la Iglesia. Pero me he acercado a ellos con respeto y cariño, con una palabra que diera voz, ante el mundo, a sus sufrimientos callados y a veces olvidados; con una palabra de invitación al cambio de actitudes interiores, que hagan embocar el camino hacia la paz en la justicia y dignidad; con una palabra de aliento y esperanza, que aún puede reverdecer en corazones asolados por el dolor y la violencia.

Al despedirme y reiterar mi afectuosa bendición a cada pueblo y persona de estos Países, pido al Altísimo que suscite nuevas energías de buena voluntad; que haga cesar finalmente el rumor de la guerra; que mueva los corazones por caminos de justicia; que bendiga a cuantos trabajan honestamente por el bien, a cuantos ayudan a los que sufren, a quienes acogen y dan una mano fraterna a los exiliados o desplazados; a quienes, de cualquier forma, enjugan — humanitaria y cristianamente — el rostro dolorido del hombre centroamericano, que es el rostro de Cristo. Así sea.”

A las 7:25 A.M. despegó el Boeing 737 de TACA rumbo al aeropuerto Internacional de Belice.

Inmediatamente después de despegar del aeropuerto “La Aurora”, el Santo Padre dirige al Presidente guatemalteco el siguiente telegrama.

“Excmo. Señor Efraín Ríos Montt
Presidente de Guatemala

GUATEMALA

Al dejar el espacio aéreo de Guatemala al final de mi viaje apostólico a esta amada nación, deseo expresar a vuestra excelencia y al querido pueblo guatemalteco mi viva gratitud por la cordial acogida

que me han dispensado y por las muestras de auténtica fe y entusiasmo religioso de que ha dado elocuente ejemplo esa comunidad cristiana que recordaré con afecto imborrable y a la que reitero mi bendición apostólica, prenda de paz y reconciliación duradera.

Belice

A las 7:55 A.M. el Santo Padre aterriza en el aeropuerto internacional de Belice.

Después de besar el suelo del país, lo reciben las supremas autoridades civiles y militares, el Delegado Apostólico para las Antillas, Arzobispo Paolo Tabet, el Obispo de Belice Monseñor Robert Luis Hodapp con el Auxiliar, los representantes de las Iglesias cristianas no católicas presentes en Belice y una multitud de personas.

Cerca de las 8:30 A.M. da inicio a la celebración de la Santa Misa por la Unidad de los Cristianos. Le acompañan en la celebración el Cardenal Casaroli, Monseñor Martínez Somalo, Monseñor Martín, el Delegado Apostólico, el Obispo de Belice con el Auxiliar, dos sacerdotes del país, uno secular y el otro religioso.

Inicia la ceremonia el Obispo de Belice, Monseñor Robert Luis Hodapp; el Santo Padre pronuncia la siguiente homilía.

ALABADO SEA JESUCRISTO



La Unidad de las Iglesias Cristianas

“Dear brothers and sisters in Christ,

1. It is a great joy for me to be able to spend some time together with you, in Belize, at the end of my apostolic journey to Central America, before I go on to Haiti. I am pleased that my visit takes place on a day that is particularly significant for you.

It is my privilege, but also my duty, as Successor of the Apostle Peter and Pastor of the universal Church to “impart to you some spiritual gift to strengthen you . . . that we may be mutually encouraged by each other’s faith” (Rom 1:11-12). This is indeed an hour of faith for all of us. As I greet the authorities of this land, I wish to express my closeness to all of you. I embrace, in the charity of Christ, the young and the old, the Christian families, and all those who work and suffer and pray for the coming of God’s Kingdom on earth. To my brother Bishops and priests and to all the Religious I offer the expression of my special gratitude for your partnership in the Gospel.

2. You have perhaps heard that, in different places in Central America, during my mission, I have insisted

on the theme of unity, the unity of the local Church, united with its Bishop, and with the other local Churches, in the unity of the universal Church. Today, I would like to consider with you and for you another aspect of the same major theme of unity, namely the unity to which the various Churches and ecclesial communities are called, in the supreme, organic unity of the one Church of Christ.

This, as you know, is what we call ecumenism, and you also know well that the Second Vatican Council made ecumenism and the ecumenical task one of its major concerns. Indeed, it has published a whole document on the subject of the restoration of unity. And I myself have repeated, since the time I was elected Pope, that one of the first and major tasks of my pontificate is this restoration of unity among all Christians. For this reason, it has been, since the beginning, an important part of the programme of my journey as a pilgrim, to take up the subject of Christian unity and to meet with representatives of other Churches and ecclesial communities. So it was in Germany, the United States of America, Great Britain, and elsewhere. So it is now here in Belize.

ALABADO SEA JESUCRISTO

I wish, therefore, to greet with brotherly affection in Christ Jesus all the leaders and members of the Christian Churches and ecclesial communities present in Belize, in particular the Anglican and Methodist communities here. All of you, dear brothers and sisters, together with the members of the Catholic Church must work and pray so that the unity which Christ desires for his followers will be fully realized in truth and charity. Meanwhile, fraternal and sincere collaboration in Christian service will be a sure sign of true discipleship:

We have all heard, in the reading of the Gospel just proclaimed, the repeated references to unity among his disciples, which our Lord wished to express in this solemn prayer to his Father, just before he faced condemnation and death on the Cross. Unity is not a passing reference: it is a Central concern of Christ's prayer. It comes back again and again in the section we have read. This insistence is very revealing. It manifests to us how deeply and intensely the Lord felt about his disciples being one. The unity of all Christians is therefore not something marginal or indifferent, which can be dispensed with. On the contrary, it is the will of Christ.

Secondly, the very fact that the Lord prays to his Father for the gift of unity in this decisive moment of his life should impress on us the dangers, to such unity, on the part of shortsighted, self-seeking and impassioned men and women, tempted moreover by the Devil, the father of division. It should also impress on us the great responsibility of us all to work for the restoration of unity when unity has been broken, as has sadly happened many times during the past two millennia.

The Lord then, as he approached his own sacrificial death, which he suffered "to gather into one the children of God who are scattered abroad" (Jn 11:52), foresaw the tragedy and scandal of division among Christians, and by the same token he taught us that unity is not to be dismissed as impossible or unnecessary and that division is not to be accepted as a necessary evil. No, it is his will and the content of his prayer that we "be one", as he and the Father "are one" (Jn 17:22; cf. 10:30).

4. Thus, we have learned that, when we engage in work for Christian unity, we are accomplishing the will of our Lord. Moreover, we have learned that prayer through, with and in Christ is the main source of this unity. Since prayer for Christian unity, and, if possible, common prayer for Christian unity, is an essential element of our ecumenical work, let us then be faithful to this prayer.

Prayer cannot be what it should be without what the Second Vatican Council calls a change of heart (*Unitatis Redintegratio*, 7). Another name for this is "conversion"

which as we know was the substance of our Lord's first preaching. All of us need conversion, or a change of heart, precisely in order to enter fully into Christ's thoughts and intentions when he prays for unity. We need to be convinced of the importance of the cause of Christian unity, with all that this implies in the fields of fraternal relations, mutual esteem, collaboration, dialogue, and common witness, study and prayer.

5. This however is not all. The Decree on Ecumenism speaks also about holiness of life (*Unitatis Redintegratio*, 8). And, indeed, if we pay careful attention to what our Lord, in his priestly prayer, presents as the ultimate model of Christian unity, we cannot but be convinced that unity depends on holiness. Because he prays "that they may all be one, even as thou, Father, art in me and I in thee, that they also may be one in us" (Jn 17:21). And again: "that they may be one even as we are one" (v. 22). The reading from the Letter to the Ephesians also puts Christian unity at the same lofty level when it says: "I . . . a prisoner for the Lord, beg you to lead a life worthy of the calling to which you have been called. . . eager to maintain the unity of the Spirit in the bond of peace" (Eph 4:1,3).

Yes, dear brethren, nothing short of the unity of the Holy Trinity in itself and our unity with the Holy Trinity can bring about full unity among Christians. When we strive for this perfect communion among all Churches and ecclesial communities, this is what we mean: unity shaped, modelled on, and given to us by the Holy Trinity. Let us remember that unity and holiness in the Church go together. When we strive, then, to be good Christians, and true Christians, unity among us should be one of our main goals.

6. It is in such a context of Christian life and Christian commitment that the whole ecumenical task should be placed. By this I understand what is called "growing together", that is the set of relations which should exist and grow between Christians living together in the same neighbourhood, and facing together the same world, in which they are called to serve their fellowman and the good of society. By this I understand also the dialogue between our Church and other Churches and ecclesial communities, now being held at different levels.

But, again, all these means and instruments of the ecumenical task should flow from the deep source of our Christian vocations, which is founded on the word of God and the Sacrament of Baptism, and finds expression in the common profession of the ancient Creeds of the Church and in the Lord's prayer to his Father for unity among his disciples. And this unity is indeed modelled on the unity of the Most Holy Trinity.

This is true ecumenism and these are the true

ALABADO SEA JESUCRISTO

marks of the ecumenical movement. Ecumenism is not meant to serve any merely human goals, including political aims of any kind. Ecumenism is not compatible with the blurring of confessional boundaries by the watering down of the content of the faith we have received from the Apostles, or by the indiscriminate admission of the faithful of another ecclesial community with an aggressive proselytism that disturbs and hurts – sometimes even with unworthy procedures – the decree of unity which an ecclesial community already possesses. Ecumenism is an evangelical task and it has to be understood and put into practice only with an evangelical inspiration and with means true to the Gospel that we have all received from Christ.

7. My dear brothers and sisters in Christ, this is the message I am happy to leave to you in Belize. I know that you receive it with an open heart. I pray that you may be given from on high the gift of a still deeper

commitment to the cause of holy unity. And I ask you to pray together with me that we may be finally blessed with the gift of perfect unity “so that the world may believe” (cf. Jn 17, 21). Let us ask this for the glory of the Most Holy Trinity – Father, Son and Holy Spirit – through Jesus Christ our one Mediator, our one Saviour, our one Lord. Amen.

Antes de concluir, quiero saludar con afecto y alentar en su fe cristiana a todos los hermanos de lengua española que han querido venir aquí para ver al Papa, procedentes de los Países cercanos.

Me es particularmente grata la presencia de los Obispos de la Región pastoral del Sureste de México, acompañados de numerosos fieles. En vosotros, queridos hermanos, saludo también a todos los habitantes de vuestro País, cuya imborrable visita recuerdo siempre con tanto agrado.”

Terminada la celebración de la Santa Misa, el Santo Padre pronuncia las siguientes palabras de despedida y agradecimiento.



Despedida de Belice

“Your Excellency the Governor–General
my brother Bishops,
Dear friends, Dear citizens of Belize.

1. I praise the divine providence that has brought me to Belize! I give thanks to God for this opportunity to be in your midst today; for this opportunity to speak to you about God’s love, his peace, his commandment of fraternal charity; and for this opportunity to proclaim God’s design for a world where justice, freedom and mutual respect are the authentic expression of a civilization of love.

I am grateful to the authorities of this land for the invitation to come among you, and I am grateful to all of you, the people, for your manifestation of good will in my regard and for your wonderful welcome.

2; As a new nation in this part of the world, you rightfully place great emphasis on unity. Indeed, it is

ALABADO SEA JESUCRISTO

only by working together in close harmony that you will fulfil your destiny, build a lasting society and prepare a peaceful future for your children and your children's children. And today you have a right to have your hopes confirmed and all your worthy efforts and resolutions blessed.

3. As Pastor of the universal Church, I have come to visit the Catholic faithful of Belize and to encourage them to live their Christian lives according to the Gospel of our Lord and Saviour Jesus Christ. I commend them all to the loving protection of the Mother of Jesus, under her well-beloved title of Our Lady of Guadalupe. But I

have also come to proclaim to everyone the love of God. I have come to proclaim the dignity of the human person, and the hope that fills the world when brothers and sisters of all beliefs and ethnic races backgrounds live according to then patteeg so clearly and forcefully laid down by Jesus Christ when he said: "Treat others the way you would have them treat you" (Mt 7:12).

With profound respect, with friendship and with love, I ask the Lord to guide the destinies of this land, so that life in all its aspects "may conform ever more to man's surpassing dignity and be rendered more human" (cf. Redemptor Hominis, 13). God bless Belize!"

A las 10:00 A.M. el avión despega hacia el aeropuerto "La Aurora" de la ciudad de Guatemala, de donde proseguirá, en el DC 10 de Alitalia "Dante Alighieri", a Haití, último país de su viaje pastoral.

Inmediatamente después de despegar del aeropuerto internacional de Belice, el Santo Padre dirige al Gobernador General de ese país, el siguiente telegrama.

**"Her Excellency Dr. Minita Alvira
Gordon**

Governor—General of Belize

On leaving Belize I assure you of my heartfelt gratitude for the warm welcome extended to me and I pray that God will bless Your Excellency and the people of your country with his deep and abiding peace.

Ioannes Paulus PP, II"

Haití

A las 10:36 A.M. el Santo Padre aterriza en el aeropuerto de Guatemala para una escala técnica. A las 11:03 A.M. despega el DC 10 de Alitalia "Dante Alighieri" rumbo al aeropuerto "Francois Duvalier" del Puerto Príncipe donde llega a las 14:13 P.M. Es recibido por el Presidente Jean-Claude Duvalier, altas autoridades civiles, el Cardenal Alfonso López Trujillo, Presidente del CELAM con los miembros de la Presidencia del Consejo Episcopal Latinoamericano, el Nuncio Apostólico Arzobispo Luigi Corti, el Arzobispo de Puerto Príncipe y Presidente de la Conferencia Episcopal Monseñor Francois Wolff Ligondé, los Obispos del país, el Cuerpo Diplomático y una gran multitud.

Al descender, besó el suelo haitiano y después de las palabras de homenaje del presidente Duvalier, pronunció el siguiente discurso.

ALABADO SEA JESUCRISTO



Saludo al Pueblo de Haití

“Monsieur le Président,
Chers Frères dans L'épiscopat,
Chers Frères et Soeurs:

Je salue avec joie et émotion cette terre d'Haïti. Voilà bientôt cinq cents ans que la croix du Christ y a été plantée, qu'on y a célébré la première eucharistie, récité le premier Ave Maria. Aujourd'hui enfin, le successeur de l'Apôtre Pierre vient à vous. Je sais avec quel empressement vous avez attendu et préparé ma venue et je vous en remercie.

Je salue tout le peuple haïtien dont l'histoire s'est tissée peu à peu au milieu de conquêtes et d'épreuves qui ont forgé ses traits caractéristiques, particulièrement attachants. Je salue les dirigeants, ceux qui exercent les plus grandes responsabilités, et je leur sais gré de m'accueillir ainsi. Et je salue en même temps chaque citoyen haïtien, chaque famille haïtienne, surtout ceux qui souffrent. Je ne peux me rendre auprès de chacun, mais je veux que tous sachent qu'ils sont également présents à la pensée et au cœur du Pape.

Bonjou tou--t peuple Haitien
Moin vini oué nou.
Moin poté la pè ak Kè Kontan Gran Mèt la pou
nou.

(traduction: Bonjour à tout le peuple haïtien; je viens vous voir, et je vous apporte la paix et la joie du Seigneur).

Je salue avec une joie particulière l'Eglise catholique qui est en Haïti, ses évêques, ses prêtres, religieux, religieuses, ses laïcs: une Eglise jeune, une Eglise à la foi fervente, à la prière vibrante, une Eglise très liée au sort du peuple haïtien. Durant mon bref séjour, je ne pourrai pas aborder tous ses problèmes qui me tiennent à cœur.

Mais je viens avant tout confirmer son oeuvre dans ce qu'elle a de meilleur, et son projet d'évangélisation. J'ai entendu beaucoup de témoignages sur sa vie méritante. J'ai lu le message du Symposium de décembre dernier: je viens encourager mes frères et soeurs d'Haïti à le réaliser. L'Eglise y a pris conscience de ses possibilités, des grâces que le Seigneur lui a faites, et aussi de ses limites, des obstacles, des difficultés; elle a appelé chacun à la conversion, riche ou pauvre, pour déraciner le mal dans les personnes et dans la société; elle a réaffirmé la dignité de tous, voulu que l'Evangile soit toujours la Bonne Nouvelle pour les pauvres; elle a appelé tous ses membres à une pastorale solidaire, pour un avenir religieux et humain digne de ce peuple, dans la liberté et la responsabilité.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Dans ce contexte, je remercie de tout coeur Monsieur le Président de la République, qui vient de faire connaître au grand public la nouvelle selon laquelle il est disposé à renoncer de lui-même au privilège, dont jouit actuellement le Chef de l'Etat Haïtien en vertu du Concordat du 28 mars 1860, de nommer les archevêques et les évêques.

Je vous assure, Monsieur le Président, que ce désir, inspiré par les voeux du Concile OEcuménique Vatican II, ne pourra que profiter tant au développement

harmonieux de L'Eglise Catholique dans ce pays qu'à L'Etat Haïtien.

Je viens encourager ce réveil, ce sursaut et cette marche de l'Eglise, pour le bien de tout le pays. Nous allons le faire maintenant au cours d'une assemblée eucharistique et mariale qui clôture votre Congrès. C'est dans la prière et dans l'amour que nous puisons la lumière et la force de servir nos frères.

Que le Seigneur bénisse notre ministère sur cette chère terre d'Haïti!"

Al terminar la ceremonia de bienvenida se dirige al área dispuesta para la celebración de la Santa Misa que clausurará el Congreso Eucarístico Nacional de Haití, la que se inicia a las 15:45 P.M. con las palabras de bienvenida del Arzobispo de Puerto Príncipe.

Participan en la celebración el Cardenal Casaroli y el Cardenal López Trujillo,

Monseñor Martínez Somalo, Monseñor Martín, el Nuncio Apostólico, los Obispos del país y todos los Obispos participantes de la Asamblea Plenaria del CELAM y dos sacerdotes por cada una de las siete circunscripciones eclesíásticas de Haití.

El Santo Padre después del Evangelio, pronuncia la siguiente Homilía.



La Fuerza Liberadora del Sacramento del amor y de la Devoción a la Virgen

"Chers Frères et Soeurs,

1. Me voici avec vous à Port-au-Prince, dans ce pays d'Haïti où j'ai tant souhaité venir, et cette grâce m'a été finalement accordée, à moi-même comme à vous, pour qu'ensemble nous puissions louer la très sainte Trinité et l'adorer, rendre un culte à Jésus-Christ, Fils de Dieu et fils de Marie, dans le mystère de son Eucharistie, et vénérer encore sa Mère bienheureuse et notre Mère, Mère de l'Eglise, que vous invoquez sous le titre de Notre-Dame du Perpétuel Secours.

Nous célébrons en effet la clôture de votre grand Congrès eucharistique, que vous allez maintenant prolonger et appliquer dans votre vie quotidienne, personnelle, familiale et sociale.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Ensemble et dans la joie, nous participons à cette fête, moi le successeur de Pierre et pasteur de tous les fidèles, principe visible de l'unité de l'Eglise (cf. Concile Vatican II, *Lumen gentium*, n. 18), vos évêques, qui tous maintenant sortent de vos rangs, et vous-mêmes, hommes et femmes, jeunes hommes et jeunes filles, enfants et vieillards, fils et filles de ce noble peuple haïtien. Or, je sais bien quel est votre sens de la célébration, de la fête et de la prière. Je le constate ici-même grâce à vos chants et à vos réponses enthousiastes. Je suis heureux d'en être l'occasion et j'en rends grâce à Dieu.

Mais il y a plus. Pour la première fois, pendant mes visites en Amérique latine, il m'arrive d'être présent dans un pays dont la population est constituée en majorité de gens de couleur, en particulier de noirs. J'y perçois un signe d'une grande importance, car il m'est ainsi donné d'entrer directement en relation avec le troisième composante de la culture et de la civilisation de ces peuples de l'Amérique Latine et Centrale: des gens venus d'Afrique, intégrés profondément avec les autres civilisations originaires de l'Amérique elle-même ou venues de l'Europe pour former, à partir de toutes ces richesses, une réalité typique.

Ce pays a été le premier en Amérique Latine à se proclamer indépendant. Il est donc appelé, d'une façon spéciale, à développer chez lui, dans un climat de liberté, à la mesure de ses moyens et des efforts de tous, une œuvre de véritable promotion humaine et sociale telle que tous ses fils et filles puissent y travailler à l'aise sans se sentir contraints d'aller chercher ailleurs, et souvent dans des conditions pénibles, ce qu'ils devraient trouver chez eux.

Je voudrais rappeler ici un épisode plutôt dramatique, qui a uni de quelque façon l'histoire d'Haïti avec celle du peuple polonais. Il y a 170 ans, trois mille soldats polonais débarquèrent sur cette île, envoyés par les forces d'occupation afin de réprimer la révolte de la population qui luttait pour son indépendance politique. Ces soldats, au lieu de combattre les aspirations légitimes de liberté, ont sympathisé avec le peuple haïtien. Environ trois cents d'entre eux ont survécu. Leurs descendants, certes, ont eu part au développement de ce pays. Ils ont conservé et cultivé les traditions catholiques. Entre autres, ils ont construit des petites chapelles avec des images reproduisant la Vierge de Czestochowa de la Pologne. Le mot Haïti s'associe ainsi aux Polonais et évoque la voie épineuse vers la liberté et devient aussi une nouvelle source de réflexion historique.

Je vous salue donc tous et je vous invite à prier et à réfléchir ensemble sur les deux mystères que nous célébrons aujourd'hui: l'Eucharistie et Marie.

2. Vous avez entendu les lectures bibliques qui ont

été proclamées. Celle du livre de L'Exode nous parlait de la "Pâque", de la délivrance que les fils d'Israël ont recue alors et dont notre fête de Pâques assure la

commémoration. C'était encore une fête de la liberté, où l'agneau offert et mangé rappelait la communion renouvelée avec le Seigneur et avec les frères, et de même son "passage" pour assister, accompagner et délivrer son peuple, prisonnier de l'Egypte pharaonique, pour l'acheminer ensuite vers la terre promise.

Or, dans l'Évangile de Jean lu à cette messe, c'est la même Pâque que l'on commence à célébrer. Mais le "passage" dont il est fait mention, c'est celui de Jésus lui-même, dont "l'heure était venue de passer de ce monde au Père" (Jn 13, 1). Il ne s'agit pas pour lui, pour ses disciples et pour nous-mêmes, de sortir d'Égypte, d'un exode temporel et géographique. Il s'agit, comme le dit admirablement l'évangéliste saint Luc dans la scène de la Transfiguration (cf. 9, 31), de son exode, de son départ vers le Père, qui allait s'accomplir à Jérusalem, et qui s'accomplit à "l'heure" de sa Passion, de sa mort et de sa Résurrection.

Cet exode et ce départ sont marqués par l'amour: "Lui (Jésus), qui avait aimé les siens qui étaient dans le monde, les aima jusqu'à l'extrême" (Jn 13, 1). C'est l'amour qui a poussé Jésus vers la mort de la Croix: "Il m'a aimé et s'est livré pour moi" (Ga 2, 20). Et c'est aussi l'amour qui lui a inspiré de nous laisser l'Eucharistie.

3. L'Eucharistie, nous le savons bien par notre catéchèse, c'est le sacrement de son corps et de son sang qu'il a offerts lui-même une fois pour toutes (cf. He 9, 26/28), afin de nous délivrer du péché et de la mort, et qu'il a confiés à son Église pour qu'elle en fasse son offrande propre, sous les espèces du pain et du vin, et qu'elle en nourrisse perpétuellement ses fidèles, nous-mêmes, qui entourons cet autel.

L'Eucharistie est donc le sacrifice par excellence, celui du Christ sur la croix, toujours offert par les évêques et les prêtres au bénéfice de tous les chrétiens, vivants et morts.

L'Eucharistie est en même temps une nourriture spirituelle, celle dans laquelle nous recevons le Christ lui-même, tout entier, Dieu et homme, qui nous nourrit de sa propre substance, et nous fait ainsi semblables à lui, chacun de nous et tous ensemble. C'est l'Eucharistie en effet qui fait l'unité de l'Église, laquelle est le Corps mystique du Christ: "Puisqu'il y a un seul pain, nous sommes tous un seul corps: car tous nous participons à cet unique pain" (1 Co 10, 17).

Cette présence du Christ sous les espèces du pain

ALABADO SEA JESUCRISTO

et du vin, nous la reconnaissons et nous l'adorons, quand elle est gardée dans le tabernacle, pour permettre aux chrétiens de venir prier le Seigneur en le contemplant dans son très saint Sacrement, tout au long des jours, et aussi pour qu'on puisse porter la communion aux malades et aux mourants. Nous lui rendons un culte public, quand elle est célébrée, lors d'un Congrès eucharistique ou à l'occasion de la Fête-Dieu. Cette présence réelle parmi nous, dans la célébration de l'Eucharistie et toujours en relation avec elle, c'est, pour nous chrétiens, l'un des signes de l'Emmanuel, Dieu-avec-nous, comme Isaïe appelait le Messie à venir (cf. Is 7; Mt 1, 23).

4. L'évangéliste saint Jean, qui nous a transmis la promesse de cette Eucharistie (cf. Jn 6, 51-59), et nous en a montré l'enjeu pour la foi des disciples et pour la nôtre (ibid. 60-71), nous décrit aussi, à l'occasion de la dernière cène de Jésus, le lavement des pieds (cf. Jn 13, 1-16).

Pourquoi a-t-il voulu mettre à la place du récit de l'institution de l'Eucharistie, qui se trouve chez les autres évangélistes, et même chez saint Paul (cf. 1 Co 11, 17-34), ce récit du lavement des pieds? Il nous en donne lui-même la clef, en encadrant le récit, comme vous l'avez entendu, d'une référence à l'amour suprême de Jésus — "Il les aima jusqu'à l'extrême" (Jn 13, 1) —, et de son exhortation à suivre l'exemple qu'il vient de nous donner: "Si je vous ai lavé les pieds, moi le Seigneur et le Maître, vous devez vous aussi vous laver les pieds les uns aux autres" (Jn 13, 14).

Je suis sûr que vous le comprenez bien, chers Frères et Soeurs d'Haïti. Qui participe à l'Eucharistie est appelé à suivre l'exemple de Jésus qu'il a reçu en lui; il est appelé à imiter son amour et à servir son prochain, jusqu'à lui laver les pieds. Et comme nous, c'est l'Eglise, l'Eglise tout entière, l'Eglise en Haïti, qui doit s'engager à fond pour le bien des frères et soeurs, de tous, mais surtout des plus pauvres, précisément parce qu'elle vient de célébrer un Congrès eucharistique. En réalité ne célèbre-t-elle pas toujours l'Eucharistie? Or l'Eucharistie, c'est le sacrement de l'amour et du service.

Vous avez choisi comme slogan de votre Congrès: "Il faut que quelque chose change ici". Eh bien, vous trouvez dans l'Eucharistie l'inspiration, la force et la persévérance pour vous engager dans ce processus de changement.

Il faut bien en effet que les choses changent. En préparant le Congrès, l'Eglise a eu le courage de regarder en face les dures réalités actuelles, et je suis sûr qu'il en est de même pour tous les hommes de bonne volonté, pour tous ceux qui aiment profondément leur patrie. Certes vous disposez d'un beau pays, aux ressources

humaines nombreuses. Et l'on peut parler chez vous du sentiment religieux inné et généreux, de la vitalité et du caractère populaire de l'Eglise. Mais les chrétiens ont constaté aussi la division, l'injustice, l'inégalité excessive, la dégradation de la qualité de la vie, la misère, la faim, la peur d'un grand nombre; ils ont pensé aux paysans incapables de vivre de leur terre, aux gens qui s'entassent sans travail, dans les villes, aux familles disloquées, aux victimes de diverses frustrations. Et pourtant, ils sont persuadés qu'il y a des solutions, dans la solidarité. Il faut que les "Pauvres" de toute sorte se reprennent à espérer. L'Eglise garde en ce domaine une mission prophétique, inséparable de sa mission religieuse, et elle demande la liberté de l'accomplir: pas pour accuser, et pas seulement pour faire prendre conscience du mal, mais pour contribuer de façon positive au redressement, en engageant toutes les consciences et plus particulièrement la conscience de ceux qui portent une responsabilité dans les villages, dans les cités et au niveau national, à agir conformément à l'Evangelium et à la doctrine sociale de l'Eglise.

En effet, il y a certainement un profond besoin de justice, d'une meilleure distribution des biens, d'une organisation plus équitable de la société, avec davantage de participation, une conception plus désintéressée du service de tous chez ceux qui ont des responsabilités; il y a le désir légitime, pour les médias et la politique, d'une libre expression respectueuse des opinions des autres et du bien commun; il y a le besoin d'un accès plus ouvert et plus aisé aux biens et aux services qui ne peuvent rester l'apanage de quelques-uns: par exemple la possibilité de manger à sa faim et d'être soigné, le logement, la scolarisation, la victoire sur l'analphabétisme, un travail honnête et digne, la sécurité sociale, le respect des responsabilités familiales et des droits fondamentaux de l'homme. Bref, tout ce qui fait que l'homme et la femme, les enfants et les vieillards puissent mener une vie vraiment humaine. Il ne s'agit pas de rêver de richesse ni de société de consommation, mais il s'agit, pour tous, d'un niveau de vie digne de la personne humaine, des fils et filles de Dieu. Et cela n'est pas impossible si toutes les forces vives du pays s'unissent dans un même effort, comptant aussi sur la solidarité internationale qui est toujours souhaitable. Les chrétiens veulent être des gens de l'espérance, de l'amour, de l'action responsable.

Oui, le fait d'être membres du Corps du Christ et de prendre part à son banquet eucharistique vous engage à promouvoir ces changements. C'est votre façon de vous laver les pieds les uns aux autres, à l'exemple du Christ. Vous le ferez sans violence, sans meurtres, sans luttes intestines, qui souvent n'engendrent que de nouvelles oppressions. Vous le ferez dans le respect et l'amour de la liberté.

Je félicite tous ceux qui y travaillent, qui

ALABADO SEA JESUCRISTO

défendent les droits des pauvres, souvent avec des moyens pauvres, je dirais "les mains nues". Et je fais appel à tous ceux qui disposent du pouvoir, de la richesse, de la culture, pour qu'ils comprennent leur grave et urgente responsabilité vis-à-vis de tous leurs frères et soeurs. C'est l'honneur de leur charge; je leur dis à eux aussi que j'ai confiance en eux et que je prie pour eux.

5. Nous éprouvons le même besoin de conversion en nous tournant vers la très sainte Vierge, Notre-Dame du Perpétuel Secours, qui a été l'objet de votre première dévotion, et ensuite tout au long de votre histoire. Cette dévotion est et doit être dilibératrice.

Rappelons les paroles de la lettre aux Galates que nous venons d'entendre: "Quand est venu l'accomplissement du temps, Dieu a envoyé son Fils, né d'une femme et assujetti à la loi, pour payer la libération de ceux qui sont assujettis à la loi, pour qu'il nous soit donné d'être fils adoptifs" (Ga 4, 4-5).

Cette femme, bénie entre toutes (cf. Lc 1, 42), vous la connaissez bien. C'est grâce à son acceptation libre, à sa foi et à son obéissance, que "notre libération" a été payée par la mort de son Fils. C'est grâce à sa coopération à l'oeuvre rédemptrice de celui-ci "qu'il nous a été donné d'être fils adoptifs".

Voilà pourquoi nous l'aimons et la vénérons comme notre Mère. Voilà pourquoi nous sommes tenus de l'imiter dans sa foi, son obéissance et son engagement à collaborer à la mission de son Fils, dans la situation concrète où nous nous trouvons, où vous vous trouvez en Haïti.

Ainsi donc, quand vous priez avec votre chapelet, en méditant les mystères de la vie, de la mort et de la Résurrection du Christ, en vous unissant de coeur à la présence de Marie en chacun d'eux, soyez bien conscients que cela vous engage à vivre et à oeuvrer comme de fidèles disciples qui participent aux mêmes mystères, et en reçoivent les fruits.

Que votre dévotion soit intelligente et active, digne

de ceux et de celles qui ont reçu dans leurs coeurs "l'Esprit du Fils de Dieu, qui crie: Abba, Père" (Ga 4, 7). ¡Qu'elle ne soit pas une nouvelle forme de soumission "aux éléments du monde" (Ga 4, 3), un nouvel "esclavage" (ibid) comme certaines pratiques syncrétistes, inspirées par la peur et l'angoisse devant des forces que l'on ne comprend pas!

Non, vous êtes des fils et des filles de Dieu, libérés par le Crist Jésus né de la Vierge Marie. Soyez dignes de votre filiation divine et de celle qui vous relie à Marie! Ayant accepté de renoncer au péché et de donner votre foi au Crist, avec Marie, relevez la dette et reconnaissez avec elle la prédilection de Dieu pour les humbles, les affamés, pour ceux qui pratiquent l'amour (cf. Lc 1, 46-55).

Je vous confie à elle, tous et chacun, évêques, prêtres, religieux religieuses, originaires de ce pays ou venus comme missionnaires, séminaristes si nombreux, peuple bien fidèle et si éprouvé de ce beau pays d'Haïti qui comporte tant de jeunes, et aussi vos compatriotes émigrés ou exilés. Je lui demande d'intercéder pour vous auprès de son Fils pour qu'il vous soit donné de mener une vie tranquille et vraiment digne.

Haïtiens tou patou, mouin avèk nou.
Mouin béni nou aktout koeur mouin.
Kouraj i Kinbé fè-m!
Bon Dieu Gran mèt la avèk nou!
Jésu-Kri sé frè nou!
Léspri Sin se limiè nou!
Mari sé manman nou!

(Haïtiens de partout, Je suis avec vous. Je vous bénis de tout coeur. Courage! Tenez femme! Dieu est avec vous. Jésus-Crist est votre frère. L'Esprit Saint votre lumière! ¡Et Marie votre mère!

Je supplie Dieu de vous bénir, le Père, le Fils et le Saint-Esprit.

AMEN."

Terminada la celebración, el Santo Padre se dirige a la Residencia Presidencial donde, a las 18:30 P.M. se encuentra con el Presidente Jean-Claude Duvalier, con quien tiene una conversación privada y recibe después la presentación de diversas personalidades. Le acompañan el Cardenal Casaroli, el Sustituto de la Secre-

taría de Estado, el Prefecto de la Casa Pontificia y el Nuncio Apostólico.

Media hora después sale de la residencia presidencial rumbo a la Catedral de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro a inaugurar la Décimonovena Asamblea Plenaria del Consejo Episcopal Latino-

americano (CELAM).

A las 19:00 P.M. después de las palabras de homenaje en su honor pronunciadas por el Cardenal Alfonso López Trujillo, Arzobispo de Medellín y Presidente del CELAM, el Santo Padre pronuncia el siguiente discurso.

ALABADO SEA JESUCRISTO



A los Obispos del CELAM

“Amados hermanos en el Episcopado:

Os invito a uniros a mi ferviente agradecimiento a la Divina Providencia, por haber querido que culminara con este acto mi viaje apostólico a la zona de América Central, que he querido visitar respondiendo a un verdadero impulso del corazón.

Circunstancias de personas, de tiempo y de lugar hacen este encuentro particularmente precioso para mí. Las personas son las vuestras, miembros directivos o delegados a esta reunión del Consejo Episcopal Latinoamericano. El tiempo u ocasión es la apertura de la XIX Asamblea General del CELAM. El lugar, esta isla a cuya parte oriental llegó Cristóbal Colón hace casi medio milenio, descubriendo el Nuevo Mundo, al que vino a la vez la luz del Evangelio.

Al tener la alegría de entretenerme con vosotros —como hermano mayor entre los hermanos— quiero reflexionar con vosotros sobre algunos puntos que nos sugieren las presentes circunstancias.

I. SER OBISPO HOY EN AMÉRICA LATINA.

Vosotros representáis a los casi 700 Obispos de

Latinoamérica, los padres y guías de una grey que dentro de poco constituirá casi la mitad de los católicos de todo el mundo. Con vuestra dedicación en medio a no pocas dificultades, sacrificios y renunciaciones, cumplís la misión que el Buen Pastor os encomendó para la salvación de vuestros fieles.

Sois las cabezas visibles de otras tantas Iglesias Particulares diseminadas a lo largo y a lo ancho de este subcontinente, deseosas de ser fieles a vuestro exigente cometido de Obispos en el actual momento de América Latina.

1. Obispos de un pueblo profundamente religioso

Hace cuatro años, los Obispos presentes en Puebla trataron de examinar en profundidad las características del pueblo del que el Señor los constituyó Pastores.

Un pueblo profundamente religioso, que pide el pan de la Palabra de Dios, pues en Él pone su confianza. Un pueblo cuya religión, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Por eso se ha podido decir que, apesar de las deficiencias presentes, la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina, constituyéndose matriz cultural del Continente.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Por eso no se puede ser hoy Obispo en América Latina sin tener presentes estos hechos. Ellos dan a vuestros Países una fisonomía que los distingue de otros Países.

Vuestros pueblos, marcados en su íntimo por la fe católica, imploran la profundización y fortalecimiento de su fe, la instrucción religiosa, el don de los sacramentos, todas las formas de alimento para su hambre espiritual.

Sin embargo — hay que darse también cuenta de ello con humilde lucidez y realismo — problemas graves pesan sobre este pueblo desde el punto de vista religioso y eclesial: la crónica y aguda escasez de vocaciones sacerdotales, religiosas y de otros agentes de pastoral, con el consecuente resultado de ignorancia religiosa, superstición y sincretismo entre los más humildes; el creciente indiferentismo, si no ateísmo, a causa del hodierno secularismo, especialmente en las grandes ciudades y en las capas más instruidas de la población; la amargura de muchos que, a causa de una opción equívoca por los pobres, se sienten abandonados y desatendidos en sus aspiraciones y necesidades religiosas; el avance de grupos religiosos, a veces carentes de verdadero mensaje evangélico y que con sus métodos de actuación poco respetuosos de la verdadera libertad religiosa, ponen serios óbices a la misión de la Iglesia Católica y aun de las otras Confesiones cristianas.

El Obispo latinoamericano no puede dejar de examinar este amplio cuadro de exigencias pastorales. Lo hará con el temor que inspira la clara conciencia del deber asumido ante la Iglesia, pero al mismo tiempo con viva confianza en los recursos de la gracia. Así se colocará ante esa muchedumbre de pequeños que piden ansiosamente el pan de la Palabra, del conocimiento de Dios, del aliento espiritual, del pan de la Eucaristía, para distribuir el cual faltan dramáticamente ministros (cf. Lam 4, 4).

2. Obispos entregados a su misión espiritual

Ser Obispo hoy en América Latina es buscar, muchas veces aun a costa de altas dosis de tiempo, de salud, de talento, respuestas adecuadas a esa ansiosa búsqueda espiritual de todo un pueblo; para evitar que ese pueblo pudiera mendigar en otros sitios el pan que acaso no encontrara en su Iglesia o en sus Pastores.

No es este el lugar para profundizar en temas que ya he tratado en otros momentos de este viaje apostólico. A vosotros y a vuestros hermanos Obispos, solidarios en mis sufrimientos y consolación (cf. 2 Cor 1,7), os confío el conjunto de reflexiones y orientaciones pastorales sembradas durante los pasados días, y que pueden ayudar a la Iglesia en todo el subcontinente. A vosotros

dejo el cuidado de hacerlas fructificar más profundamente en el terreno fecundo de vuestras Iglesias.

Pero no puedo menos de aludir concretamente a algunas importantes tareas, típicamente episcopales, que bastarían para llenar la acción pastoral de un Obispo, y que al contrario dejarían un vacío, si no fueran cumplidas debidamente. Me refiero, como podéis fácilmente imaginar,

— a la convocación de numerosos y calificados jóvenes y a su cabal formación al sacerdocio o a la vida religiosa;

— al máximo cuidado a prestar a los laicos para procurar su activa inserción en la Iglesia y su eficaz acción en la sociedad;

— a la catequesis, instrumento único para la educación en la fe de las futuras generaciones, que las oriente a un dinamismo social;

— a la preocupación pastoral por la familia.

Para lograr todo eso, ser Obispo hoy en América Latina consistirá siempre, y con creciente urgencia, en ser ante todo predicadores de la Palabra revelada. Os exhorto a hacerlo, hermanos queridos, no sólo predicando personalmente, sino también — ya que cada Obispo es “distribuidor de la Palabra de la verdad” (2 Tim 2, 15) — tratando de que, con la ayuda de vuestras Iglesias, la Palabra de Dios no se vuelva escasa (cf. 1 Sam 3, 1).

Y en esta transcendental misión, sed maestros y guías en la fe, proponiendo sin ambigüedades la doctrina de la Iglesia; vigilad con bondad y firmeza por su integridad y pureza, y eventualmente corregid las desviaciones doctrinales o morales que tanto daño y confusión crean entre los fieles. Sed asimismo santificadores de un pueblo, gracias a Dios abierto al Absoluto de Dios y anhelante de respuestas de fe a las cuestiones que se pone sobre sí mismo, sobre la vida, el sufrimiento, la muerte, el más allá.

No ceséis de exhortar y convocar a vuestros sacerdotes para su misión, tan cercana a la vuestra. Preparad bien a los jóvenes que aspiran al sacerdocio ministerial, para que sean mañana servidores de su pueblo en sus necesidades espirituales, sin olvidar las de carácter material. Llamad a la conciencia de los religiosos y religiosas para que, con su carisma propio, con la plena disponibilidad que les asegura su consagración y con el testimonio de su vida marcada por la adoración, el espíritu de las bienaventuranzas y la dimensión escatológica, aporten su indispensable contribución a la evangelización de estas gentes sedientas de valores sobrenaturales.

Scrá su cruz para un Obispo en América Latina,

ALABADO SEA JESUCRISTO

pero constituirá también su más gratificante tarea, consagrar su tiempo, sus energías, sus dones de espíritu y de corazón, a construir — aun en medio a tribulaciones, carencias y dificultades — comunidades cristianas, pobres quizá en recursos humanos, pero ricas en fe y en una inagotable caridad.

3. Obispos para un pueblo que sufre

Ser Obispo hoy en América Latina es también sentirse Pastor de un pueblo que en los últimos años ha conocido ciertamente notables progresos materiales y que comienza a ofrecer al mundo el resultado de sus esfuerzos en muchos campos de la civilización, pero que conoce todavía — y esta es su contradicción radical — inmensas zonas de miseria, de analfabetismo, de enfermedad, de marginación. Un análisis sincero de la situación muestra cómo en su raíz se encuentran hirientes injusticias, explotación de unos por otros, falta grave de equidad en la distribución de las riquezas y de los bienes de la cultura.

A este problema se añade otro de igual gravedad; la historia reciente hace ver con frecuencia que, sea por idealismo mal orientado, sea por presión ideológica, sea por interés de partido o de sistemas dentro del juego de las hegemonías, muchos jóvenes ceden a la tentación de combatir la injusticia con la violencia. Y así, al querer reprimirla con otra violencia, se desencadena el proceso que a todos nos apena e inquieta.

Vuestra sensibilidad pastoral os sugiere — y en esto os confirman las orientaciones de Puebla — que en medio a las extensas masas de pobres que constituyen en gran parte vuestras Iglesias, los más pobres deben tener una preferencia en vuestro corazón de padres y en vuestra solicitud de pastores. Pero sabéis y proclamáis que tal opción por ellos no sería pastoral ni cristiana, si se inspirase en meros criterios políticos o ideológicos; si fuese exclusiva o excluyente; si engendrara sentimientos de odio o de lucha entre hermanos.

Las Iglesias de todo el mundo os están agradecidas por el testimonio que dáis de una opción que consiste en estar cerca de los más pobres, sin excluir a nadie, para enseñarles a superar lo que sea indigno del hombre. Para enseñarles a progresar, no para volverse ricos puramente, sino para ser más.

Os invito a ser paternalmente sensibles al sufrimiento de vuestros fieles e hijos más pobres y abandonados. A hacer que, como la de Roma, vuestras Iglesias “presidan” ellas también, según su capacidad, “a la caridad”. Que vuestras comunidades, con sus presbíteros y diáconos al frente sean, cada vez más, promotoras de desarrollo humano integral, de justicia y equidad, en beneficio ante todo de los más necesitados. Que crezcan la

comunidad y la participación. Que las tareas temporales de la justicia, de la paz, del bienestar, de la instrucción y la educación, de la salud y del trabajo cuenten siempre con laicos bien preparados y seguros, porque reciben oportunamente la luz de la fe y el apoyo espiritual que, en virtud de vuestra ordenación, vosotros y vuestros sacerdotes nunca les negáis.

4. Obispos constructores de unidad

En medio a los conflictos, al círculo vicioso de la muerte, al drama de la violencia que ya hizo correr tanta sangre inocente, sean los Obispos esos “principios, signos e instrumentos de comunión” que el Concilio reconoce en ellos.

No siempre, desgraciadamente, lograréis derribar el muro de la separación (cf. Ef 2, 14); pero como hombres a quienes “fue confiado el ministerio de la reconciliación” (cf. 2 Cor 5, 18), jamás vuestra palabra o vuestros gestos deberán alargar las divisiones o agravar las rupturas.

Trabajad siempre, en la medida de vuestras posibilidades, con sabiduría y paciencia, en favor de la concordia y la paz.

Sea vuestra presencia y actividad de Pastores estímulo constante y ayuda para la reconstrucción de esa paz que supere los conflictos.

Encontrándoos reunidos vosotros, Obispos, para una Asamblea del CELAM, siento el deber de dirigir una palabra, aunque breve, a este propósito.

He tenido la alegría de dirigir un saludo particular a los miembros de este Organismo eclesial, con ocasión de 25 aniversario de su fundación, en la misma ciudad donde nació: Río de Janeiro. Lo hago de nuevo al tener este encuentro con sus responsables y delegados, congregados para una importante reunión de trabajo.

El CELAM tiene indudablemente en la Iglesia un lugar especial por su originalidad. Las características geosociales de América Latina favorecieron el nacimiento y propician la existencia de este organismo, difícilmente realizable en otros Continentes.

Es superfluo decirnos con qué interés y atención acompaño sus programas y actividades. También los Episcopados de otros Continentes, conocedores de vuestra historia y que siguen vuestras realizaciones, no esconden su admiración y estímulo.

Todos tenemos bien presente que el CELAM no es ni puede ser una super-Conferencia; no sustituye ni desplaza a las diversas Conferencias Episcopales en sus com-

ALABADO SEA JESUCRISTO

petencias y responsabilidades. Es, por su naturaleza y por su primigenia definición, un servicio a esas Conferencias, en la línea de las exigencias y necesidades que estas presentan.

Sin embargo, los casi 28 años de existencia y actuación han demostrado cuán precioso es este servicio; por eso mismo el CELAM se ha convertido en un punto de encuentro, donde los Pastores tienen la posibilidad de reunirse, para intercambiar experiencias, ayudarse mutuamente y animarse unos a otros en la común brega pastoral. En esa línea de servicio, sucede también que, prescindiendo de connotaciones jurídicas, el CELAM sirva de punto de referencia o espacio de coordinación pastoral, en beneficio de una u otra Conferencia Episcopal o de los Obispos individualmente considerados.

Quisiera animaros a llevar adelante, sin desmayos, la vocación y misión de esta institución eclesial. Que no cesen de perfeccionarse y crecer en eficacia sus estructuras, ni de clarificarse sus objetivos. Organícense cada vez mejor los Departamentos, Secretariados e Institutos. Y tengan, siempre las personas que en él trabajan, la convicción de servir a una digna causa de la Iglesia.

Invoco la bendición divina sobre los trabajos que comienzan, dando gracias a Dios por cuanto este organismo ha hecho a lo largo de sus 28 años de vida. Y al expresar mi gratitud a los dirigentes que terminan ahora sus mandatos, pido al Señor que ilumine a quienes tomarán en sus manos los destinos del CELAM, para que los conduzcan por los caminos de fiel servicio a la Iglesia en América Latina, en espíritu de comunión y leal colaboración con la Iglesia universal y con el Sucesor de Pedro.

II OBISPOS PARA UNA RENOVADA EVANGELIZACIÓN

Y ahora, hermanos Obispos, desde estas tierras que vieron el alba de la fe en el Nuevo Continente, es natural que evoque “la obra evangelizadora de la Iglesia en América Latina”, iniciada con el descubrimiento. Obra erizada de dificultades, marcada por limitaciones y lagunas, pero también por generosos y admirables logros.

Mirando hoy el mapa de América Latina con más de 700 Diócesis, su personal insuficiente pero entregado, sus cuadros y estructuras, sus líneas de acción, la autoridad moral de la que disfruta la Iglesia, hay que reconocer en ello el fruto de siglos de paciente y perseverante evangelización.

Cinco siglos casi exactos. De hecho, el año 1992, ya bastante próximo, señalará el V centenario del descubrimiento de América y del principio de la evangelización.

Como latinoamericanos, habréis de celebrar esa fecha con una seria reflexión sobre los caminos históricos del subcontinente, pero también con alegría y orgullo. Como cristianos y católicos en justo recordarla con una mirada hacia estos 500 años de trabajo para anunciar el Evangelio y edificar la Iglesia en estas tierras. Mirada de gratitud a Dios, por la vocación cristiana y católica de América Latina; y a cuantos fueron instrumentos vivos y activos de la evangelización. Mirada de fidelidad a vuestro pasado de fe. Mirada hacia los desafíos del presente y a los esfuerzos que se realizan. Mirada hacia el futuro, para ver cómo consolidar la obra iniciada.

La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como Obispos, junto con vuestro Presbiterio y fieles; compromiso, no de re-evangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión.

A este propósito permitidme que os entregue sintetizados en breves palabras, los aspectos que me parecen presupuestos fundamentales para la nueva evangelización.

El primero se refiere a los ministros ordenados. Al terminar su medio milenio de existencia y a las puertas del tercer milenio cristiano, la Iglesia en América Latina necesitará tener una vitalidad, que será imposible si no cuenta con sacerdotes numerosos y bien preparados. Suscitar nuevas vocaciones y prepararlas convenientemente, en los aspectos espiritual, doctrinal y pastoral es, en un Obispo, un gesto profético. Es como adelantar el futuro de la Iglesia. Os encomiendo, pues, esa tarea que costará desvelos y penas, pero traerá también alegría y esperanza.

El segundo aspecto mira a los laicos. No solamente la carencia de sacerdotes, sino también y sobre todo la autocomprensión de la Iglesia en América Latina, a la luz del Vaticano II y de Puebla, hablan con fuerza sobre el lugar de los laicos en la Iglesia y en la sociedad. El aproximarse del 500 aniversario de vuestra evangelización debe encontrar a los Obispos, juntamente con sus Iglesias, empeñados en formar un número creciente de laicos, prontos a colaborar eficazmente en la obra evangelizadora.

Una luz que podrá orientar la nueva evangelización —y es el tercer aspecto— deberá ser la del documento de Puebla, consagrado a ese tema, en cuanto impregnado de la enseñanza del Vaticano II y coherente con el Evangelio. En este sentido es necesario que se difunda y eventualmente se recupere la integridad del mensaje de Puebla, sin interpretaciones deformadas, sin reduccionismos deformantes ni indebidas aplicaciones de unas partes y eclipse de otras.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Que estos próximos años que os acercan a hechos tan significativos, os encuentren, queridos hermanos, llenos de confianza en un nuevo esfuerzo evangelizador.

Sean prenda y garantía de éxito en esta misión las tres características que distinguen la piedad de vuestros

pueblos: el amor a la Eucaristía, la devoción a la Madre de Dios, la unión afectuosa al Papa, como Sucesor de San Pedro.

Os acompañe en este camino la Bendición Apostólica que de corazón os imparto. Así sea.”

Al terminar la ceremonia se dirige a la Sede de la Nunciatura Apostólica en Haití para cenar con los Obispos del país y todos los Obispos participantes en la Asamblea.

Jueves, Marzo 10 de 1983

A las 0:20 A.M. (6:20 A.M. hora de Roma), el Santo Padre inicia su regreso a Roma. En el aeropuerto es despedido por miles de personas, el Presidente de la República, altas autoridades del Estado, el Cardenal López Trujillo, el Nun-

cio Apostólico Monseñor Conti, el Arzobispo de Puerto Príncipe y los otros Prelados.

El Santo Padre pronuncia el siguiente discurso.



Despedida de Haití

“En quittant cette terre d’Haiti, je renouvelle l’expression de ma gratitude à tous ceux qui m’ont réservé un accueil si chaleureux. Principalement a Son Excellence Monsieur le Président de la Republique, qui s’est directement intéressé à la préparation de ma visite et aux responsables des differents services qui ont permis l’heureux déroulement de mon bref séjour, mon contact avec le peuple haïtien.

De ce peuple, j’emporte un souvenir inoubliable et je lui exprime mes voeux les plus sincères pour son bien être et sa prospérité. A cet effet, j’encourage les efforts que les dirigeants sont en train d’accomplir. Je suis conscient des grates difficultés qu’ils rencontrent et je leur assure pour cela j’union de vos prières, tandis que je lance un vibrant appel aux les amis de Haiti et aux organismes internationaux afin qu’ils lui apportent leur concours généreux.

ALABADO SEA JESUCRISTO

Je renouvelle aussi ma grande gratitude et mes vœux cordiaux à tous les pays que j'ai pu visiter en Amérique Centrale, et à toute l'Amérique latine, représentée ici par les pasteurs qui font partie du CELAM.

Que Dieu vous permette avec toutes les forces vives de ces nations pleines de jeunesse de construire pour chaque personne et chaque communauté un avenir digne de l'homme, digne de la foi chrétienne si largement partagée dans ce Continent. Mon merci particulier va évidemment à tous les habitants d'Haiti qui sont venus à ma rencontre avec bienveillance et confiance, frères d'autres confessions chrétiennes et amis de notre religion.

Je remercie particulièrement tous mes frères et soeurs catholiques avec qui j'ai eu la joie de vivre un temps fort, le sommet de leur Congrès Eucharistique et Marial; celui-ci doit se poursuivre, je veux dire porter ses

fruits. Chers amis, donnez libre, cours à votre prière fervente. Puisez aux sources authentiques de la Foi. Restez fidèles à l'Eglise.

Les chrétiens d'ici font partie de la grande Eglise du Christ repandue dans tous les continents que j'ai reçu mission de garder dans la fidélité et la dignité au service du Seigneur Jesus. Je vous demeurerai tras uni, j'emporte toutes vos intentions, toutes vos préoccupations, toutes vos inspirations dans ma prière, priez aussi pour moi. J'embrasse mes frères dans l'episcopat et j'assure tous les collaborateurs, prêtres, religieux, religieuses et laïcs de mon affection.

Kinbé fe—m: Tet ansanm, min nan min. Mési. . . Mési. . . Au revoir' (Traduction: Tenes ferme. Soyez bien d'accord, la main dans la main. Merci beaucoup. Aurevoir).

Al terminar, después del himno nacional toma el DC 10 de Alitalia para regresar a Roma, donde se estima que llegará a las 15:30 P.M. (hora de Roma), después de 7,393 kilómetros de viaje.

Inmediatamente después de despegar de Puerto Príncipe, en el curso de la ruta que lo conduce a Italia, el Santo Padre dirige a los Jefes de Estado de los países que sobrevuela los siguientes telegramas.

"Son Excellence Monsieur Jean Claude Duvalier
President de la Republique d'Haiti
Port a u Prince

Je renouvelle a Votre Excellence et a tout le Peuple haitien ma gratitude pour leur accueil chaleureux avec mes vœux fervents pour l'avenir de Votre Pays et le bonheur de tous ses habitants que j'ai eu l'occasion de confirmer dans leur esperance d'une vie digne de leurs aspirations humaines et chretiennes et qui restent tres presents a ma prière.

IOANNES PAULUS PP II"

"Excmo. Sr. Salvador Jorge Blanco
Presidente de la República Dominicana
San Domingo

Al sobrevolar el espacio aéreo de la República Dominicana en mi visita a América Central, mi pensamiento se dirige con afecto a los queridos hijos de esa Nación que pude visitar personal-

mente en mi primer viaje apostólico al Continente Americano y de los que conservo tan entrañable recuerdo stop al saludar cordialmente a Usted Señor Presidente y a todos los dominicanos pido para ese noble y amado Pueblo abundantes dones de paz concordia y progreso en la vida cristiana y social a la vez que los bendigo de corazón.

IOANNES PAULUS PP II"

"Excelentísimo Señor Carlos Romero Barcelo
Gobernador de Puerto Rico
San Juan

Al sobrevolar en mi viaje apostólico a América Central, portador de un mensaje de paz y reconciliación cristiana, la hermosa isla de Puerto Rico, tan entrañablemente unida a Latinoamérica por unos mismos lazos de sangre, fe y cultura, me es particularmente grato enviar a Usted a las Autoridades y a todos los puertorriqueños mi más cordial

saludo acompañado de mi ferviente plegaria al Altísimo por su bienestar y progreso humano y espiritual. Esperando que la Providencia me depara la oportunidad, también por mi deseada, de un encuentro en esa isla, envío a los habitantes de la misma mi afectuosa bendición.

IOANNES PAULUS PP II"

"A Sua Eccellenza Sandro Pertini
Presidente della Repubblica Italiana
Roma

Mentre la cara Italia é ormai di nuovo vicina, di ritorno dal viaggio Pastorale nei Paesi dell'America Centrale, desidero rivolgere a Vostra Eccellenza un particolare saluto ed alla diletta popolazione italiana il rinnovato auspicio di ogni desiderato benessere spirituale e materiale nella pace e nella giustizia, accompagnando tale voto con fervide preghiere a Dio Onnipotente.

IOANNES PAULUS PP II"

ALABADO SEA JESUCRISTO

Después de nueve horas de vuelo, a las 15:15 P.M. (hora de Roma), el DC 10 de Alitalia "Dante Alighieri" aterriza en el aeropuerto militar de Roma Ciampino.

Es recibido a su llegada por el Cardenal Decano del Sacro Colegio Carlo Confalonieri; el Cardenal Paolo Bertoli, Camarlengo de la Santa Romana Iglesia; el Cardenal Marco Ce, Patriarca de Venecia y Vice Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana; el Cardenal Glomp, Prímado de Polonia, y el Arzobispo de Cracovia Cardenal Macharski; el Ministro de

Justicia del Gobierno Italiano, Clelio Darida; el Secretario del Consejo de Asuntos Públicos de la Iglesia, Arzobispo Achille Silvestrini; los Arzobispos Giovanni Coppa, Enmanuele Clarizio y Giovanni Canestri, Vice-Gerente de Roma, en representación del Cardenal Poletti, enfermo; Monseñor Bronislaw Dabrowski, Secretario de la Conferencia Episcopal Polaca y Monseñor Egidio Caporello, Secretario de la CEI; el Decano del Cuerpo Diplomático acreditado en el Vaticano, Doctor Luis Valladares Aycinema; el Embajador Italiano Doctor Claudio Che-

lli; el Asesor de la Secretaría de Estado Monseñor Giovanni Battista Re; el Subsecretario del Consejo de Asunto públicos de la Iglesia Monseñor Audry Backis y diversas personalidades civiles, militares y religiosas.

Después de recibir el saludo de bienvenida de las autoridades, el Santo Padre se dirige al Castelgandolfo donde llega a las 15:50 P.M. (hora de Roma). Inmediatamente sale al balcón externo de la residencia para saludar y bendecir al pueblo reunido en la plaza para darle la bienvenida.



ALABADO SEA JESUCRISTO

Apéndice

*Documentos nicaragüenses
relacionados
con la visita del papa*

A: EL HEROICO PUEBLO DE NICARAGUA Y AL MUNDO.

Al concluir la visita papal a esta Región, que incluyó a nuestro país, la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional, considera insoslayable pronunciarse sobre las repercusiones de la misma, dada la situación que se vive en el área Centroamericana:

1. Su Santidad Juan Pablo II confirió, según sus públicas expresiones, un carácter pastoral y apostólico a su peregrinaje por esta parte del mundo. No obstante, ha sido inevitable que la misma tuviera repercusiones políticas, ya que es imposible referirse a asuntos como la violencia revolucionaria, la situación campesina, el problema de las minorías étnicas, la educación, etc., sustrayéndose de su connotación política.

La misma proclama de la unidad de la Iglesia y el principio de la autoridad de la jerarquía de la misma, adquiere en nuestra realidad, un significado político, dada las particulares características de la vivencia cristiana, en una región convulsionada por luchas políticas, sociales y hasta militares, ante las cuales Obispos, Sacerdotes y laicos, asumen posiciones políticas a favor o en contra de los sistemas establecidos.

2. Los pueblos de esta región, en la que hay una mayoría creyente, viven acelerados procesos de transformación, producto de la dinámica social y política en la que están inmersos y no les pasa desapercibido el hecho de que la visita del Papa tiene ese tipo de repercusiones.

A su regreso al Vaticano, sus mensajes dejan un proceso de

* Tomado del Diario Barricada de Marzo 9 de 1983

análisis y reflexión. De las palabras vertidas acá, habrá seguramente quienes hallarán elementos para fortalecer posiciones derechistas y anti-populares. Habrá también quienes descubran en ellas alguna luz de esperanza para la causa de la justicia social por la que luchan.

En todo caso, lo fundamental es que hay una expectativa creada.

3. El Papa en su peregrinaje suele llevar sus mensajes previamente elaborados. Pero su alta responsabilidad moral en el mundo y su sabiduría, seguramente lo mantienen abierto a la posibilidad de enriquecer sus criterios, en la medida que entra en contacto con la realidad concreta de cada lugar que visita.

Es de esperarse entonces que él también vive ahora un proceso de análisis y reflexión sobre la realidad de pobreza, sufrimientos, esperanzas, pasiones, luchas y anhelos de paz que palpó en estos pueblos, y que, en su proyección futura, ahondará en lo que dijera en su comunicado, después de visitar Nicaragua, "cuanto él había dicho no era una mera expresión de principios, sino también una determinación, es decir una precisa voluntad de obrar en tal dirección... que por ello la solución por la que aboga la Santa Sede es una solución política y no militar".

4. Confiamos, por tanto, en que el clamor de las madres y la mayoría del pueblo nicaragüense, por sus Héroes y Mártires caídos víctimas de la política agresiva del imperialismo, y el clamor por la paz, que tuvo expresiones populares desbordadas durante su misa en la Pla-

za 19 de Julio, llegarán a ser oídos y traducidos en "precisa voluntad de obrar en tal dirección", como dice su comunicado.

Por tal motivo, al partir Su Santidad de nuestras tierras, la Dirección Nacional, reafirma su política de principios sobre la Religión, dada a conocer en el Comunicado de Octubre de 1980.

Al mismo tiempo reafirmamos nuestra vocación e invariable voluntad de encauzar nuestro proceso revolucionario a favor de los explotados y oprimidos, los sedientos de justicia de que habla el Evangelio. Por ellos continuará profundizándose la reforma agraria, por ellos seguirán ampliándose más cada año los servicios de educación que ya cubren a más de un millón de nicaragüenses, por ellos crecerá la cobertura de los servicios de salud cuadruplicados desde el triunfo de la Revolución, por ellos seguiremos bregando, en medio de las dificultades económicas que nos agrava la crisis internacional, para que el pueblo nicaragüense todo no le falte el sustento, el empleo, la alimentación, el techo, la superación y la diversión sana, de las que secularmente ha tenido sed. Por ellos continuaremos luchando por la paz y la defensa de la Soberanía Patria.

¡PATRIA LIBRE O MORIR!

**DIRECCION NACIONAL DEL
FRENTE SANDINISTA DE
LIBERACION NACIONAL**

CARTA A SU SANTIDAD JUAN PABLO II Y A TODOS Y CADA UNO DE LOS OBISPOS DEL MUNDO

La Iglesia Católica Nicaragüense envía esta carta a la Iglesia universal con la que está unida en Cristo Jesús.

El cuatro de marzo de este año, 1983, recibimos de Dios, Padre nuestro, la gracia de la visita del Pastor de todos, Su Santidad Juan Pablo II. Pedimos a la Iglesia universal que se una a nosotros en acción de gracias por tan extraordinario acontecimiento de salvación para nosotros.

Gracias, Santo Padre, por haber venido. Gracias por recordarnos la verdad de la Iglesia, la unión con el Papa y los Obispos, la unión entre nosotros, el diálogo sincero para vivir en paz y en concordia en vez de la lucha y los odios que dividen y matan, la fidelidad a la educación en la fe, el no cambiar nuestra fe por ideologías inaceptables.

Pedimos a la Iglesia universal que se una a la Iglesia nicaragüense rogando a Dios que perdone a los que autorizaron, planearon, permitieron, ejecutaron, apoyaron, justificaron y

todavía justifican los actos sacrílegos perpetrados contra la celebración de la Eucaristía y contra la persona del Santo Padre, tratando de convertir por la fuerza en política partidista un acto eminentemente religioso y eclesial. El pueblo fiel de Nicaragua —la gran mayoría de los nicaragüenses— siente una profunda vergüenza por esta profanación del acto más alto, santo y solemne de toda la historia de nuestra patria.

Pedimos a la Iglesia universal que se una a la Iglesia de Nicaragua rogando a Dios —Poderoso Consejero— que penetre los oídos de los que nos gobiernan y abra sus corazones al Evangelio y al pueblo nicaragüense.

Pedimos a la Iglesia universal que una sus voces a las nuestras y juntos digamos al Sumo Pontífice: Santo Padre Juan Pablo II, fueron minorías los nicaragüenses que sacrílegamente te irrespetaron. La inmensa mayoría del pueblo nicaragüense te es fiel: quería acompañarte y saludarte a tu paso por las calles, pero

no le dijeron por dónde ibas a pasar y viste las calles vacías; quería venir a verte desde ciudades y campos lejanos, pero el transporte fue controlado; parroquias más o menos vecinas marcharon a pie durante la noche, pero fueron detenidas y algunos fueron golpeados y hasta hechos prisioneros; quería oírte por la radio y la televisión, pero en la transmisión tu palabra fue distorsionada y manipulada. Fue minoría, Santo Padre, la que trató de forzarte a decir una palabra distinta al Evangelio, como cuando el demonio tentó a Cristo en el desierto: "Si eres el Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan" (Lc. c,3). Con mansa fortaleza, Santo Padre, fuiste fiel al Evangelio, no disfrazaste de verdad a la mentira y nos hiciste sentir el infinito valor del misterio eucarístico.

La gran mayoría del pueblo nicaragüense te respeta, te reconoce como enviado del Señor, por eso te saluda con la cabeza descubierta y de rodillas. Este pueblo, Santo Padre, está contigo, te ama y te obedece aunque sea pecador.

* Esta carta fue firmada por los fieles católicos de Nicaragua, por parroquias y Diócesis.

COMUNICADO DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE NICARAGUA CON MOTIVO DE LA VISITA PASTORAL DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Nosotros, los Obispos de la Conferencia Episcopal de Nicaragua con los Sacerdotes, Religiosas, Religiosos y Laicos, en fidelidad a Cristo y a su Iglesia, expresamos nuestros sentimientos con motivo de la Visita Pastoral a nuestra Patria, de Su Santidad el Papa Juan Pablo II.

En primer lugar, una vez más, agradecemos a Dios la inapreciable gracia de haber tenido entre nosotros al Vicario de Cristo, quien con paternal bondad, quiso hacernos partícipes de la riqueza de su Palabra iluminadora, impregnada de fe, esperanza y amor para alentarnos y

fortalecernos en la fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

Nos llena de consuelo el haber constatado el amor al Papa de nuestros fieles cristianos, demostrado con grandes sacrificios, en algunos casos hasta heroicos, para poder verlo y oírle.

Estamos seguros de que la Palabra del Santo Padre ha sido recibida con gratitud, veneración y esperanza por los católicos de Nicaragua, e indudablemente producirá frutos abundantes en nuestro pueblo católico fiel que se caracteriza por su ge-

nerosidad y amor a la Iglesia.

Frente a estas hermosas y edificantes actitudes, tenemos que lamentar y condenar enérgicamente el inculcable irrespeto cometido contra la Eucaristía y la persona del Vicario de Cristo, no de parte del pueblo católico que era la inmensa mayoría, sino de una minoría que actuó, queriendo convertir un acto eminentemente religioso y eclesial, como es el Santo Sacrificio de la Misa, en un acto de política partidista, la tarde del 4 de marzo, en Managua.

Nos es grato también, constatar la

actitud del pueblo católico fiel —la gran mayoría— y sus Sacerdotes, que de forma espontánea e inmediata, efectuaron y han continuado realizando actos de reparación y desagravio, y deseamos, que esta actitud, expresión de la fe profunda de nuestro pueblo católico fiel, sea un estímulo para consolidar y afianzar su devoción tradicional a la Eucaristía y la firme e incondicional adhesión al Papa, Pastor de la grey universal.

Hacemos un llamado a todos los fieles católicos de nuestras Diócesis, a fin de que se mantengan íntimamente unidos al Papa, ofreciendo por El sacrificios y oraciones y estudiando sus Mensajes, expresión fiel del Evangelio, verdadero Pan de la Palabra de Dios, para hacerlos vida.

Que la intercesión de María, la Purísima, nos ayude a los nicaragüenses

a ser siempre constantes a la vocación de unidad y fidelidad a la verdadera Iglesia.

Dado en Managua, a los veinticinco días del mes de Marzo, de mil novecientos ochenta y tres, Fiesta de la Anunciación del Señor.

CONFERENCIA EPISCOPAL DE NICARAGUA

Mons. Miguel Obando Bravo
Arzobispo de Managua
Presidente

Mons. Pablo A. Vega M.
Obispo de Juigalpa

Mons. Rubén López Ardón
Obispo de Estelí

Mons. Bosco Vivas Robelo
Obispo Auxiliar de Managua

Mons. Leovigildo López Fitoria
Obispo de Granada

Mons. Julián Barni S.
Obispo de León

Mons. Salvador Schlaefter B.
Obispo de Bluefields

Mons. Carlos Santi
Obispo de Matagalpa

Mons. Pedro L. Vilchez
Prelado de Jinotega

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II A OBISPOS NICARAGUENSES EN VISITA "AD LIMINA"

EXTRACTOS

"Con verdadera ilusión aguardaba el momento de encontrarme con vosotros, que venís a Roma para vuestra visita Ad Limina Apostolorum".

"Si esta es siempre un motivo de alegría para quien tiene la primera misión de velar por toda la Iglesia, lo es de manera muy particular en vuestro caso, amados hermanos, que sois los Pastores de la Iglesia que está en Nicaragua, a la que me siento íntimamente vinculado por tantos lazos de afectuosa cercanía y cordial estima".

"Por eso al acogeros hoy en este encuentro fraterno, mis brazos y mi corazón se abren plenamente, para estrecharos en un abrazo de paz, de comunión, de esperanza, en el que están comprendidos todos y cada uno de los miembros del pueblo fiel de Nicaragua".

"En efecto, la finalidad primera de la visita de los sucesores de los apóstoles al sucesor de Pedro es la de

fortificar los vínculos de la mutua caridad que los ligan entre sí, y que hacen crecer la corriente de amor hacia el pueblo de los creyentes, que en Cristo, fundador y principio de la salvación de la Iglesia, halla el fundamento de la unión de mente y de corazón de cuantos le siguen".

"En esa perspectiva, siento vuestra venida como una continuación de la afectuosa solicitud por vuestros fieles, que me impulsó a realizar la visita pastoral llevada a cabo, hace poco más de dos meses a Nicaragua".

"La carga de profundo amor eclesial hacia vuestro pueblo que me condujo hasta vosotros, y que tenía incluso intensidad del todo especial, continúa viva e incrementada tras mi visita".

"Muchas veces, antes y después, he pensado en vuestras iglesias, en sus problemas, dificultades, sufrimientos y esperanzas. Muchas veces he orado por ella y he dado gracias a Dios por los esfuerzos realizados

para ser siempre fieles a su vocación".

"Si mi objetivo al visitar los países de América Central era avivar su fe cristiana, acercarme a ellos, compartir el dolor de sus pueblos y tratar de dejar un poco de esperanza a través del necesario cambio de actitudes interiores y de posturas injustas, las diversas vivencias experimentadas en vuestro país me han acercado aún más a vuestros fieles y a vuestra patria. Y han continuado haciéndose plegaria para que la Iglesia en Nicaragua se consolide cada vez más, en la consolación y en las pruebas. Y para que cesen los sufrimientos de un pueblo fiel y digno que del Atlántico al Pacífico de las fronteras del norte a las del sur ansía vivir serenamente, en paz, sus valores propios; buscando con profundo sentido social el necesario progreso sobre la tierra, sin dejar de levantar sus ojos al Padre común, Padre de amor, y de justicia, que nos llama a una vida de rectitud moral, que espera a cada uno y que es la meta de todos".

“Vosotros, queridos hermanos, sois los pastores del rebaño sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituido Obispos para apacentar la Iglesia de Dios, (Act. 20, 288), sois los centros de la comunión en vuestras Iglesias, los guías en la fe y los responsables de la fidelidad a Cristo de las mismas, como os indiqué durante mi visita”.

“Quiero hoy alentaros a seguir dando a vuestros fieles la guía que necesitan para mantener esa fidelidad a la fe cristiana en todo momento”.

“Sois pastores de un pueblo profundamente religioso, dolorido desde hace tiempo a causa de injusticias, de frecuentes violaciones de sus derechos, de tensiones, de luchas fratricidas, que dejan tras si tanto dolor, tantas vidas jóvenes tronchadas, tanto luto en las familias, tantos huecos trágicos en los corazones de familiares, de los amigos, de la sociedad”. (CF. Discurso a los Obispos del CELAM, Haití, 9 de Marzo de 1983).

“A ejemplo de Cristo, renovad siempre en vosotros el espíritu del buen pastor, que sale a buscar a quien se aleja quizás del redil para

ayudarle a encontrar nuevamente el camino. Para darle el gozo del reencuentro cada vez más fiel a las enseñanzas de Jesús y a las exigencias personales y comunitarias de la vocación cristiana”.

“Bien sé que vuestra misión de padres, pastores y guías os ha exigido y os exige en tantos momentos no pocos sacrificios. Por eso os aseguro mi cercanía afectuosa y mi asiduo recuerdo en la plegaria, para que firmes en vuestra entrega ejemplar a la Iglesia, unidos siempre en el mismo amor a ella, a Cristo y a vuestros fieles, perseveréis con un solo corazón y un alma sola en la tarea que es vuestra carga y vuestras esperanzas a los ojos de Dios”.

“Ese espíritu fraterno que aún a voluntades e inspira propósitos, será el que os anime a construir la fidelidad vuestra a todos los objetivos verdaderamente humanos, cristianos y de creciente justicia social, que requieren un esfuerzo perseverante en aras del bien común de todos; de ese bien que respeta los derechos de cada uno y preserva en todo instante los valores religiosos y morales que constituyen la identidad propia de vuestros vieles”.

“Se trata de una labor de amplia visión y de profundo empeño. En ella necesitaréis constantemente de la aportación preciosa e insustituible de vuestros sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos comprometidos. Vivid por ello, muy cercanos a ellos, cuidad con amorosa presencia su responsable contribución a esa constante renovación interior, que lleva a la gozosa entrega y a la animación de la comunidad; aunque cueste esfuerzos y bien anclados en las razones de nuestra esperanza en Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo”.

“A María Santísima encomiendo en la plegaria todas vuestras intenciones y necesidades, así como las de cada uno de los miembros de vuestras comunidades eclesiales; para que ella conserve y aliente maternalmente su fidelidad a la propia vocación cristiana. A ella pido también que conceda a vuestra nación y a todos sus hijos la paz, la serenidad, el progreso humano y espiritual, la tranquilidad en el disfrute de sus legítimos derechos”.

* Tomado del Diario La Prensa del día Lunes 16 de Mayo, 1983.

**This publication
is available
in microform.**



**University Microfilms
International**

300 North Zeeb Road
Dept. P.R.
Ann Arbor, Mi. 48106
U.S.A.

30-32 Mortimer Street
Dept. P.R.
London WIN 7RA
England

**Esta publicación
se puede obtener
microfilmada**



**University Microfilms
International**

300 North Zeeb Road
Dept. P.R.
Ann Arbor, Mi. 48106
U.S.A.

30-32 Mortimer Street
Dept. P.R.
London WIN 7RA
England

VALOR DE SUSCRIPCIÓN ANUAL

REVISTA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

		Aéreo	Superficie
Nicaragua	:	₡ 200.00	₡ 200.00
Centroamérica	:	US\$ 14.00	US\$ 12.00
Suramérica	:	" 17.00	" 12.00
Estados Unidos y México	:	" 17.00	" 12.00
Europa y Canadá	:	" 18.00	" 12.00

